

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 octubre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 300

**MOVILIZACION
GENERAL DE
PEREGRINOS
AL PILAR**

**DIOS TE SALVE, MARIA
ESPAÑA ESTA CONTIGO**

**LA CIUDAD DE ZARAGOZA SE
TRANSFORMA CONTRA RELOJ**

**EN BUSCA DE
UN CULPABLE**

Información sobre las últimas derivaciones del «caso Dides» (página 9)

**EL VIAJE DE MUÑOZ
GRANDES A LOS
ESTADOS UNIDOS**

documentario, por Hispanus (página 12)

**NADA HA CAMBIADO EN
RUSIA**

documentario a unas crónicas aparecidas en el «New York Times», por Enrique Ruiz García (página 43)

Entrevista del Director a don Manuel Riera

de Calatayud (pág. 8) * Eugenio d'Ors, en

Madrid, por Carlos Soldevila (pág. 17) *

Como fui corneta de Infantería en Ma-

laga, por Francisco Casares (pág. 20) *

El obrero laborista, por Jesús Pardo,

de Londres (pág. 24) * «¡Levante!» en

el más tímido corazón de las Españas (pá-

ginas 25) * El Ebro, por Luis Antonio de

Alcázar (pág. 32) * El libro que es menes-

ter: «Pan en el desierto», por Tho-

mas Merton (pág. 46) * Entrevista con

Don Escobar (pág. 51) * Don Juan de

Clerva Codorniu, conde de La Cierva,

por Luis Carlos Alvarez (pág. 55)

PERMISO DE VERANO,

novela por F. García Pavón

(página 38)

gracia y obra de la devoción maría-

Zaragoza se ha convertido en estos

en el corazón de la fe y religiosidad

España. Peregrinos de todas las pro-

vincias están llegando continuamente

hasta el Pilar. Vea la página 3





DADO

OTRA VEZ EL Vértigo

La ciudad con su tráfico, su vértigo, su fiebre de trabajo nos aguarda de nuevo para devorar nuestra salud. De nada nos habrá servido el reposo beneficioso del verano si al renovar la actividad otoñal no ponemos nuestro organismo en condiciones.

INDICACIONES DE LA "SAL DE FRUTA" ENO

MALESTAR GENERAL
DESARREGLOS DIGESTIVOS
INSUFICIENCIA HEPATICA
ESTREÑIMIENTO
ARTRITISMO
INAPETENCIA
INSOMNIO - JAQUECAS
DESGANA - IMPUREZAS

Para regular el consumo de energías; para mantener la fisiología a tono con el medio ambiente, nada tan útil como "Sal de Fruta" ENO, bebida depurativa, tónica y vigorizadora.

Adquiera
el frasco
grande.
Resulta
más
económico



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCA REGISTRADA

ESTIMULA LAS
FUNCIONES ORGANICAS

C. S. 14112

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

DIOS TE SALVE, MARIA, ESPAÑA ESTA CONTIGO

MOVILIZACION GENERAL HACIA EL PILAR

ZARAGOZA SE TRANSFORMA CONTRA RELOJ



—¿Ande vas, maño?
—¿Ande quíes que vaya? Ande van toos ésos.
—¿Y toos ésos van al Pilar?
—No te paice a tú mucho personal pa nuestra Pilarica?
—Quiá ha de ser, maño. ¿No tas dau cuenta cómo de grande ha quedau la placica? Allí cabe toa España.

Casetas es un pueblo pequeño, diminutivo como su mismo nombre, pero con personalidad lo suficientemente acusada como para que el tren expreso de Madrid le conceda una parada de treinta y cinco segundos. Los pueblos que están junto al ferrocarril miden su importancia por el tiempo que en ellos para el tren. Casetas es el último pueblo antes de llegar a Zaragoza. Asomado a la ventanilla escuché ese breve diálogo.

Por gracia y obra de la devoción mariana, Zaragoza se ha convertido, en estos días, en el corazón de la fe y religiosidad de España. Peregrinar ha tenido siempre en España dos sentidos, dos caminos: la ruta vieja y esdolar de Santiago y el camino del Pilar. Este año, jacobeo y mariano, todos los caminos y todas las rutas se han puesto paralelos.

A primeras horas de la noche, por la avenida de Madrid, llego a Zaragoza. La estación es un hormiguero. No me explico de dónde puede salir tanta gente. El tren es como un gigantesco caballo de Troya del que va saltando un enjambre interminable de peregrinos. La ciudad es toda un foco potente de luz que a veces ciega. Al fondo, reflejándose en las aguas limpias del Ebro, las dos torres iluminadas de la basílica. Las calles céntricas y terminales de la ciudad son largas y amplias; esta noche, abarrotadas, repletas, parecen como si se estrecharan. Mientras caminan hacia el Pilar, en una manifestación desbordante de fe y de entusiasmo, los peregrinos cantan plegarias a la Virgen. Zaragoza comienza esta noche a convertirse en un templo vivo, solemne, clamoroso, lleno de oraciones y cánticos, de rezos y plegarias. Las naves del templo se han salido de la basílica y se han convertido en calles de la ciudad.

Madrid, Barcelona, Valencia, el Sur y el Norte, España entera pasa por Zaragoza. Por eso, el maño de Casetas creía que era «mucho presonal pa nuestra Pilarica». Trenes especiales y un

servicio abundante de coches de línea han acercado a la capital de Aragón todos los rincones de nuestra geografía.

La avenida de la Independencia, el Oso, la calle Alfonso, Capitán Portolés, Miguel Servet, el paseo de Pamplona, son hoy meridianos de todas las capitales y todos los pueblos españoles. España por el Pilar, como siempre Santiago por España.

UNA CIUDAD NUEVA

Zaragoza se reforma y urbaniza contra reloj. Como por milagro de magia nacen viejas avenidas revestidas con la más exigente y moderna estética urbana. La plaza de las Catedrales, abierta entre el Pilar y la Seo, hoy escenario permanente del culto mariano, quedará desconocida para el visitante. Junto a la Lonja, y en la misma plaza de las Catedrales, el nuevo Ayuntamiento, recién terminado, luce ya en la fachada las galas de su estreno.

Se hace una ciudad nueva con motivo del Congreso. Sólo en la iluminación de barrios apartados y calles céntricas, el Ayuntamiento de Zaragoza ha invertido en estos días un millón seiscientos mil pesetas. En pavimentación y ornato de la ciudad, la realidad superó un presupuesto de más de doce millones.

En la capital, todavía a unos días de la magna concentración mariana, reina gran animación y un bullicio casi ensordecedor. Los hoteles y restaurantes podrían ya poner a la puerta el

clásico cartel de «no hay entradas». En los innumerables bares de Zaragoza, mientras se consume el fino «clarete» de la tierra, se habla y discute de muchas cosas. A la constante admiración de los de fuera, que todavía recuerdan aquella otra peregrinación de España al Pilar a poco de terminar la guerra, se suma la ironía socarrona de unos maños contra unas fuentes y unos cipreses que, de la noche a la mañana, aparecieron sembrados en la «placica». En el bar «Miguel», de la calle Morata, donde por estos días se refugia la afición futbolística, priva a todas horas la charla sobre eso de que Kubala, con ser Kubala, vaya a jugar en el España Industrial contra el Zaragoza.

El cosmopolitismo, la afluencia, el número será pasajero en la ciudad. Terminará quizá la noche del 13 de octubre con el poético «rosario de cristal» o con la marcha de todos los peregrinos marianos a Compostela; pero, junto a la profunda renovación espiritual y cristiana que el Congreso significa, quedará en pie, testigo en el tiempo, una ciudad nueva, nuevas aristas, calles que se abren, plazas que se ensanchan y modernas avenidas en un pueblo que tuvo que ser viejo para ver nacer en España la devoción, siempre ferrosa y perenne, a la Virgen del Pilar.

En un aula amplia y un poco

Espléndida perspectiva urbana de Zaragoza. El paseo de la Independencia visto desde la plaza de España



enmohecida del edificio que servía al antiguo Seminario he visitado a don Fernando Falfagón. Don Fernando, canónigo administrador del Cabildo del Pilar, es el presidente de la Comisión de hospedaje para peregrinos. El me lo dice y yo lo creo que en estos días ha envejecido.

—¿Mucho trabajo?

—Lo increíble. Algo que usted no se puede imaginar. Buscar alojamiento para tanta gente es un problema que sólo he podido resolver contando con la ayuda generosa y eficaz de este pueblo desprendido.

—¿Sigue la inscripción de peregrinos?

—Aunque pusimos un plazo límite, yo creo que seguirán viniendo hasta el último día. La coincidencia del Congreso con las fiestas dificulta bastante el trabajo de esta Comisión. Ya tienen asignado hospedaje todos los cardenales y obispos de España y todas las jerarquías nacionales. Para ello se han habilitado el Seminario, casas felicitosas, chalets, casas particulares. Siete mil chicos del Frente de Juventudes acamparán con tiendas de lona en los alrededores de la ciudad. Otros peregrinos quedarán alojados en pueblos próximos: Villa Nueva, San Mateo, Azuara, Casetas, Alagón, Pedrola, Santa Isabel.

—¿De dónde viene el mayor contingente?

Creo que de Barcelona, Madrid y Valencia. Hasta de algunas Repúblicas de Sudamérica hemos recibido peticiones de inscripción.

Posiblemente, dentro de la dificultad de alojamiento, haya sido el problema de las camas uno de los más difíciles en resolver. Una ciudad con 300.000 habitantes no dispone de medios de improvisación. El Capitán General de la región, a fin de dar facilidades al Congreso, ha cedido a la Comisión de hospedaje 3.365 camas, que se han repartido por centros de comunidades religiosas y pueblos cercanos a la ciudad.

No sé cuántos, pero me imagino que habrán sido muchos miles de kilos de pintura los que se han empleado a lo largo y lo ancho de la capital. Bancos, farolas, edificios cobran nueva fisonomía. Los letreros de «recién pintado» se suceden monótona, infatigablemente. Los viejo y lo nuevo están ya de fiesta.

Zaragoza es una capital limpia, clara, con un cielo azul y despejado que poco tiene que envidiar a los pueblos del Sur. Como las distancias son cortas, vale la pena caminar en taxi. Aquí, el taxi es más barato que en Madrid. El taxímetro sube de treinta en treinta. Para todo el servicio público de la capital hay 260 turismos, con 35 puntos de parada. Zaragoza será de las pocas ciudades españolas que tenga totalmente resuelto el problema de transporte urbano. Dieciséis líneas de tranvías, con 51.000 metros en explotación, la cruzan constantemente. En Zaragoza hace ya muchos años que no se conocen esas largas colas mañaneras en espera del primero o el último tranvía. Delicias es el barrio más popular de la capital; Torrero, el más importan-

te. Los dos están unidos por una vía larga que cruza la periferia y centro de la ciudad. El servicio de transportes urbanos queda completado por una red de trolebuses, que van desde la plaza de la Independencia hasta el barrio de Terminillos.

Zaragoza está profundamente industrializada. Los vecinos de los barrios de Delicias, de Torrero, del Ebro Viejo o de las plazas del Portillo, de Tenerías y San Miguel se despiertan muy de mañana—los zaragozanos son buenos madrugadores—, al son de muchas sirenas. La sirena es un personaje muy conocido en Zaragoza. Es el reloj público de la ciudad.

Esparcidas por el centro y alrededores de la población, y dedicadas a las más variadas producciones, en Zaragoza existen 321 industrias. De ellas, 89 se dedican a la exportación total de sus productos. Torrero, además de ser campo de fútbol, tiene una buena fábrica de material y accesorios para la fabricación de tejidos. En el mismo casco de la capital hay calles que, a la hora de la salida del trabajo, cuando llega la hora esperada de la sirena, se abarrotan de hombres y mujeres que dejan la máquina, el taller de tejidos, las piezas de un nuevo tractor o la fábrica de curtidos.

El Coso, la calle elegante del palacio de la Audiencia, vieja mansión de piedra de los Lunas, armoniza su elegancia antigua, su arquitectura barroca con la fachada sencilla y moderna de una industria recién levantada de fibras textiles, de telas para filtro o de conservas vegetales.

Zaragoza ocupa el cuarto lugar en la producción nacional de calzados. Dos mil obreros trabajan en 109 talleres de la misma capital.

Los tranvías y trolebuses que cruzan las vías de la ciudad, unos tranvías verdes con remolques, se fabrican en los Antiguos Talleres Carde y Escoriaza. En casi todas las capitales de España, y por todas las vías del ferrocarril, corren a estas horas trolebuses, tranvías y trenes que salieron de estos talleres. En la industria de material móvil de Escoriaza trabajan más de 1.300 obreros y empleados.

Zaragoza tiene de antiguo una fuerte tradición industrial, y en sus campos, cuando la sequía pasa y la cosecha ayuda, las eras rebosan de trigo.

UNOS PEREGRINOS QUE NO CONOCEN EL TREN

Por la plaza de Aragón, de Lanuza, a lo largo de la calle de Pignatelli o del paseo María Agustín, junto al peregrino que acaba de bajarse del Taf o de cruzar en su nuevo y flamante «Cadillac», se ve todavía la estampa medieval, santiagueña del peregrino cansado, con polvo de mil caminos, báculo en mano y los ojos cargados de horas y de leguas. Peregrinar sigue teniendo en el siglo XX el rancio sabor de los años viejos, de los tiempos en que el cielo se vestía de blanco para señalar un camino seguro en la tierra. Un camino de fe, sendero de andar y ver, ruta de sacrificios y penitencias en el eterno caminar de romeros al sepulcro del Apóstol.

Por el paseo de Echegaray, un

remanso que el Ebro tiende al Pilar, y mientras camino despacio para atravesar el Puente de Piedra frente a la avenida de Cataluña, por la plaza de las Catedrales bajan hasta la basílica dos peregrinos encorvados por el peso de unos bártulos que llevan a la espalda, sombreros de paja de ala ancha en la cabeza y en la mano una cayada retorcida. Es un matrimonio. El se llama Rafael Montoya Prieto. Ella, Isabel Quiles Blesas.

—Venimos de Barcelona. Antes de llegar al Pilar hemos pasado por Santiago.

—¿Siempre andando?

—Sí. Nosotros no nos hemos montado nunca en el tren. Es una promesa, ¿sabe usted? Yo estuve, hace un año, a las puertas de la muerte. Un tumor «encangrenoso» que me comía esta pierna. La promesa la hizo mi marido. Si me curaba, vendríamos andando al Pilar y al Apóstol.

—¿Qué jornada hacen?

—De treinta kilómetros diarios. Cuando nos cansamos, aflojamos el paso; pero no paramos hasta cumplir la jornada. Como somos ya un poco viejos, a veces nos fallan los pies. Los dos tenemos cincuenta años.

Rafael Montoya e Isabel Quiles son traperos ambulantes que diariamente, al amanecer, recorren las calles de Barcelona. No llevan estampas ni medallitas que vender. Comen lo que les dan en los caminos. Si alguien deja en sus manos una moneda, sólo la aceptan hasta reunir diez pesetas. Yo les he visto agradecer a algún donante la intención, mientras cortésmente les explican:

—¡Gracias, señor! Pero esto también va dentro de la promesa.

Estos peregrinos no tienen problema de hospedaje. Buscan una pensión que, por una noche, les dé cama por la módica cantidad de diez pesetas; si no la encuentran, ya saben ellos, en esta larga peregrinación de tantas jornadas, de otras muchas noches en que sólo una manta raída les ha separado de las estrellas.

PEREGRINANDO HACIA LOS PUEBLOS DE ARAGON

Desde Zaragoza, por la mañana y bien temprano, sale hacia los pueblos del cinturón y hacia todos los pueblos de la provincia una caravana de coches de línea que, a las pocas horas, otros al atardecer, traerán hasta el Pilar, entre canciones jubilosas, vivas a la Patrona y jotas que se templan al son de una guitarra, a los fervientes y devotos romeros de Aragón. Aprovecho la ocasión para peregrinar por estos pueblos. Es ahora la mía algo así como una peregrinación al revés.

Camino de Ejea de los Caballeros, la vieja capital de las Cinco Villas. Buena línea, buen coche y mejor conductor. Hasta Gallur, la carretera va lamiendo la ribera izquierda del Ebro. Mucho verde. Parece este campo una auténtica estampa levantina. A lado y lado tierras de constante regadío. De frente, un poco a la izquierda, tejidos, en las nubes se recortan blancos, en las líneas del Moncayo. Otras cas las líneas del Moncayo. Otra vez Casetas. El techo de nuestra berlina pasa rozando las tejas de sus edificios. Casetas es un pueblo entre maizales altos y verdes. La paja de un trigo abundante dormirá todo el año en las eras, porque en el pueblo no hay pajares.

Antes de llegar a Pedrola, el co-

che atraviesa extensos olivares, cargados de aceitunas. Altos cipreses dan al paisaje una severidad augusta. Hasta entrar en Tauste, nos acompañan tierras sembradas de acequias que recogen sus aguas del Ebro.

Lejos, en la misma llanura, porque en esta parte de Aragón el monte no existe, se ven diseminados pueblos diminutos, pequeños, que nos recuerdan las villas de Asturias o las cortijadas de Andalucía. Figueruelas es una aldea de barro rojo cocido. El Canal Imperial es hondo y estrecho. Es como un río de juguete que aparece y se esconde muchas veces en el camino. Un río de Nacimiento de Navidad. Se va perdiendo el verde, y en las tierras, ya cerca de Tabuena, domina la rastrojera.

Un viraje rápido a la derecha, y el coche de línea se convierte en tobogán. A tres kilómetros de Gallur, la carretera polvorienta, desnuda de asfalto, se hace camino vecinal. Cruzamos el pueblo en descenso. A la entrada de Gallur, una fábrica de yeso, recién construida, ya a punto de comenzar su laboreo. El mismo paisaje que al salir de Zaragoza. Han vuelto a aparecer el Ebro y el canal, y la tierra se viste otra vez de agua y de verde.

El coche se ha llenado de viajeros por los infinitos y minúsculos pueblos que hemos ido quedando atrás en el camino. Al caer la tarde estarán todos en Zaragoza. Pero antes pasarán por Biota, y allí esperarán el coche de regreso. Biota está en fiestas y torea Antonio Palacios, el ciclón de Aragón, a quien sus paisanos apodan «el nuevo Chamaco».

El tractor, que ya ha cumplido sus faenas del verano, es el primer mensajero de Egea. Egea de los Caballeros queda a dos horas de Zaragoza.

UN PUEBLO QUE SUEÑA CON EL AGUA

Egea es un pueblo esencialmente agrícola, cerealista. «Las Bárdenas» es un bar típico, lujoso, casi cosmopolita, con una amplia terraza a la puerta. En Egea, los días de trabajo, como hoy, apenas si se ven hombres por las calles. Las faenas del campo ocupan todas las horas del día.

Con sus dos iglesias, nueve mil habitantes, un Instituto Laboral con todos los adelantos de la moderna técnica agrícola, varias fábricas de harina y tres nuevas industrias dedicadas a la fabricación de maquinarias del campo, la vieja capital de Las Cinco Villas es hoy un pueblo antiguo en su estructura, casi medieval, que simboliza al mismo tiempo todo el progreso industrial y económico del Alto Aragón. La fortaleza, la muralla, «el Muro», que prestan a la villa un aspecto profundamente ibérico, se confunden con una fábrica de tractores, o una escuela, un Instituto donde se forjan los futuros maestros del campo y donde se está instalando una emisora de radio con los más exigentes requisitos del montaje moderno.

Por esta misma razón, porque Egea de los Caballeros es una ciudad enclavada en una fortaleza ibérica que camina ya hace muchos años de cara al tiempo, de cara al futuro, Egea es un pueblo con problemas, con preocupaciones, sus hombres sienten, como si fuera en sus carnes, la falta de agua para sus tierras. Sueñan con el canal y,

para ellos, el río Aragón, canalizado hacia los campos de Egea, será, hasta que no lo vean con sus propios ojos, la eterna promesa tentadora.

Manuel Navarro, veterinario municipal por profesión, poeta por afición y archivo viviente y parlante de Las Cinco Villas por la gracia de Dios, me acompaña por las calles angostas y pinas del pueblo. Al fin recalamos en una taberna, donde el tintorro es bueno y barato. Es ya casi de noche y allí hacen su parada reglamentaria los hombres del campo, cuando vuelven de sus faenas. La reunión está muy concurrida:

—Nosotros, ¿sabe usted?—me dice un abuelito que pudo ser de los últimos de Filipinas—, nosotros no es que queramos que Egea sea puerto de mar, pero, el canal, ¡el canal! Ese es el que nos quita el sueño.

La vivienda, el restablecimiento de su economía, la total y necesaria industrialización del campo, las comunicaciones, todo quedará resuelto cuando las aguas del río Aragón, embalsando con el pantano de Yesa, ya levantado en su mismo cauce, se acerquen hasta las tierras fértiles de Egea por el canal de Las Bárdenas.

Las obras del canal, declaradas urgentes de interés nacional por el Gobierno, van a un ritmo acelerado. Por su parte, el Instituto de Colonización ha puesto todo su empeño en la realización de los trabajos y a estas alturas, substados y construidos ya muchos tramos de su cauce, se ha logrado terminar la formación de la presa que ha de suministrar las aguas al canal.

Bárdenas del Caudillo, Pincero, Santa Anastasia, El Bajo y tres más son los siete nuevos pueblos que, en un día próximo, nacerán en la misma demarcación de Egea de los Caballeros.

Papelerías, fábricas de celulosa, pastas para sopas, azucareras, industrias derivadas de la transformación del esparto, cerveza, hostelería, todas estas industrias, de fácil creación, esperan para su nacimiento, la llegada de las aguas.

Por esto los hombres de Egea sueñan con el canal. Por eso el canal les quita el sueño.

Al norte del Ebro y entre el Aragón y el Cinca, existe en la parte central del valle una franja de una anchura de cien kilómetros. Con los planes de riegos del Alto Aragón y Las Bárdenas quedarían estas tierras de secano convertidas en fértiles zonas de regadío. La conversión de estas tierras alcanzaría una extensión de más de 250.000 hectáreas.

El agua es en Egea de los Caballeros un problema vital. Los asiduos contentillos a la taberna del buen tintorro o Casa Mariano seguirán soñando con el río Aragón y con el embalse. Quizá un día, no muy lejano, el canal de Las Bárdenas cruce las agradecidas y fértiles tierras de Egea y sus vecinos verán levantarse, en el recinto del pueblo, nuevas fábricas, nuevas industrias, modernos hoteles, que luzcan en sus fachadas estos títulos: «Nueva Papelería, El Canal», «Las Bárdenas, Fábrica de Cerveza», «Gran Hotel de Egea de los Caballeros».



La calle Alfonso I camino hacia El Pilar



La nueva calle de San Vicente de Paul

DOS PUEBLOS DORMIDOS EN EL TIEMPO

Ya lindando con Navarra, al Norte, los picos de Ansó y Canfranc, y abajo, diseminados en el campo amarillo, los pueblos de Cinco Villas, se divisa, desde lejos, con su antigua silueta apaisada y unas torres y campanarios que mal disimulan viejas almenas y minaretes, el pueblo, cuna del Rey Don Fernando el Católico. Atrás, se van quedando castillos que se recortan sobre las tierras pardas de El Frago, de Biel, de Sofuentes. A la puerta de estas casonas cuelgan blasones, escudos

nobiliarios, armas de guerra, campos de nobleza y simbólicas flores de madera talladas en fino roble, viejo como los siglos. Es en esto de los escudos lo único que estas tierras, reseca por el sol y por el viento, podrían tener de parecido con los verdes valles de Asturias.

Sos del Rey Católico tiene una entrada abrupta y empinada. El coche, ahora es algo que se parece a una tartana con motor, me deja a unos metros del poblado. Sus calles empedradas llevan a la puerta del castillo de Sada. Aquí nació Don Fernando, Rey de Aragón y de España. Tiene este castillo algo que invita a mirarlo con cierto recogimiento piadoso. Es fuerte el alcázar, pero no ha resistido al tiempo. Sus paredes, de piedra viva, tienen el color de los años. Hoy el castillo está en reconstrucción.

Hace un lustro, Sos tenía mil vecinos, más que hoy. Muchos emigran a tierras de esta misma región, menos frías y más fértiles.

Sos del Rey Católico está un poco dormido en el tiempo, dormidas sus calles, sus blasones y sus castillos.

La riqueza principal de Sos está en sus ganados. Ganado lanar. En Egea abunda la raza «aragonesa». Aquí la raza «lacha» y la «churra». Hasta hace pocos años, estas especies suministraban las primeras materias a las industrias textiles y caseras de estos pueblos. En el último decenio se ha notado un profundo resurgimiento en la ganadería de Sos. De unas 200.000 cabezas de lanar que reúne Cinco Villas, más de 30.000 pertenecen a Sos del Rey Católico.

La oveja «lacha» es de raza sobria, bien acimatada al país, de talla regular, cabeza pequeña, fina y desnuda, lana larga, basta, que le arrastra por el suelo. Rica en lana, esta oveja no da leche. Casi todo el año vive en el campo. Con ser Sos un pueblo eminentemente rico en ganado lanar, no existen apriscos por sus montes.

A las doce del día el sol reseca y calcina estas tierras altas de Aragón. Todavía no han venido las primeras aguas de octubre. Los hombres, y aun las mujeres de Sos, tienen la piel curtida por muchos soles. Sopla un viento caliente que abrasa. Saben muy bien estos hombres

Cómo se llama este aire que hace hervir la sangre y deja la garganta seca al respirar:

—El cierzo es nuestro peor enemigo. Muchos días nos impide subir al monte.

(Manuel Hervás es un pastor viejo que raya en los sesenta años y que con la mano zurda maneja la honda a las mil maravillas. Delante de él va un rebaño de no sé cuántas ovejas blancas. En el pueblo, a Manuel Hervás le llaman «Manolo el refranero», porque Manuel Hervás no sabe hablar sin salpicar su conversación con una sarta de refranes discretos y oportunos.)

—Cuando yo era niño, fijese si el cierzo será viejo, oí decir a mi abuelo: «El cierzo y la contribución tienen perdido a Aragón».

Manolo el refranero se mete los dedos en la boca y silba fuerte. Las ovejas no entienden de consejos ni de refranes.

Uncastillo, mitad llano, mitad montaña. Tampoco por Uncastillo parece que pasa el tiempo. Iglesias de un románico medieval, castillos que se remontan hasta el siglo XII, y sobre todo, su Casa Consistorial. Debajo de Sos, y a una media hora de camino, se encuentra este pueblo, hecho de piedra dura y de adobe rojo.

La agricultura cerealista, la ganadería y la explotación forestal son los principales medios de vida de los vecinos de Uncastillo.

Estos pueblos, alejados de canales y ríos, tropiezan, en el laboreo de sus fuentes de riqueza, con dificultades insuperables.

La falta de agua y de otros instrumentos naturales de explotación, queda, en gran parte, compensada con los derrames sindicales, que, en forma de créditos agrícolas, hace a los labradores necesitados la Cámara Oficial Sindical Agraria de Zaragoza. Hasta la fecha se han recibido en los pueblos de la provincia, con destino a estas villas, la cantidad de 50.195.150 pesetas, distribuidas entre 5.468 agricultores, que las han utilizado en la compra de abonos, semillas y maquinarias. El Servicio de Laboreo Mecánico hizo, al mismo tiempo, una prestación de 37 máquinas para trabajar 4.223 hectáreas.

El beneficiario, el hombre del campo que carece de medios para su trabajo, el pequeño propietario, que en épocas de regular cosecha se veía obligado a abandonar su escasa heredad para prestar su mano de obra a pro-

pietarios más felices, hoy se encuentran respaldados por una ayuda oficial que les protege y ampara.

SADABA, LA VILLA DEL CRISTO MARI- NERO

Cuando llegamos a Sádaba, a la misma puerta del pueblo, esperan impacientes los nuevos peregrinos, que se unirán a la comitiva mariana. Estos coches de línea se parecen a los tranvías de cualquier capital, que siempre admiten un viajero más.

Sádaba es otro de los pueblos de esta región que, con Tauste, Uncastillo, Sos del Rey Católico y Ejea, forman Las Cinco Villas de Aragón. Cinco Villas era una región natural y geográfica, constituida con otra veintena de pueblos del mismo reino. Su antigua capitalidad radicó en Ejea.

Situada a orillas del río Riquel, casi en una planicie, sus tierras, blandas y siempre llenas de promesas para las manos que las trabajan, están regadas por el pantano de Val de la Fuen.

Dos fábricas de harina asoman sus chimeneas ennegrecidas por encima de los tejados, dibujando en el aire un caprichoso triángulo con el campanario, en forma de tiara, de la iglesia parroquial de la Asunción.

Los vecinos de Sádaba tienen predilección en su culto por un Cristo Crucificado, detalla original, que se venera en la Asunción.

El sacristán de la parroquia, un viejo simpático, que hasta sabe su poquito de gregoriano, se ofrece para servirme de cicerone. El retablo del altar mayor es de puro Renacimiento, con un delicado bajorrelieve de piedra.

A la derecha del altar está la capilla del Cristo Crucificado. Mientras admiro la talla original, el sacristán me mira fijamente:

—¿Usted no sabe la historia de este Cristo?

—No; no la conozco.

—¿Que no? Entonces, ¿usted no sabe esa jota que dice...

—No. Pero cuénteme esa historia.

—Es una historia cierta. Nada de leyenda. La saben todos los sadabeños. Hace muchos años, siglos, en una calle de por aquí, detrás de la iglesia, vivía un paisano nuestro que le llamaban Xinto. Un día Xinto desapareció del pueblo. Nadie supo dónde fue.

ESPAÑA, UNIDAD MARIANA

NO de los aspectos más asombrosos de la vida espiritual de España descansa en el volumen de esforzada tensión mariana. Es sabido que nuestros Reyes, cabeza un día de aquellas Cortes cuyos procuradores venían a sus convocatorias desde los mismos campos de batalla contra el moro, sostuvieron siempre en Roma los ideales asuncionistas de España. Era así, pues, que el Poder público se concitaba y confluía con la sabiduría popular para anticipar, pecho arriba del alma, la clara y cierta visión española de la realeza de la Virgen María.

No se trataba de un suceso de orden cronológicamente estancado en el tiempo, produc-

to arqueológico perdido en las raíces más hondas y oscuras de la existencia española, sino que se ha tratado siempre, y por siempre, de una posición real y profunda de una vida misma. Tanto era así que no existe camino español, iglesia con cigüeñas, que no tenga bajo sus arcadas y aun bajo advocación expresa su significación mariana. Más aún: la ruta jacobea española, sobremanera las calzadas romanas de Carrión de los Condes y Haro, por donde la Virgen de la Vega en tierra riojana iba a predicar su milagro de la transformación de la cebada en trigo de oro, no es otra cosa que una verdadera y exacta vibración del nombre de María. Pareciera que los peregrinos que iban al Apóstol, los romeros que peregrinaban al sepulcro de Santiago el Mayor, hacían voto y devoción al predicador de la fe en España, pero bajo los símbolos y el favor de

Xinto se había hecho marinero. Cruzó muchos mares y... hasta dicen que ganó batallas en las aguas. Una mañana, el marino, desde su barco, en alta mar, vió que a lo lejos se movía algo. Creyó que era un hombre que se ahogaba. Se tiró al mar y, a nado, llegó donde las olas movían lo que él creía el cuerpo de un hombre. Era la imagen, tallada en madera, de un Cristo Crucificado. Era este mismo Cristo. Xinto abandonó la vida del mar y se vino a Sádaba. Con él trajo la imagen, que donó a la iglesia. Desde entonces este Cristo se llama «el Cristo Marinero».

—¿Y cómo era esa jota?

—La jota la cantan mucho por aquí:

*De Sádaba a Zaragoza
dos santos hacen sendero:
Son la Virgen del Pilar
y su Cristo Marinero.*

A la salida de la villa he visto el ritmo acelerado que llevan las obras del tan deseado canal de las Bárdenas, que se construye rozando a Sádaba.

EL CAMINO DEL PILAR

Hoy al Pilar se llega por todos los caminos de España. Los peregrinos de estos pueblos van por el más corto. En Tauste, a siete kilómetros del Ebro, hay una parada larga. Se va a sumar a la peregrinación la histórica Virgen de Sancho Abarca, Patrona de la villa. El día 12, en la grandiosa y ferviente procesión de la Virgen del Pilar, junto a las treinta imágenes de Virgenes de toda España, formará cortejo la Patrona de Tauste.

Tauste es una ciudad rica, con unos siete mil habitantes, fábricas de harina, una gran manufactura de construcción de aperos y un campo verde, donde domina la remolacha.

La cabalgata de coches va despacio. Llevamos paso de procesión. Los romeros cantan a la Virgen de Sancho Abarca.

En Zaragoza no se puede andar. Es verdad que hoy se ha hecho más pequeña, menos ancha. Para llegar a la basílica desde el paseo de María Agustín, hemos tardado una hora. Zaragoza sigue convertida en templo. La calle Alfonso, una calle con suntuosos edificios de comercio, es la arteria más transitada de la ciudad.

En el salón de actos de la Facultad de Medicina se celebra una



La nueva avenida zaragozana de Fernando el Católico

Exposición bibliográfica e iconográfica mariana. Es la primera vez que en España se hace una Exposición de esta índole, tan detallada y con tanto acierto de selección. Raros manuscritos, con temas de la Virgen, artísticamente miniados y abiertos en lujosas vitrinas por la página más simbólica, salterios y libros de hora que van desde el siglo X al XIV, valiosos incunables que nos hacen pasmar de admiración por su belleza y delicada maestría, misales romanos del siglo XIII, el libro de horas que servía en sus rezos a Carlos VIII de Francia. Junto a la Exposición bibliográfica se exhibe una rica e incomparable colección de grabados, aguafuertes y dibujos, todos ellos de temas marianos, salidos de la pluma o del buril de los más famosos dibujantes o pintores españoles y extranjeros.

En estos días, número aparte en el programa de fiestas, la Obra Sindical de Zaragoza ha puesto la primera piedra a cinco nuevos grupos de viviendas. De ellos, tres en la misma capital y dos en pueblos de provincia. Cerca de cuarenta y nueve millones de pesetas.

Zaragoza va siendo una ciudad sin problemas. Una ciudad que camina ligera hacia una meta de superación total. Una superación elegante y eficaz, en la que no se miran sacrificios ni esfuerzos. Cuando un pueblo avanza en esta carrera vertiginosa de recuperación, siempre le queda a uno

la humana curiosidad de saber hasta dónde llegará.

DE ZARAGOZA A MADRID, PASANDO POR CALATAYUD

Despedirse de una ciudad en fiestas es algo terrible. Salgo de Zaragoza a media noche por la avenida de Madrid. La Feria Oficial y Nacional de Muestras parece un pueblo en miniatura. Al pasar frente a ella, la noche se hace mediodía.

La carretera de Aragón hasta Calatayud es al principio llana y abierta en una recta larga. Después, el puerto de la Muela es angosto, tortuoso, cerrado en curvas con sorpresas.

Al llegar a Calatayud hay una parada forzosa. El rico ternasco de casa Rogelio, ¿no vale bien un alto en la carretera?

Calatayud es un pueblo grande, rico, que tiene calles anchas, una carretera que, al pasar, se convierte en avenida señorial, y una línea de ferrocarriles que ya la quisieran para sí muchas capitales de España.

Otra vez en camino, carretera de Madrid. Zaragoza se ha quedado a muchos kilómetros. En mis oídos siguen sonando las campanas de todas las iglesias, que tocan a gloria, a vida nueva. Zaragoza vive a un ritmo acelerado en su industria, en su agricultura. El Congreso Mariano marca un rito glorioso en la historia de este pueblo cristiano y hacendoso.

Ernesto SALCEDO
(Enviado especial.)

la Virgen. Que algo existía en el alma española, presta y bellamente inclinada al favor y la esperanza en la Virgen María.

Si religión responde, etimológicamente, a la palabra «religare», o sea, ligazón y atadura, no se puede dudar que España, «con manos de cristal, nudos de hierro», ha estado sujeta siempre a esa vinculación con María que, en las manifestaciones diarias de la existencia, ha tomado ese carácter universalmente español de respeto a la mujer y a la madre. En esa, pues, ordenación y ajuste del alma a la existencia cotidiana, el español ha calibrado justamente en el fiel exacto de la gracia y la esperanza, la figura y la imagen de la Virgen María.

No por ocurrencia fortuita, por azar, los llaneros del Orinoco, en América, a la hora de la independencia, pelearon con Boves, al principio, por España, y, después, con Páez por la independencia. Era que el americano, como

cualquier otro hombre, podía tener ideas distintas y contradictorias de lo permanente en lo temporal, pero el Gobierno de Caracas, como muchos otros Gobiernos americanos, juró solemnemente con el cargo «defender el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora». Era así, en ese momento, cuando la independencia la ganaba España y cuando el motor íntimo que movía el alma americana se traducía en alma y levadura de la nación evangelizadora.

Por eso, generaciones de hombres y mujeres han ido a Zaragoza, e irán este año, a ver por sus propios ojos cómo el pilar que sostiene el débil, ligero volumen de piedra de la Virgen del Pilar tiene en su centro, donde los peregrinos besan la roca, una honda y grave depresión. Es que los besos, Señor, ablandan a las piedras.

EL ESPAÑOL

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MANUEL RIERA CLAVILLE

Mucho le agradezco la oportunidad de enviarme el último libro publicado por la Editorial Barna en esta sazón en que salgo de Madrid hacia Barcelona, donde están ausentes los treinta y cinco alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo que vinieron desde la barcelonesa calle de la Canuda a nuestra calle y sede de Zurbano, 55, para acabar el postrer curso de su carrera. Un solo catalán sentimentalmente desterrado en Madrid, aunque fuese en la jaula de oro de la casa de Banca del banquero Remisa, pudo crear el catalanismo literario con sus odas decimonónicas, donde echaba de menos lo que no había bajo el límpido cielo carpetovetónico. Una minoría de catalanes en torno a la Lliga o alrededor de la Esquerra, dentro del Congreso de los Diputados, separaban a su región de la restante España que los soportaba. Este grupo de estudiantes de periodismo procedentes de Cataluña contribuirá a apretar las clavijas de ese instrumento sonoro y complejo que es España, tanto como la línea telefónica coaxial entre Madrid y Barcelona por la que cada barcelonés tendrá al alcance rápido de su mano a cada madrileño o viceversa, llamados por teléfono instantáneamente; tanto como los otros vínculos nacionales que unifican, cual la Radio, el deporte con sus múltiples campeonatos, el cine, las quinielas, el Taf, las comunicaciones aéreas, la unanimidad de nuestra actitud exterior, o sea la España niveladora de Francisco Franco en un país de cordilleras disgregantes y de individuos aislados más que de sangres y tierras contrapuestas.

El catalán que iba a Madrid veía esa ciudad de bambalina que explica a través de los materiales de construcción don Luis Moya; mientras que dejaba una ciudad con recios sedimentos arquitectónicos y con osadías arquitecturales construidas con piedra, hierro y cemento. A caso una ciudad tan cómoda y tan sólida debía permitirse esas audacias para la edificación de un hogar archiburgués; pero ya desentonaba ese desesperado estilo del modernismo catalán en alguna calle madrileña o en la mansión, medieval adrede, con gotas de futurismo a los Heriberto J. Wells, de la Caja de Ahorros de León, donde Gaudí introdujo su genio dispendioso. Sin embargo, Madrid durante la posguerra ha echado raíces hacia arriba mediante sus rígidos y graciosos rascacielos, en tanto que llenaba de fábricas los suburbios. Madrid es más fuerte, con una estampa de actualísima urbe norteamericana; permaneciendo Barcelona no menos fuerte aun, con su enjambre de rancieros olores, de chimeneas, de árboles, de pájaros, de costumbres, de maneras antiguas y corteses, ceremoniosas, casi antecuidadas de urbanidad, de negocios y almacenes, de barrios portuarios, fabriles y residenciales, de síntesis, en fin, entre el mar próximo y la vecina montaña. Si Madrid es algo así parecido a la amalgama de lo pluriverso potenciado en la capital de los Estados Unidos de España, a semejanza de las ciudades progresivas de los Estados Unidos de América, Barcelona continúa siendo una ciudad de la vieja Europa que resiste con empuje ibérico a sus alifafes y supera las crisis producidas por los agentes europeos buscándole las cosquillas. Verdad es, señor don Manuel Riera Clavillé, que similitudes tales son una broma que nos gastamos los hombres habituados a manejar las metáforas; porque Madrid es sólo Madrid, y Barcelona es Barcelona sin cotejos con otros pueblos y habitantes. Ahora bien, hay que acortar las distancias de la geografía física, puesto que las dimensiones espirituales coinciden y no se ignoran. Hay que sacar el apadero de Gracia de su catacumba sepulcra y limpiar a la estación de Francia del vaho sucio de tantas despedidas y recibimientos políticos. Proporciona júbilo con-

templar la iniciación en Madrid de la autopista de Barajas con un letrero que indica: «Barcelona», como si todo el camino a recorrer fuera como la palma de una mano bien limpia. El aeródromo del Prat ha quitado muchas telarañas de encima de las relaciones madrileñas y barcelonenses.

Cuajada la unidad moral de España y reconocidas cuáles son las asechanzas internacionales, urge que el plan de dar vida y riqueza a los Monegros se realice pronto, pues ya no es menester que los Monegros sean nuestro foso defensivo entre un Madrid inerte y una Cataluña intervenida por el extranjero e interventora con este lastre dentro de España. El Pilar se salvó de la furia anticatólica y antiespañola de quienes le atacaron en la Cruzada de 1936, por la intercesión de la Virgen; pero también porque existían unos Monegros inhóspitos, deshabitados, estériles, en los que el abastecimiento de la vanguardia roja era imposible y en los que cualquier previsión logística se desarticulaba en el acto. Zaragoza quedó libre e indemne por este vacío que la envolvía a modo de una nata higiénica y milenaria que ha de desaparecer ahora que los colonizados Monegros se llenen de población atravesada por esa gran autopista que será, según la frase de Demetrio Ramos (el delegado del Ministerio de Información y Turismo en Barcelona), uno de los trazos de la V de nuestra definitiva Victoria. Para Demetrio, que es historiador y político y saca sus proyectos de la geografía humana, la Revolución Nacional tiene que desembocar en la fase en que estén enlazadas por una amplísima carretera, La Coruña, Madrid y Barcelona, así como Cádiz, Madrid, San Sebastián y Vigo. La doble V del mismo estilo unificador de las autopistas de Hitler, que ya no puede cercenar ningún telón de acero.

El libro editado por ustedes, cuya portada es la mitad verde a semejanza de los verdes marítimos y montañosos y la otra mitad tiene la bruma oscura del humo industrial en las fábricas del siglo XIX, es un libro compuesto de fotografías con un prólogo redactado por el novelista Luis Romero, el Luis Romero de la novela premiada «La noria», que ofrece una idéntica visión lírica y católica de Barcelona, a pesar de su aparente neorealismo, aquella vez sin el acompañamiento gráfico. Barcelona es así, con esa ternura de los pequeñísimos detalles que se injertan en su torso de matrona opulenta y hogareña. El signo del matriarcado tan español, yo intuyo que es más significativo, sobre todo en Cataluña, y que don José Pla debería escribir después de aquel poema en prosa de la biografía de don Rafael Puges «Un señor de Barcelona», la biografía más representativa de una señora de Barcelona, o de Barcelona, que es señora. Sería una versión más exacta de su alma y de su fecundo y recatado sino; como también los treinta y cinco alumnos de la Escuela de Periodismo de Barcelona que han marchado a Madrid para estudiar el tercer curso y disponer de una contemplación y conocimiento de la Patria en relieve, no han de engañarse con la «Historia de una taberna», de Antonio Díaz Cañabate, donde hay un Madrid que ni siquiera es un Madrid a medias, ni en proporción infinitesimal verdadero. Ese es un Madrid para la exportación, para forasteros, para turistas. Y quizá también para los catalanes cuando llegaban a Madrid como extraños en su propio país y les apetecía y divertía el folklore. Madrid es mucho más que folklore, como puede comprobarse dándose una vuelta por su centro y sus dilatados contornos. Barcelona nada tiene que tratar con el señor Esteve, el falso señor Esteve que no aparece retratado en ninguna de las expresivas fotografías de Francisco Catalá Roca, del libro de ustedes.

EN BUSCA DE UN CULPABLE

"EL JEFE DEL CONTRAESPIONAJE FRANCÉS ES COMUNISTA", DICE DIDES AL JUEZ DE SU PROCESO

LA POLICIA PERSIGUE AHORA AL ENIGMATICO "SEÑOR CHARLES"

SE apresuran los grupos de periodistas: unos corren sin aliento por las calles de París hacia el primer teléfono público disponible, otros abandonan las Redacciones poniéndose una endiablada chaqueta por las escaleras. —Pero ¿qué pasa?, ¿qué pasa? Y es que el comisario Dides, el gigantesco protagonista del escándalo de espionaje mayor de la posguerra, acaba de convertirse de acusado en acusador:

—M. Wybot, el jefe del contraespionaje francés, es comunista.

Cuando Dides decide hacer esta confesión al juez es el día 29 de septiembre, y ya lleva unos cuantos suspenso de empleo y sueldo, separado de su cargo de comisario principal de la villa de París, por haber sido sorprendido por agentes de la D. S. T. (Dirección de Seguridad Territorial) llevando documentos ultrasecretos concernientes a la defensa nacional.

La nación vive unos días de escándalo y conmoción a causa de la detención de Dides y de esa fantástica «enquete» para averiguar quiénes son los culpables de tres «fugas» en el Consejo de Defensa Nacional, acaecidas en tres fechas distintas. Protestan las derechas por la inaudita detención del comisario Dides, personaje bien conocido por su decidido anticomunismo, y el único que tenía en sus manos el hilo por el que se podía sacar la complicada madeja del espionaje comunista en las cuestiones de la Defensa francesa.

Todo esto hasta que Dides se decide a actuar por sí mismo, a lanzar una bomba un tanto peculiar en el seno de la D. S. T., organización encargada del contraespionaje francés.

—Vuestro jefe es comunista —ha venido a decirles en sus mismas narices

Mientras tanto, mientras monsieur Wybot planea protestas y telefona a su abogado, después de empujar discretamente a los periodistas lejos de sí, las declaraciones de Dides aparecen en la Prensa del día bajo titulares enormes. Un nuevo comunicado de Dides es devorado con ansiedad nueva por los ciudadanos más ávidos. Porque lo que el comisario Dides decía era, letra a letra, esto:

«Acabo de depositar en las ma-



Jean Dides muestra esperanzas y satisfacciones en esta fotografía, tomada cuando salía de consultar con sus abogados



André Baranés

nos de M. De Resseguier, juez de instrucción del Tribunal Militar, un documento cuya importancia no se le escapa a nadie.

El 30 de mayo de 1952, después de la insurrección armada desencadenada en París por el partido comunista, se efectuó un registro en la sede del partido comunista, calle de Lafayette, número 120.

En el transcurso de este registro se encontró un fichero del «Amicale des policiers communistes», que los dirigentes de la federación del Sena no habían tenido tiempo de destruir.

Entre las fichas que se encontraron aparecía la de M. Wavrin o Watrin, llamado «Roger Wybot», con el número 7-1.031.

El descubrimiento de esta ficha fué puesto en conocimiento del ministro del Interior del momento. Por temor a la emoción que podía ocasionar el divulgar este documento en la opinión pública nacional e internacional, se decidió callarlo y esperar algún hecho nuevo, vigilando mientras tanto más de cerca las investigaciones confiadas a los servicios que dirige Wybot.

Fué entonces cuando lo que se

ha llamado «la red anticomunista del comisario Dides», se hizo más grande.

Esta ficha que se me confió como depósito, la he remitido al Tribunal Militar con todas las pruebas capaces de hacer comprobar su autenticidad...

A VUELTA DE CORREO

Era lógico que la contestación de Wybot no se dejase esperar. Y ya que el buzón normal en este asunto parece ser la Redacción de cualquier periódico con una buena tirada, allá han ido las cuartillitas que M. Wybot, o su secretario, redactaron.

A vuelta de correo—no debemos olvidar aquello de la cortésia francesa—Wybot le dice a Dides lo que piensa de su acusación, que en resumidas cuentas viene a ser: «¡Mentira, men-



Jean Mons

tira y mentira». Aunque en letra de imprenta tiene la forma que sigue:

«Ante la gravedad de la declaración de M. Dides y de las repercusiones internacionales que pueda tener, acepto la responsabilidad de hacer la declaración siguiente sobre mi persona, antes de ver a mi ministro.

Hace diez años que dirijo los servicios de la D. S. T. La acción que yo he seguido contra los antinacionales puede ser perfectamente demostrada. Yo aguardaba, en un asunto tan grave, y teniendo en cuenta la actitud, que nosotros hemos seguido de cerca, de M. Dides, a que apareciera un «falso». Este «falso» ha hecho su aparición esta tarde. Creo que será muy útil para continuar la «enquête». Lo que me extraña de la declaración de M. Dides es que saca a colación a un antiguo ministro del Interior, del cual me es imposible pensar que se pueda asociar a un falso testimonio, y que por otra parte no me hubiera permitido seguir en el mismo puesto ante tal revelación.

Creo que M. Dides ha construido esta historia con la ayuda de M. Baranés, al que yo considero desde el comienzo de este asunto como agente secreto del partido comunista y que ha engañado a Dides.»

VARIN, EL DEL «ESCANDALO DE LOS GENERALES»

Bien es verdad que después de todo este revuelo levantado por las acusaciones de Dides, el mismo ministro del Interior, monsieur Charles Brune, a quien él elige por testigo, ha negado la acusación del comisario. Pero esto no ha podido evitar, que rotativos como «L'Aurore» hayan echado su cuarto a espaldas y hayan dicho de la dicha D. S. T. todo lo que pensaban.

—¿Qué debemos pensar de ese jefe de la D. S. T. que en diez años no ha conseguido jamás descubrir un solo comunista de importancia?—le han gritado al Gobierno desde los titulares de primera página.

¡Y que verdaderamente la actuación de Wybot es para volver loco a cualquier ciudadano con buena voluntad; Sabido es que su nombre verdadero no es el tal de Wybot, sino el de Varin, nombre con el que figuró en el famoso asunto que se llamó «escándalo de los generales». Ya entonces su actuación fué juzgada como muy extraña.

Ahora, después de haberse ganado el nombre de Wybot durante los momentos de la Resistencia francesa, dirige un contraespionaje, cuya efectividad nadie ha comprobado todavía.

EPIDEMIA DE MIEDO

En cambio sí se comprueba—y esto desde los primeros instantes del asunto—que uno de los personajes clave es el periodista del diario comunista «Liberation», André Baranés. Apenas se dan dos pasos en una u otra dirección en este asunto, cuando el nombre de Baranés le salta a uno al paso. Sin embargo pasan los días sin que nadie se vuelva a ocupar de dicho periodista, que es interrogado en la noche del 20 al 21 de septiembre y desde entonces no vuelve a ser visto.

Y así entramos en el día 1 de octubre: discutiendo sobre la culpabilidad de M. Wybot, manoteando en busca de testigos que conducir a declarar ante el juez, discutiendo atropelladamente un asunto que viene a demostrar por qué Francia no ha ganado la guerra de Indochina.

A fuerza de señalar al juez y a las demás autoridades hacia lo alto, ellos se deciden a buscar al culpable por las alturas burocráticas.

Ni a Mendes-France ni a ningún experto les puede quedar ya duda, a estas alturas del asunto, de que el culpable es alguien más que un simple funcionario. De que el culpable es alguien «gordo».

«Este asunto va a hacer tambalearse al Gobierno Mendes-France, y aun es posible que le empuje hasta derribarle», ha escuchado el presidente del Consejo decir sobre todo esto. Y ya no hay lugar para bromas.

—¡A cribar el Consejo!—dice monsieur Mendes-France, por teléfono, porque él está en estos momentos muy ocupado discutiendo con ocho señores más en «Lancaster House».

Y ¡manos a la obra! Por eliminación, el juez instructor va llegando, acercándose, cada vez más al culpable. Porque... vamos a ver: culpable, culpable... ¿quién puede ser?

Desde luego los ministros quedan descartados, aunque nada más sea que porque durante los momentos en que se han producido las «fugas» el Gobierno ha cambiado y los ministros ya no son los mismos.

Las personas presentes en el Consejo de mayo no son los mismos que han estado presentes en el Consejo del pasado día 10 de septiembre. Y las dos veces había habido «fuga».

¿Y los generales? ¿Podía ser alguno de los generales el autor de estas criminales «fugas», que han puesto en peligro la vida de Francia y la han hecho perder la guerra de Indochina? Pero del estudio de los generales, de su examen al microscopio, se viene a la conclusión de que están limpios de todo germen comunista. Se trata nada menos que de Guillaume, el jefe del Estado Mayor, y de Ganeval, secretario militar de la Presidencia de la República, y ambos son decididos anticomunistas.

¿Quién queda entonces? Únicamente los altos funcionarios que tienen acceso a las reuniones del Consejo: M. Segalat y M. Mons, el secretario general. Y como el primero ha observado a través de muchos años una conducta intachable, el único que queda disponible es el propio secretario general.

Y se le conduce a las oficinas del a D. S. T.

APARECE MONSIEUR X

Ante los ojos de M. Mons están las copias que confiara a Dides el confidente Baranés. Jadea el funcionario y apenas sí puede respirar de pura angustia. Una y otra vez el juez se dirige a él, y con una voz debilitada por el miedo, el secretario termina por confesar que aquellas copias no pueden provenir sino de los servicios que él dirige.

—Pero yo no he sido...

Y la voz tiene modulaciones infantiles, pueriles.

—¿Entonces?...

Uno tras otro desfilan por la cabeza de Mons las figuras de sus empleados. ¿Quién podría?... ¡Ya está! ¡M. Turpin! M. Turpin es el único que tiene acceso directo a todos estos documentos secretos, el único que puede entrar libremente en el Archivo.

—Repita, ¿de quién sospecha usted?... ¡M. Turpin? Muy bien. ¡Agente! Vaya a buscar a monsieur Turpin a su domicilio ahora mismo.

ESCANDALO EN PARIS

Mientras la penosa escena de un frente a frente con su jefe se desarrolla en las oficinas de la D. S. T., el espectáculo de la ciudad escandalizada por los sucesos es digno de examinarse. Aun no se sabe nada de lo de Turpin. Pero se conoce ya que el secretario general del Consejo de Defensa Nacional ha sido suspendido de empleo y sueldo, por dejarse robar los secretos de Estado delante de sus narices, y quién sabe si también de entregarlos o venderlos.

Después de unas horas angustiosas, durante las cuales Turpin insiste en negar su participación en tales «fugas», cuando se le pone frente a frente con M. Mons, Turpin acaba por confesar.

—Sí. El había sido quien robaba los documentos del Archivo del Consejo. Pero nada más. El se limitaba a entregarlos a continuación a M. Labrousse.

Localizado asimismo este último el asunto de las «fugas» aparece claro durante unos momentos.

—He aquí al hombre que ha entregado los documentos a M. Baranés, que a su vez los ha entregado a Dides. Está claro.

—¿Claro? No tanto como parece. Sí. Este es el autor material de la «fuga». Pero ¿Baranés es un espía comunista o trabaja para la Policía anticomunista? ¿O es las dos cosas?

Y, como es lógico, la Policía llega a la sagaz conclusión de que sólo el propio Baranés puede contestar a estas preguntas.

EL TESTIGO NUMERO 1

El periodista Baranés es un tipo curioso. Nacido en Túnez, ducho en cuestiones políticas y en embrollos de todas clases, ha pertenecido hasta hace unos días a la Redacción del periódico comunista «Liberation». El era el asiduo confidente de Dides, como se ha venido a averiguar a través de todos los testimonios.

Así que tiempo le falta al juez instructor del caso para citar a Baranés. Baranés, el testigo número uno, como da en llamarle la Prensa francesa. El juez le cita y espera. Una hora, dos, dos y media, tres...; pasa la mañana entera sin que Baranés comparezca.

—Baranés, ¿dónde está Baranés? ¿Dónde ha ido Baranés durante los días en que nadie se ocupó de él? ¿Qué ha hecho desde la última vez que fué visto, aquella noche del 20 al 21 de septiembre, cuando estuvo declarando en las oficinas de la D. S. T.?

Pero nadie sabe nada.

—La mujer. ¡Que venga la mujer!

Y pues que como solución momentánea no está mal, se hace

que comparezca la señora Baranés, a la que se interroga sobre el paradero de su marido.

—No sé nada. No tenido noticias de él desde la mañana del día 21. Me citó en la plaza de la Opera a las siete de la mañana. Acababa de salir de las oficinas de la D. S. T., cuando llegó. Estuvimos paseando por algunas calles de los alrededores de la Opera.

—¿De qué hablaron ustedes? ¿Qué proyectos tenía?

—Pues, no lo sé... No sé nada...

CON SOLO 800 FRANCO

Si poca luz dan al asunto las declaraciones de la señora Baranés, no mucha más dan las que Dides proporciona sobre la pista de Baranés.

—Me telefoné a media noche ese último día. Me pidió una entrevista inmediatamente. Entonces le contesté que no podía recibirle a aquellas horas de la noche, que podía venir a las ocho de la mañana siguiente.

—¿Y se vieron ustedes a esa hora?

—No. No pudimos vernos.

—¿No hay algo que pueda darle una idea sobre el paradero de Baranés?

—No se me ocurre nada. Lo único que sé es que Baranés me aseguro que no llevaba sino 800 francos encima la última vez que habló conmigo.

En medio de un ambiente de tensión, cuando lo inusitado adquiere caracteres de cotidiano, la Policía inicia la persecución de Baranés. ¡Y menos mal que no se hace demasiado larga! Su prisa se han tenido que dar para que la opinión pública no se les echara encima.

En un pueblecito cercano a la frontera, cuando ya está próximo a pasarla, es detenido André Baranés, y conducido a París, donde todo el mundo espera como agua de mayo la solución que este hombre va a dar al enigma. ¿Qué papel se atribuirá a sí mismo Baranés en todo este asunto?

«SOY ESPÍA COMUNISTA»

—Soy comunista, trabajo para el partido comunista y a él le he sido fiel durante todo este tiempo—se ha empeñado en declarar André Baranés.

—Si le he dado información al comisario Dides ha sido de acuerdo con los dirigentes comunistas, y siempre corrigiendo debidamente los detalles que nosotros queríamos.

La sorpresa del juez es fácil de imaginar. Y también la de Dides, que con todo su golpe de sabueso ha sido engañado por este «confidente», que él creía un anticomunista probado y al que ha llegado a pagar la bonita suma de 300.000 francos en un mes por la información recibida.

Y para que el cuadro de caras sorprendidas sea completo están las caras de los comunistas, las caras periodísticas de sus órganos más importantes.

«Baranés es un traidor; Baranés no ha sido fiel al partido».

COMPLOT CONTRA EL «EQUIPO DE CEREBROS»

No hay reposo para el juez. El asunto encierra en sus entrañas, según los partidarios del actual Gobierno francés, nada menos que un complot para derribar el «equipo de cerebros» de Pierre Mendes-France.

Hoy se dispone un registro en el domicilio particular del diputado «progresista» D'Astier de la Vigne, director del diario comunista «Liberation»; mañana se dispone el interrogatorio de Duclos y D'Astier de la Vigne, los dos cabecillas del partido comunista francés. Y después de estas declaraciones... ¡el caos!

Un juez especial toma declaración al mariscal Juin; Laniel y Bidault son interrogados también. Los nombres que se citan son tales que el escándalo crece en proporciones de día en día. Y entretanto, la lista de declarantes aumenta: siete ex ministros, varios diputados, generales, un almirante...



El ministro francés del Interior, François Mitterrand, cuyas investigaciones sobre la infiltración comunista han motivado el escandaloso caso Dides

EL ENIGMATICO «SEÑOR CHARLES»

Otro personaje hace su aparición simbólica en escena. Se trata del misterioso «monsieur Charles», al que se ha tardado en identificar. Parece ser que se trata de un «fugitivo profesional», escapado de un campo de concentración francés en el año 1947, cuya actuación desde entonces aparece de lo más sucio y borroso. Su verdadero nombre es Alfred Delarue, colaborador de los alemanes mientras la ocupación de París.

—Sabía que existía este «monsieur Charles» —ha declarado Dides—, pero ignoraba sus apellidos y sus circunstancias personales.

Se revuelve nervioso el juez, porque en este asunto nadie parece saber nada de nada.

—¿Dónde está «monsieur Charles»? ¿Dónde está?

Nadie contesta. A la Policía sólo le queda actuar.

—Se sabe que durmió el pasado día 19 de septiembre en un hotel del boulevard Diderot.

Acude la mujer de M. Charles al llamamiento del juez, y tampoco es mucho lo que se saca en limpio. Todo lo que la mujer quiere decir es que vio a su marido por última vez el 27 de septiembre pasado y que desde esa fecha no ha vuelto a verlo.

Las opiniones más autorizadas se obstinan en creer que ha marchado al extranjero.

—Tenía un pasaporte en regla, extendido a nombre de Charles Cartier, con el que pudo entrar en los Estados Unidos el pasado año. Así que habrá pasado la frontera, ya que este pasaporte era válido todavía.

Claro está que los espectadores del asunto no pueden dejar de exclamar: ¿Pero es que el comisario Dides ignoraba todo esto? ¿De quién consiguió el tal «monsieur Charles» su buen pasaporte francés?

Y es de suponer que si los apoyos de los que goza el personaje son tan altos como se suponen, el enigmático señor no será hallado nunca, aunque charlatanes periódicos le supongan en Bélgica.

SEIS HIPOTESIS

Y a estas alturas no vendrá mal recapitular y volver un poco sobre las hipótesis que se dan del asunto y que son tan variadas como seductoras.

1) La hipótesis de Dides: Espionaje puro y simple del partido comunista, descubierto por Baranés, que le entregaba sus secretos a Dides. Esta hipótesis es la misma que sostiene el D. S. T., pero con un criterio totalmente diferente, ya que la D. S. T. sostiene desde el primer momento que Baranés es comunista y que la transmisión de secretos que éste le hacía a Dides se explica porque el partido comunista quería hacer saber que estaba al tanto de los secretos nacionales.

2) Baranés recibía los documentos de Labrusse y se los vendía a Dides haciéndole creer que provenían de la sede del partido comunista para obtener mejor precio.

3) Baranés jugaba con una doble baraja y vendía sus secretos al partido comunista y a Dides al mismo tiempo.

4) Esta es la llamada «tesis del complot». Dides recibía los documentos del mismo miembro del Consejo y habría montado, en combinación con Baranés, una maquinación para que éste pudiera afirmar que él había obtenido estos documentos del partido comunista y comprometer así al Gobierno.

5) Hipótesis del «aprendiz de brujo». Es casi la misma que la anterior, sólo que en ésta Baranés se habría prestado al juego, pero transmitiendo luego a escondidas los documentos al partido comunista. En este caso Baranés sería un puro espía comunista en el seno de la Policía francesa.

6) Esta es la hipótesis que hace a Dides agente comunista. Dides habría transmitido los documentos que recibía de manos de Labrusse en el Consejo de Defensa al partido comunista y éste los habría retransmitido por medio de Baranés para utilizar la información como medio de presión política.

Claro está que con lo dicho de la actuación de Baranés y sus últimas declaraciones, las hipótesis quedan casi reducidas a las que hacen los números 2) y 3) entre las anteriores. Pero como no es cosa de dejarnos opiniones en el tintero, ahí están las de todos. Inusitado embrollo del que no se pueden prever las consecuencias.



El Ministro español del Ejército, general Muñoz Grandes, conversando con militares norteamericanos que acudieron a despedirle a Barajas

NUESTRO MINISTRO DEL EJERCITO, HUESPED DE HONOR DE LOS MILITARES NORTEAMERICANOS

MUÑOZ GRANDES VISITA LOS ESTADOS UNIDOS

LA INSTRUCCION ES LA PRIMERA DE LAS ARMAS DE COMBATE

○ TRO Ministro español, esta vez el del Ejército, ha salvado por vía aérea el Atlántico para dirigirse a los Estados Unidos. El teniente general Muñoz Grandes, en efecto, accediendo a una atenta invitación de aquel país, es actualmente huésped de honor del Ejército americano. Se comprenderá, sin más, que esta visita haya sido comentada e interpretada por la Prensa yanqui —y recogida incluso con preferente atención por la mundial— como de singular relieve e importancia. Los militares, realistas y cordiales, se entienden y comprenden bien entre sí, sencillamente porque la identidad de su instrucción les hace pensar de modo muy análogo. Su visión, naturalmente, de los problemas que actualmente amenazan al mundo no puede ser, por tanto, demasiado diferente. A la postre sabemos bien los españoles cómo el Pentágono ha ido siempre en vanguardia de la hispanofilia que desde hace unos años anima decididamente la política de la Casa Blanca, cuyo rector actual es precisamente un gran soldado.

He aquí por qué los periódicos yanquis han glosado a su vez la figura de nuestro general Muñoz Grandes, destacando su recia personalidad, su brillante ejecutoria de inquebrantable luchador contra el comunismo y su historial magnífico de África, de España y de Rusia. «The Star», el más importante diario de Washington, ha hecho, en efecto, resaltar las singulares dotes castrenses de nuestro Ministro, mientras que la Prensa americana en general conviene en señalar con cuánto gusto e interés los altos mandos y el Estado Mayor de aquel gran país amigo escucharán de boca de nuestro general sus puntos de vista y sus consideraciones sobre el momento internacional.

Los periódicos han anticipado a su vez, con tanta prolijidad como simpatía, el programa de

las recepciones, visitas, estancias y honores que se han de rendir al Ministro español. Se ha anunciado su recepción por el secretario del Ejército yanqui, Stevens, así como por el general Ridgway, el jefe del Estado Mayor. Y se ha hecho público igualmente por adelantado el itinerario del viaje iniciado. En él figuran multitud de visitas a diversos centros de instrucción y de experimentación. No cabe duda que la instrucción es la primera de las armas de combate. La eficiencia de los hombres y de los armamentos depende de la instrucción de aquéllos. Sin ella poco vale todo lo demás. Es natural que al teniente general Muñoz Grandes le interese, en consecuencia, fundamentalmente esta visita.

CENTROS DOCENTES MILITARES DE ESTADOS UNIDOS

El ingreso en el Cuerpo de oficiales en los Estados Unidos es cosa compleja. La recluta de la oficialidad se realiza allí, en

efecto, por caminos distintos. Por ejemplo, «West Point» («United States Military Academy») es allá algo semejante a nuestra Academia General Militar de Zaragoza. En la más famosa Escuela militar americana los cursos duran cuatro años, terminados los cuales los cadetes son promovidos oficiales. También se ingresa en la oficialidad activa pasando a ella desde el Cuerpo de Oficiales de Complemento (R. O. T. C.), merced al nombramiento de «graduado distinguido» («distinguished graduate») y desde el cuadro de oficiales de la Guardia Nacional o de la reserva organizada, siempre que se haya obtenido determinados méritos en los llamados «Cursos de competición» («Competitive course»). Asimismo se ingresa en los cuadros de la oficialidad desde las clases de tropa, siempre después de dos años de servicio y estando en posesión de avanzados estudios superiores universitarios. Idénticamente se ingresa en la oficialidad mediante un nombramiento de «graduado distingui-



Cadetes de la Academia de West Point desfilando con uniforme de gala

do» en la Escuela de Aspirantes a Oficial («Officer Candidate School») o por méritos de guerra destacados, y también por muy excepcionales condiciones de capacidad, demostrada en los tiempos de paz, para el personal de clases de tropa. Por último, ciertos servicios reclutan, naturalmente, sus oficiales por procedimientos directos y peculiares, como son, por ejemplo, la Sanidad, el Cuerpo Jurídico, el Castrense, etc.

Dentro de esta gama de precedencias, la instrucción militar unifica los mandos y los especializa posteriormente a través de una multitud de centros docentes distintos. Por ejemplo, el «Army War College», instalado en Fort Leavenworth, en el Estado de Kansas—que figura en primer término en el itinerario del viaje del Ministro español—, es el más alto centro de enseñanza militar americano. Algo, en fin, semejante a nuestra Escuela Superior del Ejército. Esto es una escuela para la instrucción de los mandos elevados—categorías de coroneles y tenientes coroneles— que se preparan para el ejercicio divisionario. Reúne este centro normalmente promociones de una centena de concurrentes procedentes del Ejército; pero también de la Marina y de la Aviación, e incluso algunos civiles, porque la guerra, como fenómeno político y social, desborda hoy mucho la tradicional visión de lo castrense.

Otras Escuelas señaladas en el itinerario en cuestión son las denominadas «Artillery School», «Infantry School» y «Armor School». La primera está situada en Fort Sill, Estado de Oklahoma, y, como indica su nombre, sirve para especializar a los asistentes a la misma en el empleo de la artillería. La segunda es, como se dice, la Escuela de Infantería, y se encuentra situada en Fort Benning, en el Estado de Georgia, y, por último, la tercera es la famosa Escuela de carros de combate americana, sita en Fort Knox, en el Estado de Kentucky.

WEST POINT, CUNA DE LAS FUERZAS TERRESTRES

La visita señalada, en fin, a la Academia de West Point, Escuela básica de la oficialidad del Ejército americano, requiere párrafo aparte. En el programa

esta visita figura en último lugar, como para cerrar el ciclo del viaje con un broche de honor. Esta Academia es la cuna realmente de las fuerzas terrestres de los Estados Unidos. La tradición de este centro docente militar es magnífica, así como su instalación y servicios. La ley fija en 2.496 el total de alumnos que cursan en ella. El ingreso en la misma se hace de manera diversa. Existe en primer término la categoría de cadetes propuestos, que deben de aprobar un examen. Hay otros que ingresan por oposición, y, por último, también pueden ingresar los hijos de los condecorados con la Medalla de Honor.

En la primera categoría proponen candidatos los senadores y diputados, el distrito federal de Columbia, los territorios de Hawái y Alaska, la isla de Puerto Rico y Panamá. También puede proponer el vicepresidente de la República. Los candidatos por oposición puede proponerlos el Presidente, designándolos entre los hijos de militares muertos en la última gran guerra y los departamentos de Ejército y Aviación, siendo admitidos igualmente los graduados de R. O. T. C. y los graduados asimismo como distinguidos en las Escuelas militares y navales honoríficas.

FORT BLISS

Aparte de las visitas interesantísimas a estos centros de enseñanza militar, el Ministro español debe de visitar, según el itinerario señalado, Fort Bliss, en el Estado de Tejas y Atlanta, en el de Georgia. Fort Bliss es la sede nada menos de la Escuela de artillería antiaérea y de proyectiles dirigidos («Artillery School Antiaircraft and Guided Missiles Branch»). Se trata, pues, de una Escuela de instrucción y de experimentación en la que se gradúan los alumnos mediante cursos diferentes de cinco o diez meses de duración, según el carácter elemental o superior del título que se otorgue. Acuden a esta Academia los oficiales del «Ejército regular», de la Guardia Nacional o de la Reserva Organizada que necesiten esta especialización.

En cuanto a Atlanta, constituye la cabecera de un gran cuartel general—concretamente, la del tercer Ejército america-

no—, algo semejante a nuestras Capitanías Generales. El Ejército metropolitano yanqui se distribuye, en efecto, en seis zonas de Ejército y un distrito federal. Este último es el de Washington, en Columbia. Las zonas mencionadas—Capitanías Generales—son las siguientes: primera, con capitalidad en Nueva York; segunda, en Washington; tercera, como se ha dicho, en Atlanta; cuarta, en San Antonio; quinta, en Chicago, y sexta, en San Francisco. (Obsérvese que de estas seis capitalidades dos llevan nombres españoles.)

UN EJERCITO EN PLENA TRANSFORMACION

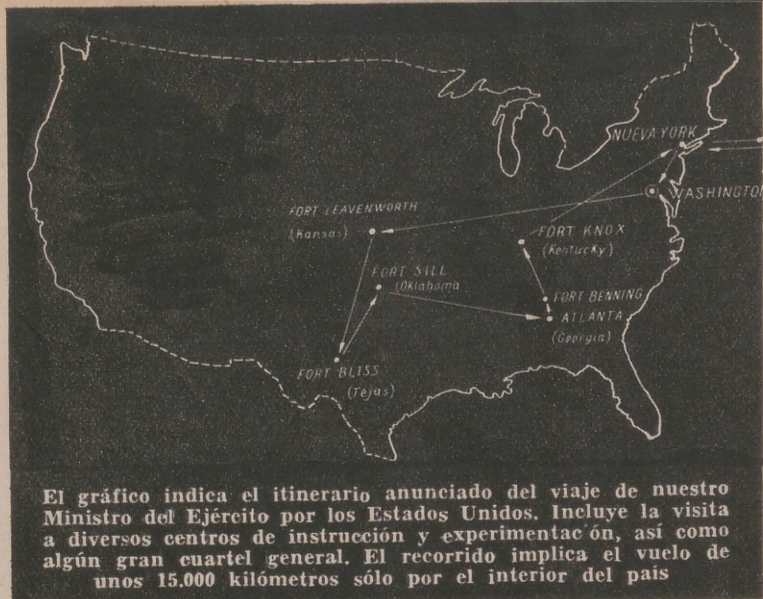
La visita a los indicados centros militares americanos tiene en este momento una singular oportunidad. El Ejército yanqui parece encontrarse en plena transformación y en un instante de adaptación de originales y no vísimos métodos y armamentos. Indudablemente la primera potencia militar de todos los tiempos tiene a su servicio una portentosa industria y una técnica depurada y progresiva como ninguna. Los recursos americanos son prácticamente inagotables. Los Estados Unidos doblan así su colosal preparación militar con el desarrollo de una generosa y extraordinaria ayuda económica y militar al mundo. Sólo la magnitud de las posibilidades norteamericanas han permitido realizar por duplicado este poderoso esfuerzo, hasta ahora sin precedentes. La renta nacional de los Estados Unidos, efectivamente, se cifra en 340,4 mil millones de dólares. Esto es más de nueve veces la de Inglaterra y diez la de Francia, pongámoslos por ejemplo de países con fama de ricos. La renta por persona es en los Estados Unidos de 2.318 dólares. Esto es, unas cien mil pesetas anuales. Pero la progresión de la actividad económica americana sigue siempre creciendo sin límites. Desde el año 1948 al próximo pasado de 1953, la producción industrial se ha acrecentado casi en una tercera parte.

Con semejantes posibilidades no es de extrañar que el presupuesto nacional de los Estados Unidos pueda alcanzar la astronómica cifra de casi 71.000 millones de dólares—casi 3.000 billones de pesetas—, esto es, una cifra seis o siete veces más grande que la de los presupuestos inglés o francés. Los gastos militares son, en consecuencia, muy cuantiosos en Norteamérica. En 1949, poco después de terminar la última gran guerra—los Estados Unidos gastaban en defensa nacional 13.300 millones de dólares. Inglaterra, por entonces, dedicaba una sexta o séptima parte de esta cifra, y Francia apenas un treceavo a esta misma necesidad. Pero el presupuesto último americano consigna para gastos militares 51.900 millones de dólares, esto es, una cifra equivalente a trece veces lo que invierte Inglaterra y Francia, incluidos los gastos de Indochina, en buena parte, por otro lado, sufragados por los propios Estados Unidos.

Gracias a tan prodigiosos recursos los americanos pueden avanzar como nadie en la investigación de las nuevas armas



La infantería de una división norteamericana desfilando ante sus jefes



—proyectiles termonucleares en primer término—, crear una poderosa Aviación, una Marina más cuantiosa que ninguna otra y un Ejército numeroso y eficiente, perfectamente instruido y equipado.

Los Estados Unidos mantienen actualmente en filas un total de 3.400.000 hombres: de ellos 1.500.000 en el Ejército de tierra, 900.000 al servicio de la Aviación y el resto embarcado en la flota, sirviendo las baterías y defensas costeras o nutriendo las tropas denominadas «Marines». Los jóvenes americanos sirven obligatoriamente en filas dos años. Los franceses no lo hacen en su Ejército más que año y medio. Y mientras que la recluta obligatoria en Francia no implica servir en ultramar, ni ir, por tanto, a combatir a Indochina, la juventud americana ha pasado regularmente, con sus contingentes respectivos, por los campos de batalla de Corea.

El Ejército americano comprende actualmente 23 divisiones, reservándose, a disposición de la N. A. T. O., seis y disponiéndose de otra en calidad de reserva inmediata. En este instante parecen organizarse otras dos nuevas divisiones más.

LAS NUEVAS ARMAS TERRESTRES

Unas breves referencias parecen oportunas aquí para aludir al nuevo armamento yanqui en ensayo, en dotación reciente o en construcción acelerada. Este armamento nuevo se refiere a una gran cantidad de ingenios. Limitándonos a las nuevas armas terrestres, esto es, a las propias del Ejército, podremos citar como innovaciones más trascendentales, e importantes en Infantería, el nuevo fusil automático; en Artillería, el cañón C-2; los obuses, también nuevos, de 203 y 204; la pieza autopropulsada de calibre asimismo de 203 y la antiaérea de 40 milímetros.

El nuevo carro de combate «T-43» parece a su vez ser una revelación. Responde, naturalmente, mejorándolo, al carro soviético «Stalin III», que tiene 53 toneladas. El «T-43» desplaza 60, mientras que sus antecesores americanos, el «Patton» y el «Walker Bulldog», tenían sólo 41 y 23 toneladas, respectivamente. El nuevo carro yanqui tiene un

poderoso armamento constituido por una gran pieza de 120 milímetros, una ametralladora de 12,70 y otras dos de 7,62. En las experiencias realizadas, el «T-43» —cuya exhibición ante nuestro Ministro del Ejército probablemente tenga lugar en su visita al fuerte Knox— ha saltado trincheras de dos metros y medio de anchura, atravesado fosos de cuatro y zanjas llenas de agua de 30 metros de larga y 1,20 metros de profundidad. Este carro está movido por un motor de 710 caballos.

Junto a este mastodonte, la industria americana ha construido para el Ejército también el proyectil dirigido «Corporal», que corresponde al «Matador» que posee la Aviación y al «Regulus» empleado por la Marina, todos ellos inspirados en la «V-2» alemana de la última guerra. El «Corporal» se ensaya en Fort Bliss, punto éste situado sobre el itinerario de nuestro Ministro. Tiene aquel proyectil nada menos que 15 metros de longitud y 1,20 de diámetro, con un alcance de 90 kilómetros, esto es, la distancia en línea recta de Madrid a Avila. Esta arma puede portar explosivos corrientes o atómicos y suple con ventaja a la artillería de gran alcance, que apenas si hoy está en condiciones de batir blancos a 40 ó 50 kilómetros. En realidad, pues, el «Corporal» es un original y moderno «cañonísimo» o artillería de superalcance.

El «Honest John» es en realidad un proyectil cohete con alcance de 33 kilómetros, singularmente preciso, aunque no sea propiamente un proyectil dirigido. Tiene nueve metros de longitud y su diámetro es de 0,76. Puede portar a voluntad carga atómica o explosiva. Se trata de un arma, en realidad, divisionaria, esto es, adscrita a las divisiones de Infantería, como refuerzo de su propia artillería de campaña. Se experimenta también en Fort Bliss. Tales son, entre otras, las armas que actualmente ensayan y experimentan los americanos para reforzar y dar a su Ejército la máxima eficacia.

LA CALIDAD MORAL Y EL TEMPLE DEL SOLDADO ESPAÑOL

El Ejército español goza de gran simpatía y admiración en

tre los militares americanos. Se estima singularmente en él, sobre todo, lo que más vale y lo que, sin duda, constituye la medula de todos los buenos ejércitos de siempre: la calidad moral y el temple de nuestro soldado. Se sabe bien cuáles son sus virtudes de disciplina, lealtad, sobriedad y valor. No pueden desconocerse sus singulares aptitudes para la guerra de montaña y para la defensiva, e incluso su movilidad excepcional para la maniobra ofensiva. El soldado español es así—y la afirmación no es nuestra—el mejor soldado del mundo. Por añadidura, este Ejército nuestro está aguerrido y singularmente también bien mandado. No hay quebras en su moral. España es una de las pocas y raras excepciones de Europa que puede presentar apretadas sus filas frente a la eventualidad de una agresión roja sin esos porcentajes trágicos y preocupadores que ofrecen otros ejércitos continentales europeos, en cuyas filas militan del 25 al 50 por 100 de comunistas declarados. Tampoco en los cuadros de nuestros Estados Mayores hay los riesgos agobiantes y catastróficos de esos otros servicios secretos (1) y de policía extranjeros afanados en primer término en proporcionar la información más confidencial a los enemigos de la propia Patria, a los comunistas de todo el mundo, sean europeos o asiáticos. España es un monolito espiritual al servicio de una fe y de una Patria y a las órdenes de su Caudillo. Tanto el Jefe del Estado español como los cuadros de mando de las fuerzas armadas, como la nación en masa, en absoluto, conocen al comunismo, saben lo que es, le han padecido y, sin vacilación, le rechazan ahora como le rechazaron antes en el campo de batalla peninsular y le rechazarán mañana donde fuera menester. España sabe la fórmula para vencerle. Y no le tiene miedo ni le pone pavor su despliegue. Sin bravatas ni debilidades tampoco está decidida, si el día de peligro llegara, a repetir lo que hizo antes y alzar por doquier nuevos Alcázares, nuevos Belchites y nuevos Santa María de la Cabeza.

He aquí, sin duda alguna, lo que más podría apeteecer América para país amigo. Los Estados Unidos están hartos, sin duda, de encontrar demasiada blandenguería, debilidad y vacilación entre los países occidentales. Han comprendido, al fin, con pena hasta qué punto ha sido estéril su enorme esfuerzo para equipar y armar Europa (nueve mil millones de dólares hasta la fecha). Saben exactamente que las viejas grandes potencias se arrastran ahora, humillantes y claudicantes, ante el temor de exacerbar a los rojos de fuera y de dentro. Saben que, al fin, estas mismas potencias están gravísimamente contaminadas del virus comunista en su interior. Un nuevo aliado, como España, sin duda vale mucho para compensar todo este tremendo fallo de la defensa occidental. Con países como España Foster Dulles, por ejemplo, no tendrían que haber abandonado, con indignación Ginebra, mientras se entregaban al comunismo, sin combatir, territorios extensos, millo-

nes de habitantes y armamentos para seis divisiones. Con países como España Foster Dulles no habría tenido que golpear la mesa de los debates, como en Londres, amenazando con dejar al Occidente entregado a su propia suerte. Con países como el nuestro no hay que debatir mucho sobre los armamentos. Hay tan sólo que enviarlos. Que acá, en nuestros puertos, se reciben siempre con solemnidad y júbilo y no con motines, huelgas y sabotajes, como en otros sitios.

NUESTRO RENACIMIENTO INDUSTRIAL, UN SUMANDO APRECIABLE

Un efectivo, en tiempo de paz, de 25 divisiones y la posibilidad de movilizar en caso de guerra, hasta tres o cuatro millones de hombres con facilidad, ciertamente no es un sumando despreciable. Por añadidura la propia situación geográfica nacional; la existencia de esa barrera inexpugnable que se llama el Pirineo y de un amplísimo ámbito nacional para establecer bases aéreas, es algo excepcionalmente importante también. Las bases que van a construirse, por otra parte, serán defendidas por España y jamás podrán ser atacadas por un enemigo interior, hipótesis desgraciadamente nada deseable fuera de la Península Ibérica. Incluso nuestro renacimiento industrial es también un sumando apreciable. Naturalmente la capacidad colosal de la fabricación yanqui permite atender bien a todos los objetivos. Pero los transportes a través del mar, son peligrosos, lentos y caros y por tanto es muy aconsejable la cooperación europea al rearme occidental. Ya nuestras industrias privadas atienden inicialmente algunos de estos suministros.

Puntualmente la Prensa diaria ha señalado, en efecto, importantes entregas de nuestras factorías de proyectiles y de minas. Mas, sin duda, mucho más cabe y puede hacerse. Nuestra industrialización está en pleno auge. Tomando como índice 100 la producción correspondiente de antes de nuestra guerra, nuestra producción hidráulica de electricidad es hoy de 343; la térmica de 626; la de carbón, 300; la de sales potásicas, 718; la de pirritas de hierro, 173;

la de cinc, 205; la de aluminio, 185; la de estaño, 580; la de ferromanganeso, 265; la de ferrosilicio, 939 y la de cemento 150. La producción de hierro y de acero está en trance de triplicarse, con las nuevas construcciones de altos hornos y la ampliación de las instalaciones antiguas. Es importante, en España, y pueden sin duda intensificarse más nuestra construcción de buques (astilleros), aviones, automóviles y motos, bicicletas, ciertas manufacturas mecánicas, producción de materiales de construcción; ídem de fotografía, caucho y sobre todo armamentos para expresar sólo lo que tiene más importancia militar. Concretamente fabrican armamentos diversos nuestra industria militar oficial y nuestras industrias privadas, algunas muy importantes, como Explosivos o la Constructora Naval. Nuestras factorías pueden suministrar con amplitud blindajes, artillería de campaña de todos los calibres, carros de combate, morteros, piezas antiaéreas, ametralladoras, fusilería, cuchillos bayonetas, espoletas, proyectiles de todas clases, artificios, pólvoras y explosivos. Los armamentos de Infantería los construyen nuestras factorías de Oviedo, Toledo, La Coruña, Placencia y Palencia. Los de Artillería, Trubia, Reinosa, San Fernando (La Carraca) y Sevilla. Los explosivos y la pólvora Granada, Murcia, Galdácano. Los mecanismos de precisión, Madrid. Las armas cortas Eibar y Elgóibar, para citar sólo las más importantes de nuestras factorías e industrias de interés militar.

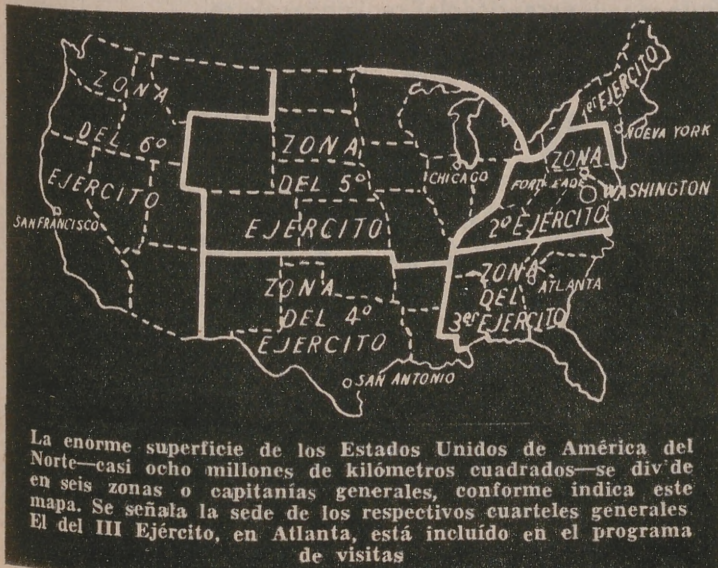
UN FRUCTIFERO INTERCAMBIO DE CONVERSIONES

Las informaciones de Prensa que han precedido al viaje de nuestro Ministro del Ejército a los Estados Unidos han convenido, con general unanimidad, de que habrían de verificarse un intercambio de conversaciones entre los altos mandos americanos y el teniente general Muñoz Grandes, en orden a la situación mundial, sus derivaciones militares y, en consecuencia, a las previsiones procedentes en el campo de la defensa occidental. Nada, en efecto, más procedente. Precisamente

coincidiendo con el anuncio de este viaje del ilustre soldado español, el secretario de Defensa americano, Charles Wilson, ha advertido; clara, enérgica y concluyentemente a Europa de que su país, la gran República democrática americana, no podrá hacer nada por nuestro Continente mientras tanto éste no proceda en armonía, a organizar y garantizar la defensa occidental. Algo así como lo dicho, en Londres, recientemente, por Foster Dulles. Defiéndete y te defenderé, parece ser la fórmula yanqui, con respecto a Europa. Y el Tío Sam tiene plena razón. Pese a la magnitud de la organización militar de los Estados Unidos el mundo es muy grande y Norteamérica no puede hacer política defensiva mundial. Hace exactamente lo que puede y, si hemos de ser francos, más de lo que puede. Pero hoy a la primera de las potencias mundiales no le es suficiente hacer su estrategia; tiene que hacer asimismo la estrategia del mundo, geostrategia, en fin, lo que sólo es posible contando con la cooperación de los demás. Hay que ayudar, es verdad, a los otros, pero estos han de comenzar por ayudarse así mismos. En otro caso, convengámoslo, la ayuda sería estéril. Piense quien lee en el cuadro actual del Occidente europeo. En un mundo de pequeñas potencias, de estados «puzzles», apenas sin recursos, ni siquiera dotados de espacio territorial militar; en una Italia carcomida interiormente por el extremismo y sacudida por escándalos morales vergonzosos, en una Alemania anticomunista y decidida que quisiera, es verdad, armarse, pero a la cual la delimitan sus propios amigos su potencialidad; en Inglaterra, poco propicia a la colaboración continental, aunque se avenga a dejar en el lado de acá del canal de la Mancha estas o aquellas tropas, naturalmente siempre listas a la llamada del «War Office» y no digamos en Francia, empeñada en corresponder al armisticio indochino con concesiones vitales en el Occidente; juguete, en fin, del conjuro de las tres internacionales que asuelan a Europa; del judaísmo, la masonería y el comunismo. ¡Para qué vamos a engañarnos! Tal es la pura y la real verdad. Wilson tiene razón para emplazar a Europa. Sólo que, en Europa, hay algo más que pueblos caducos, vacilantes o sometidos a los designios de estas internacionales. En Europa está España, y con España, algunos pueblos más.

Por nuestra parte los españoles nos sentimos satisfechos de habernos representados en estos momentos en la América amiga, por la figura, en efecto, recta e idónea del Ministro del Ejército nacional. El contacto no será baldío. Y los frutos seguramente llegarán óptimos. Hay, exactamente, mucho aun que andar; pero por de pronto los Estados Unidos y España han andado ya de consuno lo principal a este respecto. Se saben identificados. Se saben moralmente fuertes. Se saben decididos. Si la defensa occidental deberá ser periférica o no, no depende de ellos. Se trata de la defensa de los otros. Y son ellos los que deberán previamente definirse y aun decidirse.

HISPANUS





Este **PHILIPS**
es para Ud.

**El aparato de lujo para
el hogar medio.**

Disfrute con sus excepcionales cualidades de recepción y reproducción, por el mínimo precio.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 431 A/01**

2.947,- PTAS. **!**

(Incluido impuestos)



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.

El féretro con los restos mortales de Eugenio d'Ors en la capilla ardiente de la ermita de San Cristóbal



EUGENIO D'ORS, EN CATALUÑA

Respetad los ensueños de nuestra juventud.-GOETHE

Por
Carlos Soldevila

los tronos hasta los artículos finales de su larga carrera, pasando por la

DA hoy, **EL ESPAÑOL**, una nueva versión de Eugenio d'Ors a través de la pluma de Carlos Soldevila, escritor rico en historia. Exactamente igual que diera, en el número anterior, una semblanza de Enrique Ruiz García, redactor de nuestro semanario. Lo que interesa destacar es el hecho afirmativo de ser la vida de Eugenio d'Ors la que produce y exige ese análisis aparentemente inagotable.

Como toda gran figura, la de Eugenio d'Ors lleva implícitas sus calidades negativas y positivas, su caleidoscopio de sol y sombra. Pero esa conjunción terminará por examinar y fundirse en los caracteres positivos de su obra.

fecunda etapa del «Glossari», que fué la de su máxima influencia en Cataluña, la que convirtió el nombre de «Xenius» en fórmula mágica, en «ábrete sésamo» de entonces ignorados tesoros.

Sería raro descubrir un catalán de mi generación que no le debiera una enseñanza, un impulso o una reacción importante, por no decir decisiva. Este es, a mis ojos, el mayor y el menos discutible de sus méritos. La medida en que su caudal fué cosecha propia o importación a través de sus lecturas o desus precoces estancias en el extranjero, es problema complejo que vale más dejar para quienes de ahora en adelante se dediquen al estudio de su obra sin emoción y sin prisa. Para los nacidos en las postrimerias del siglo pasado, el «Glossari» que se publicaba cotidianamente en «La Veu de Catalunya» era una especie de despertador, cuando no de evagelio, predicado mediante breves pará-

ENTRE las necrologías que, en caliente, compuso el gran escritor que acaba de morir, no todas son piadosas ni reverentes. Recuérdense las frases con que comentó la muerte de Cambó. No era Eugenio d'Ors hombre para ceder en esta coyuntura a las convenciones y respetos que en otros asuntos le parecieran tan preciosas y recomendables. Para él, la desaparición de determinadas figuras, en vida muy agasajadas o muy poderosas, fué una irresistible invitación a la sinceridad, una liberación de malcontentos o de, por fin, impunibles osadías.

No lo imitemos. Dejemos que nos gane esa emoción que es, en el periódico, el equivalente del luto en la calle. Esforcémonos por ser piadosos sin dejar de ser justos. Me parece que el propio «Xenius», refiriéndose a don Juan Maragall, recién fallecido, escribió esta frase: «De tal hombre sólo podría hablar después de un si-

lencio muy puro». El silencio que he procurado mantener desde el instante en que conocí la noticia de su muerte hasta este en que me pongo a escribir ha sido no sólo puro, sino purificador. Ha eliminado los malos humores que pudo producirme en otro tiempo su debilidad de carácter, su vanidad y su afán de satisfacerla a todo trance, en fin, cuanto en él distó de ser oro de ley y contribuyó a disminuir la calidad de su éxito, colapsándolo periódicamente, con bruscos tropezones que sólo a él le sorprendían. Y después de esta eliminación, he podido enfrentarme limpiamente con el gran escritor que fué don Eugenio d'Ors y Rovira, nacido en la barcelonesa calle Condal y con alguna raíz antillana, junto a sus raíces catalanas.

Le he leído a lo largo de toda mi vida, desde el lejano tiempo en que, colaborador del semanario «El Poble Catalán», hablaba de prender fuego a las astillas de



Ex-libris y autógrafo de don Eugenio



Retrato de d'Ors por Ramón Casas

bolas, concisos aforismos y flechas más o menos envenenadas. Los que al empezar la lectura del «Glossari» teníamos dieciséis o dieciocho años, apenas si nos dábamos cuenta de lo que d'Ors, el d'Ors de 1907, tomaba prestado a Barrés y a su religión de la tierra y de los muertos; a D'Annunzio, retórico creador de un dandismo a la italiana; a Charles Maurras y a su antirromanticismo. En cambio, nos percatábamos perfectamente de la novedad y de la audacia que representaba el hecho de ponerse a predicar en medio de una Cataluña rebotante de naturismo, excursionismo y folklorismo, una doctrina que condenaba a muerte tales ídolos. De vez en cuando «Xenius», tan inteligente como cauteloso, encontraba la manera

de paliar con hábiles halagos la guerra implacable y peligrosa que tenía declarada a los sentimientos dominantes. A esta vena mixta pertenecía, sin duda la tan celebrada serie de «Glosses» que ha pasado al libro bajo el título de «La Benplañada», brevariario de una doctrina antirromántica del catalanismo. No hay que decir hasta qué punto esta obrita concordaba con las necesidades políticas del momento en que vivió la luz. Sobrepasada la época floralesca, Prat de la Riba, hombre de realidades, dotado de talento claro y de paciencia infinita, había empezado desde la Diputación Provincial de Barcelona e iba a continuar en mayor escala desde la Mancomunidad de Cataluña la construcción de un edificio político-administrativo capaz de extraer de un mínimo de facultades y de medios financieros un no igualado máximo de instituciones y servicios. Fué por este lado por el que Eugenio d'Ors que tal vez no tuvo nunca, aun a despecho de trabajar en «La Veu de Catalunya», dirigida por Prat y tutelada por Cambó, un sentimiento partidista hondo y bien arraigado, se vinculó por primera vez a una obra de carácter regionalista práctico. Prat le nombró director de Instrucción Pública del flamante organismo superprovincial. Jamás nombramiento pareció más afortunado y a la vez más esperanzador. Ya que «Xenius» no había logrado entrar en la Universidad a la que también parecía predestinado (perdió las oposiciones a una cátedra de Psicología), al menos le íbamos a ver incorporado a la tarea de reformar enseñanzas e inventar nuevos órganos de cultura. A él se debió innegablemente la afortunada creación de las primeras Bibliotecas populares y de su matriz la Biblioteca de Cataluña.

Conoció a «Xenius» en esta etapa precisamente. Había yo desperdiciado, por cierto supersticioso temor a forzar la mano del destino, la ocasión de conocerlo personalmente antes, ocasión que tan fácil me hubiese sido provocar en la Barcelona de aquellos días. Un librito de poesías que yo había publicado y al que «Xenius» había dedicado espontáneamente nada menos que tres «glosses» seguidas, me daba pie para presentármelo. Preferí escribirle. Y

no trabé conocimiento directo con él hasta que el azar nos reunió en un despacho improvisado bajo las bóvedas todavía no decoradas del Salón de San Jorge. Era entonces un hombre joven, bien parecido, algo grueso, vestido con sobria elegancia; su rostro, de facciones regulares y natural o voluntariamente sosegadas; su curioso seseo, su mirada velada o distraída bajo unas cejas algo enmarañadas, producían una impresión grata, sin nada de vulgar, ni de estridente. Yo le acababa de mandar mi primer libro de prosas con una dedicatoria que algo restrictiva por culpa de la distancia que había abierto entre nosotros la diferencia de reacción ante la primera guerra europea: «A Eugenio d'Ors, con una adhesión muy sincera y, en consecuencia, fragmentaria.» Había replicado «Xenius» con una tarjeta que a él le debió de parecer adecuada y a mí me sentó como un palmetazo: «A Carlos Soldevila, con un agradecimiento proporcionado y, en consecuencia negligente.» La explicación que apenas presentado inició él con tanta espontaneidad como buen talante, quitó todo peligro al incipiente asalto de esgrima y dió lugar a un trato frecuente que después debía de espaciarse bastante sin llegar a romperse nunca, a pesar de no haber faltado entre nosotros más graves motivos de disentiimiento.

Al sobrevenir su ruptura con la Mancomunidad, a cuya gestación asistí de cerca (yo también, como otros de mi generación, fui funcionario), mi pena resultó más fuerte que mi indignación. Pude hacerme cargo de cuánto le había costado al entonces presidente de la Mancomunidad, don José Puig y Cadafalch, mucho más amigo de los intelectuales que de los burócratas, dar la razón al interventor de fondos en su querrela contra el director de Instrucción Pública. Todo lo demás que se injertó en esta querrela, verdadera raíz del drama que estremeció hasta los cielos la Barcelona de aquellos días, era accesorio, era fruto parasitario de las pasiones en juego. D'Ors, excelente defensor del orden y magnífico debelador de la anarquía, espíritu clasicista, constructivo, reaccionario, empeñado en contrarrestar la influencia de la generación que le había precedido, tan dominada por las ideas de Prudhon y de Bakunin, de Ibsen y de Nietzsche, en realidad no servía para funcionario ni aun colocado en la cumbre de la jerarquía y rodeado de las tolerancias y adhesiones que le había granjeado su gran talento. En lo sucesivo, no sólo en su tierra y entre sus paisanos, sino dondequiera que intentó asociarse a una empresa colectiva hubo de poner de manifiesto esta misma incapacidad. Sus ideas estaban impregnadas de tradicionalismo, de espíritu de colaboración, de amor a la jerarquía, pero su temperamento le sugería con imperio, por lo visto, irresistibles movimientos incompatibles con lo corporativo y lo reglamentario. Queda únicamente por averiguar si en un país de mayor holgura económica y de mayor reveren-



Los niños de las escuelas de Villanueva y Geltrú desfilan ante el féretro del maestro en la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento



La carroza fúnebre con los restos mortales de don Eugenio d'Ors a su paso por las calles de Villanueva y Geltrú. Al fondo, la residencia del maestro, junto a la capilla marinera de San Cristóbal

cia ante los talentos hubiera podido perturbar tranquilo y bien tolerado en la dirección de algún organismo docente, académico o administrativo. De todos modos, me parece evidente que en el alma de este conservador inteligentísimo, en el corazón de este pulido dandi prendado de Jorge Brummel, había algo que le impulsaba a la demasia y al superhombre hasta límites realmente insospechables.

Al sobrevenir la ruptura que estoy comentando y que el propio d'Ors cuidó de trasladar al terreno político y hasta a su substratum étnico y telúrico, d'Ors demostró un atolondramiento impropio de su alta categoría intelectual y de la serenidad olímpica más o menos goethiana a que había manifiestamente aspirado. Creo que, en definitiva, su trayectoria habría sido la misma aunque no hubiera mediado su ruidoso incidente con Puig y Cadafalch, pero quizá sin tal incidente la línea de su evolución hubiera resultado más serena, menos brusca y quebrada, más elegante y hasta quién sabe si más convincente. Tal como se produjo, como su breve pero intenso «flirt» con el anarcosindicalismo, precediendo en pocos días a su sensacional ingreso en la redacción de «A B C», dejó en sus admiradores y discípulos de Cataluña una tristeza que solamente un repaso de toda su vida, hecha a la sombra de los altos cipreses del cementerio de Villa-

franca del Panadés, la Villafranca del erudito Milá y Fontanals, del obispo Torras y Bages y del filósofo Lloréns y Barba donde ha querido ser enterrado, logra disipar.

Vemos también, aunque en círculo más exiguo, su presencia en la «peña» del Ateneo, «peña» que presidió por derecho propio y en que, hombres de muy diversas procedencias y credos, formaron a su alrededor un auditorio jovial informal, pero cariñoso y hasta reverente, que casi justificó el título de Pantarca que se otorgó a sí mismo con garbo y desenfado muy dorsianos. En esa tertulia que había tenido su primer núcleo en el desaparecido café Lion d'Or de la vieja y entonces todavía señorial plaza del Teatro, Eugenio d'Ors no sólo pontificó, sino que con frecuentes incursiones al campo de la anécdota tan severamente proscrita de sus artículos, divirtió y sedujo.

En la puerta del departamento que habitó durante su última estancia en París el año 1937, había mandado fijar un rótulo que decía «Aula angélica».

Deseemos que entre los ángeles se encuentre por fin y de veras, quien con tanta insistencia como ingenio había hablado de ellos.

Autoridades y amigos del maestro acompañan los restos mortales de don Eugenio d'Ors en su último viaje hasta el camposanto, donde recibiría sepultura

Los que con fervor recogimos sus juveniles enseñanzas hemos asimilado suficiente parte de ellas para inclinarnos ante su elevada jerarquía intelectual, sabiendo que no podemos ni debemos desgajarlo de la tierra en que nació y en la que tan manifiestamente quiso dormir su último sueño.



SOLDADO EN AFRICA

Cómo fui corneta de Infantería en Marruecos

Mi primer premio literario: un duro de plata que me entregó el general Jordana

Por Francisco CASARES

manas después, me trasladaron a «coronela» y, como mecanógrafo, quedé en esa dependencia del regimiento.

INSTRUCTOR DE «QUINTOS»

Por entonces llegó a Granada una expedición de «quintos», a los que, en el tradicional sorteo, había correspondido ir a Africa. Antes de incorporarse al Regimiento debían pasar por Granada para aprender la instrucción y equiparse. Y allí estuvieron un par de meses. Casi todos eran aragoneses y navarros. Y, naturalmente, mayores que yo. Perpetuaban a la quinta del año 1914. Había en la Plana Mayor un suboficial, dos brigadas y varios sargentos. Y los que, soldados ramos y yo, como corneta, estábamos adscritos a las oficinas. Una de las tareas que se nos encomendó a los que no éramos reclutas nuevos, aunque estuviésemos poco tiempo en la milicia, fué la de enseñar la instrucción a los recién llegados. Serían, posiblemente, un millar de soldados. En el almacén se les dió la ropa, el calzado, el fusil y todo lo que constituía el equipo de cada recluta. Y en la explanada exterior del cuartel del Triunfo, donde, con otros diez o doce, me había enseñado a mí el suboficial don Julio Mijares, a formar, marchar, dar media vuelta a la derecha y ponerme el fusil al hombro o en actitud de presentar armas, hice de instructor. Me divertía y hasta me envanece dar los gritos de mando y poder decirle a alguno de aquellos bisoños que no sabían andar ni ser buen «milite». Después, una vez instruidos, marcharon cierta noche a Algeciras para embarcar rumbo a Tetuán e incorporarse al grueso del regimiento. Quedaron en las oficinas ocho o diez muchachos que, por su preparación, podían ser escribientes y trabajar en la «representación». Yo era secretario del comandante mayor. Aunque el señor Muñoz, por ascenso, abandonó el



EN un orden estrictamente cronológico, el episodio que voy a referir sería el primero de mis Memorias. Cuando les dé estructura definitiva irá este capítulo en su sitio. Si antes, en lo que llevo publicado, adelanté otros recuerdos y pasajes de lo que vi, fué por una estimación objetiva de su mayor interés. Y porque creo que lo muy personal es secundario. Pero se trata de algo que fué fundamental en mi vida, acaso el mejor y más decisivo de los estímulos para consagrarme al periodismo. Y no puede quedar fuera de la evocación de lo que ha sido en más de siete lustros mi actuación profesional.

SENTE PLAZA A LOS
DIECISEIS AÑOS

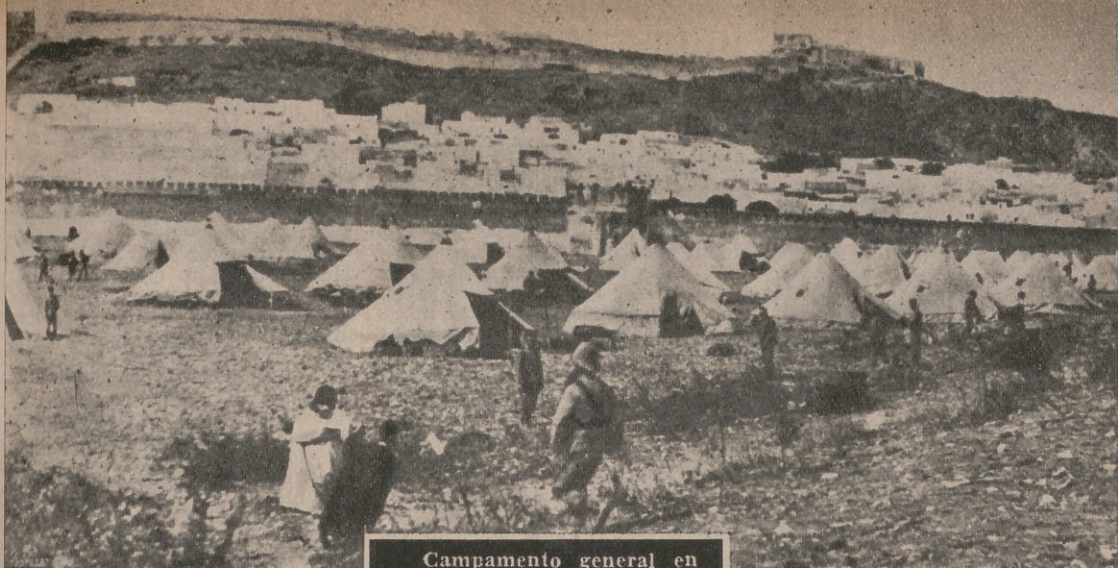
Por razones de tipo familiar que no son del caso, y en las que debo confesar que no dejé de influir mi carácter un tanto discolor y la circunstancia de ser el mayor de diez hermanos, cuando mi padre había enviudado, hube de abandonar el hogar paterno, sentando plaza en el Ejército. Tenía dieciséis años y no podía incorporarme como soldado. Tenía que ser corneta hasta que cumpliera los dieciocho. Mi padre tenía amistad desde la infancia, en que fueron condiscípulos, con un comandante que era a la sazón—estoy hablando del año 1915—comandante mayor del regimiento de Córdoba número 10, de guarnición en Granada. Es decir, la Plana Mayor de aquel Cuerpo estaba en la ciudad de los cármenes, pero la totalidad de sus batallones y

compañías hallábase entonces en Africa. Era el de Córdoba, uno de los regimientos que se llamaban «expedicionarios». Y al comandante que, como otros jefes, había quedado en Granada, constituyendo la denominada «representación», fui enviado con una carta de presentación de mi padre. Este me despidió en la estación de Atocha, una noche del mes de junio, dándome, con un duro de plata, tras de haberme sacado el billete en tercera, sus mejores consejos para la nueva vida que iba a vivir. De muchacho mimado en el seno de una familia burguesa, y de mal estudiante—nunca me distinguí por mi aplicación—de Bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros, pasaba a servir al Rey, como entonces se decía, en la más modesta de las graduaciones: la de educando de una banda de cornetas.

Llegué a Granada, me presenté al comandante—hombre sencillo, muy religioso—, que me habló afablemente de mis nuevos deberes y de la seriedad de la aventura que acometía. Y me dijo que, por el momento, quedaba adscrito a las oficinas de la «representación», en Mayoría, concretamente, y a sus órdenes. No tenía que trasladarme a Marruecos, mientras que mi conducta fuese de subordinación, de cumplimiento riguroso de las obligaciones que contraía y en tanto él estuviera en aquel cargo. Y, en efecto: desde el día siguiente pasé a la oficina. Pronto, unas se-



Tetuán 1913. Musulmanes y soldados presenciando el paso del Jalifa hacia la mezquita.—Arriba: Entrada en Larache de refuerzos militares



Campamento general en la Muralla de la Puerta de Tánger, en Tetuán, por los años a que se refiere esta crónica

regimiento, el que le sustituyó, don Luis Bello, me dejó en el mismo puesto. Y en la misma misión, a las órdenes de un sargento que se llamaba Rafael Alvarez y que me tomó mucho cariño. Años más tarde, siendo yo periodista en Madrid, y con algún nombre, tuve ocasión de reencontrar al sargento Alvarez, que me dijo cosas amables. El sabía que yo habría de «llegar». Y celebraba la buena trayectoria de mi vida profesional.

DESTINADO A MARRUECOS

Pero aquella situación privilegiada y aquel servicio, realmente cómodo, no duraron mucho. Y no duraron porque yo era un «cabeza loca» y cometí tres o cuatro barrabasadas que, tras de permanecer unos días en el calabozo del cuartel, determinaron, como castigo, mi marcha a Marruecos. Me embarqué, llegué a Ceuta, y desde esta plaza me trasladé a Tetuán, donde me presenté a los jefes del regimiento. Un par de días más tarde me comunicaron que había de incorporarme a las fuerzas expedicionarias de la unidad, que se hallaban en Laucién principal, una de las posiciones más avanzadas del que era a la sazón frente de guerra. Caballero en una mula que no me mostró ninguna simpatía, y acompañado por el cabo cartero, que era mejor jinete o tenía más familiaridad con su cabalgadura, la jornada de mi marcha a Laucién fué penosa y cuajada de incidentes. La mula tuvo para mí pocas consideraciones. Bien es verdad que aquella era la primera vez en mi vida que yo cabalgaba. La tomó conmigo, como digo, y me tiraba por las orejas, dando con mis pobres huesos en el suelo, con la manta liada a la cintura, el macuto que llevaba a la espalda y el «Mauser» colgado de mi hombro. Cada porrazo iba seguido por la fraternal ayuda del cabo, que me ayudaba a subir nuevamente encima de la mula.

Pero ésta no cejaba en su malintencionado propósito de tirarme al suelo. Y no sé las veces que realizó su criminal «faena». No exagero si afirmo que fueron veinte las «caídas». Entretanto, de cuando en cuando silbaban los «pacos». El camino de Tetuán a Laucién estaba bastante «castigado» por los moros. Y las balas silbaban que era una «delicia». Al fin, molido y con el miedo que es lógico, llegué a la posición. Me presenté al sargento que dirigía la banda de cornetas. Y me anunció que al día siguiente, a las siete de la mañana, me tenía que presentar de nuevo para comenzar la «instrucción de banda». Me fué entregado mi correspondiente instrumento, una dorada y brillante corneta, con la que desde esa fecha tenía que «soplar» siempre que fuese necesario.

OTRA VEZ OFICINISTA

Pero no llegué a tocar la corneta ni un solo día. La suerte, como siempre, me favoreció. Las cosas ocurrieron de forma muy diferente a la que el sargento, mi jefe, y yo mismo preveíamos. El rumbo cambió total, inesperadamente. La cosa fué de este modo: La misma tarde de mi incorporación paseaba yo, cabizbajo y triste, por entre las tiendas de campaña. Me hallaba franca-

mente deprimido. ¿Qué iba a ser de mí? Aquello era mucho para un pobre mozalbate de dieciséis años acostumbrado a la comodidad y el regalo en su casa. Un teniente coronel, segundo jefe del regimiento, me vió. Se dió cuenta de mi actitud. Y me llamó:

—Tú, ¿quién eres, muchacho? ¿Cuándo has venido? ¿Por qué estás aquí?

—Soy Francisco Casares, corneta. He venido de la Plana Mayor, de Granada.

Omití, naturalmente, que había llegado al campamento castigado por algunos pecadillos que en la milicia no se pasan por alto. Y que acaso, si hubiesen querido tener más rigor conmigo, no habrían terminado con el destino a Africa, sino en forma algo peor.

—Pero tú, antes de venir aquí y al Ejército, ¿qué eras?

—Estudiante. Estoy en el quinto de Bachillerato.

—¿Y tus padres?

—No tengo madre. Sólo padre. Es jefe de Administración en el Senado.

Difícil la explicación de si me había ido voluntariamente de mi casa o era por mi propia loca conducta, tuve la suerte de que el teniente coronel no me preguntase nada sobre ello. Se limitó a decirme que fuera un rato después a su «tienda», que quería hablarme más despacio. Y que mientras él llegaba le dijese a su asistente que me diera una taza de café con galletas, que tenía preparada para él. Acudí, me presenté al asistente—un andaluz zumbón y desconfiado, que



Un desfile del cortejo jafifano en Tetuán el año 1913. Por aquella época (en 1915) prestaba servicio militar en Africa el autor de estos artículos

estaba liando pitillos para su jefe—y le expliqué el encargo: que me diera el café preparado para el teniente coronel. Es lógico que no me creyera. Y no me lo quiso dar. Minutos después llegó el propio jefe militar, regañó a su ordenanza por no haberme hecho caso y me invitó a que bebiera, allí delante de él, la reconfortante infusión. Seguidamente me propuso que fuese escribiente suyo. El se encargaría de enviar recado al sargento de la banda, en el sentido de que quedaba relevado de la obligación de aprender a tocar la corneta. Y me encargó que me presentase al sargento Moliné, que llevaba su oficina, diciéndole de su parte que quedaba allí, a sus órdenes. En efecto: el sargento, menos desconfiado que el asistente, me recibió con toda afabilidad y dispuso que me llevaran una cama para dormir a su lado en la oficina. No era ésta una tienda de campaña de lona, como las demás, sino una pequeña construcción de ladrillo y cemento, en la que había un par de mesas, una máquina de escribir y algunos utensilios de oficina. Y allí quedé. Otra vez escribiendo.

EL CONCURSO LITERARIO. — UNA «CARTA A MI MADRE»

Estuve como un par de meses, encantado y gozoso, en aquella dependencia. Todo eran mimos y consideraciones. El teniente coronel me dispensaba su protección. El sargento se hizo gran amigo mío. La milicia iba resultándome más cómoda de lo que pensara. Y en esta forma llegó el primero de diciembre. Se preparaban las fiestas de la Patrona de Infantería, la Inmaculada. Y entre los actos organizados en la posición—que era la de más guarnición del sector, y que contaba con fuerzas no sólo de nuestro regimiento, sino de Ingenieros, Artillería, Intendencia y otros Cuerpos y representaciones, con más de un millar de hombres—figuraba un concurso literario. Se habían de presentar los trabajos en la tienda del capitán ayudante. Y el plazo era las doce de la noche de la víspera, el 7 de diciembre. Para los sargentos se había fijado como tema un ejercicio de tiro; para los cabos, una glosa de las Ordenanzas y para los soldados, una carta a cualquier persona de su familia o su amistad, contándoles

impresiones de la campaña. A los sargentos se les daría un diploma, con el aditamento de 25 pesetas. A los cabos, un premio de diez. Y para los soldados se dispusieron tres premios de cinco pesetas cada uno.

El sargento Moliné, que me había tomado verdadero cariño y que «creía» firmemente en mis facultades de escritor, me instaba a que yo acudiera a ese concurso. La verdad es que no tenía ganas de hacerlo. Aunque estaba muy a gusto y no podía por menos de aceptar que la fortuna me había acompañado desde que llegué a la milicia, y especialmente desde mi comparecencia en el campamento, el estado de ánimo mío no era propicio a divagaciones literarias, aunque ellas fueren tan sencillas como las que se pedía a un soldado. El sargento insistía. Yo me obstinaba en negarme. Y llegó a la amenaza que más me habría de impresionar:

—Si no escribes esa carta y la presentas antes de las doce—esto me lo decía el mismo día de la víspera—, te quito el destino. Y a tocar la corneta... Tú verás lo que te conviene.

Así las cosas, me decidí. Tomé la pluma y papel y escribí una carta a mi madre. A mi madre, que ya no estaba en este mundo. Era una epístola filial, llena de ternura y emoción, y en la que expresaba mi orgullo y mi satisfacción por hallarme en las inhóspitas tierras de África cumpliendo los deberes de soldado. Me refería a la campaña, a lo que yo podía saber de la vida campamental y a la zona y paisaje que tenía como escenario de mis primeras andanzas castrenses. Minutos antes de las doce de la noche, casi empujado por el sargento, que me acompañó, llegué a la tienda del capitán Hernández, un baturro bruscote, pero simpático, y deposité la «carta a mi madre».

Al día siguiente se celebró brillantemente, con los actos de rigor, la fiesta de la Patrona. Por ser Laucién el campamento de más importancia entre los de la Zona, el Alto Comisario, que era entonces el general Jordana, padre del que años más tarde ocuparía el mismo cargo y también el de Ministro de Asuntos Exteriores con el Movimiento Nacional, acudió a aquella posición. Le rodearon los jefes de su Estado Mayor y los del campamento. Hubo la acostumbrada misa de campaña y a continuación se pro-

cedió a la lectura de los trabajos premiados en el concurso abierto, y en el que yo, un poco a la fuerza, había tomado parte.

Concedido el oportuno permiso por el general Jordana, el capitán ayudante don Teófilo Hernández, leyó el trabajo seleccionado entre los presentados por los sargentos. Fue muy aplaudido, y el interesado recogió, de manos del Alto Comisario, el diploma y las veinticinco pesetas. Seguidamente, el mismo capitán dió lectura a unas cuartillas, las del cabo que obtuvo el segundo de los galardones discernidos. Y, tras los aplausos de todos los presentes—los soldados de Laucién formaban un amplio corro en torno al general y sus acompañantes—, le fué entregado su premio. Y, por último, el capitán Hernández leyó los trabajos de los tres soldados. Recuerdo que uno de ellos era de un maestro de escuela de Soria, muy remilgado y conceptuoso, y el otro, de un andaluz que escribía a su novia, y cuya carta estaba llena de donaire y de ingeniosidades. Finalmente, el general, que tenía en sus manos un papel, dijo:

—Francisco Cascajares...

Yo creí que no se trataba de mí; pero el sargento Moliné, que tanta confianza había puesto en mi triunfo, me dijo en voz baja: «Ese eres tú. Adelántate.» «Pero si ha dicho Cascajares...» «No importa. Habrá leído mal.» Y poco menos que me dió un empujón.

—Mi general, ¿no será Cascajares?—pregunté, con voz temblorosa, todo asustado.

Miró de nuevo al papel. Y dijo:

—En efecto, sí, Francisco Cascajares...

Entonces, con gran sorpresa mía y de todos, el capitán ayudante me entregó la carta por mí escrita y me dijo secamente:

—Léela tú. Tú, personalmente.

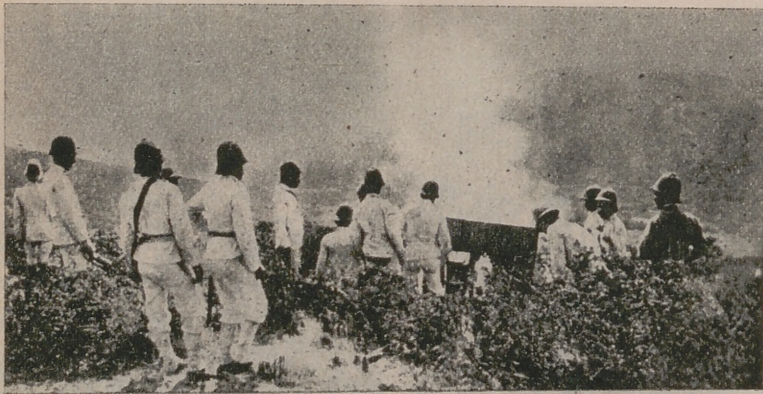
Y leí la «carta a mi madre». Me serené pronto. Pude leer despacio, con voz clara y buena entonación. A la mitad, aproximadamente, alcé la vista. Observé que el viejo general Jordana estaba visiblemente emocionado. Terminé de leer. El Alto Comisario me entregó un duro de plata, que era el premio. Me dió la mano y me dijo: «¡Muy bien, muchacho; muy bien. Me ha gustado mucho!» Los soldados me rodearon, me cogieron a hombros, como a un torero, y me pasearon triunfalmente por el campamento.

Poco después, el Alto Comisario con su séquito abandono la posición, rindiéndosele los honores rituales. Y yo, que estaba que no cabía en mí de satisfacción, bebiendo unas copas en una de las cantinas de la parte baja de la posición, que daban frente al monte Cónico, lo más avanzado del terreno rebelde, recibí un recado que me dejó estupefacto:

—El coronel, que te presentes inmediatamente a él en su casa.

—Será el teniente coronel—repliqué. Lo que me parecía natural, ya que me había dispensado su decidida protección y, aunque me felicitó en el acto de la lectura y la entrega de los premios, querría, pensé yo, reiterarme su plácemes a solas.

—No. Te he dicho el coronel



Batería de montaña de la columna de Larache (1913)

—insistió el ordenanza que me había ido a buscar.

Y me presenté en su casa. Como la de mi oficina, no era tienda de campaña, sino una pequeña construcción que tenía tres estancias: el despacho, el dormitorio y un cuarto de aseo. Me acuerdo perfectamente de aquella casa, porque fui huésped de ella durante cerca de un mes. Con la emoción que puede suponerse, acudí.

NUEVO DESTINO.—Y OTRA VEZ A GRANADA

El coronel, un hombre solemne, de barba entrecana, que imponía respeto por su prestancia y su gesto autoritario—en el fondo era un modelo de sencillez y de bondad—, me vino a preguntar, aproximadamente, lo mismo que el teniente coronel que me «descubriera» la tarde de mi llegada al campamento. Le conté mi pequeña y nada interesante historia. Y él terminó preguntándome, como el otro jefe, si quería quedarme a su lado de escribiente. Acepté, naturalmente; lo primero, porque en la milicia hay que obedecer y, después, porque comprendí que la fortuna seguía dispensándome sus favores. Un poco de disgusto me costó, porque el teniente coronel, al comunicarle yo mi cambio de «destino», se enfadó. Me costó trabajo convencerle de que yo no tenía la culpa. Y después de un diálogo con el coronel, hubo de transigir. Desde ese día viví con el jefe superior del campamento. Me dijo más de una vez que le recordaba mucho a un hijo suyo, de edad aproximada a la mía, que siendo cadete en Toledo había muerto a causa de una dolencia de pecho. Me dictaba las cartas para sus familiares en la Península y algunas notas e impresiones—algo así como un «diario», que iba redactando, sobre las incidencias de la campaña. También me encargó confidencialmente que copiara una lista de recompensas que había de enviar a Tetuán. En suma: me convertí en su secretario particular.

Almorzaba y comía, todos los días, con él, con el capitán ayudante—que me confesó que el haberme hecho leer mi carta era porque dudaba, de que la hubiera escrito yo; sospechaba que algún oficial me hizo ese favor para que me llevara el premio y la pequeña gloria—y con el capellán. Algunas veces, se sentaba, también, a nuestra mesa, el teniente coronel y algún otro jefe del campamento. Era todo ello muy superior a lo que yo pudiera apetecer. Me trataba como a un hijo. Paseaba a su lado, le despachaba la correspondencia. Y era, en fin, depositario de sus confidencias. Fué un mes largo, de invitado. Mi vida no se parecía en nada a la de un soldado en guerra. Además, aquella semana, afortunadamente, apenas hubo movimiento. Algunas escaramuzas, «pacos» sueltos, ligeras descubiertas. En ninguna de



El campamento de Lauceñ. Al fondo: 1, Beni Hosmar; 2, Ben Karrich; 3, Beni Ider

esas pequeñas «operaciones», tomé parte.

Una mañana, a mediados de enero, llevaron desde la oficina telegráfica un cable para el coronel. Estaba éste fuera de la posición, no sé si por los alrededores o en Tetuán. El cable—en un papel rosado, inconfundible que se usaba para los radiogramas—era del Ministerio de la Guerra. Cuando llegó mi jefe se lo entregué. Lo leyó un par de veces. Hizo un gesto, en el que, a la vez, parecía haber alegría y tristeza. Y me pasó aquel papel de color rosa, diciéndome:

—Mira, lee. Vas a ser el primero en saberlo. Me ascienden a general...

Le felicité, respetuosa y cordialmente. Y como advirtiera en mí una actitud de perplejidad, de miedo, me dijo:

—¿No te alegras?

—Mucho, mi general. Mucho—sin poderlo remediar, me eché a llorar.

Se dió cuenta. Era para mí una buena noticia, puesto que se trataba de quien tanto bien me había hecho. Pero, ¿qué iba a ser de mí cuando se marchara?

Y el ya general Martínez Pedreira, me abrazó y me dijo:

—¡No tengas cuidado! Yo me ocuparé de ti. ¿Te gustaría volver a Granada?

Me dejó sumido en confusión. ¿Cómo iba a volver a Granada, si de allí había salido castigado? Pero a los dieciséis años suele uno ser atrevido. O inconsciente. y acepté. Una semana después, aparecí, de nuevo, en las oficinas del cuartel del Triunfo.



Una fricción diaria
CON

Diplona

ES SUFICIENTE



PARA EVITAR LA CAIDA
DEL CABELLO, ELIMINAR
LAS MANIFESTACIONES
SEBORREICAS Y REGENE-
RAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA
DE LA CIENCIA
ALEMANA
SOBRE LA
CALVICIE

EFICACIA EXTRAORDINARIA

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

BATIBURRILLO LABORISTA



Mister Bevan el día en que tuvo que comparecer ante el Tribunal acusado de conducir su coche de manera peligrosa

BEVAN ESTA EN UNA POSICION DIFICIL

ATTLEE, DISPUESTO A DAR LA BATALLA

LOS COMUNISTAS INGLESES TRATAN CONTINUAMENTE DE INFILTRARSE EN LOS SINDICATOS

Por Jesús PARDO
(Desde Londres)

ca está, como dije, en el campo; para ir a ella tiene que tomar el tren; pero, llegado a la estación, no le queda más remedio que escoger entre andar tres cuartos de hora o tomar un taxi, porque, como recordarán mis lectores, Bevan está incapacitado de conducir por un año, por causa de un accidente automovilístico en que se vió envuelto hace algún tiempo. Su mujer no puede ir a buscarle a la estación con el coche, porque ella también es diputado y tiene que estar en el Parlamento con él.

Pero esto es «peccata minuta»; la temporada parlamentaria que se abre ahora va a traer sorpresas de otro tipo para los laboristas. Bevan, ante todo, está en una posición difícil: recordarán mis lectores que hace unos meses decidió presentar su candidatura para la tesorería del partido, cargo honorario, pero que implica un puesto permanente en el Comité Ejecutivo y es, por tanto, una magnífica plataforma desde la que dictar consignas y opiniones sin temor a revesses electorales. Lo malo es que, para presentarse a esta candidatura, es preciso previamente renunciar a cuantos cargos se tengan dentro de los círculos dirigentes del partido, y Bevan, que había ya renunciado a su «Ministerio fantasma» en el Gabinete opositor, se ha visto precisado a salir también de su propio puesto en el Comité. Es decir, soltar un pájaro en mano por ciento volando, ¡y tan volando!, porque su candidatura a la Tesorería está perdida de antemano.

Su enemigo es Gaitskell, no solamente enemigo en esta batalla, sino prácticamente en cuantas batallas se mete Bevan; son enemigos acérrimos y fundamentales. Gaitskell llegará quizá con el tiempo a jefe supremo del partido, y Bevan, que lo pudo haber sido, ya ha perdido la esperanza, por culpa de una serie de errores y resbalones de que me ocupé hace meses en otro artículo.



Bevan, acompañado de su esposa, se dirigen a la Cámara de los Comunes. Ella también es diputado

HACE cosa de tres meses, Bevan sorprendió a Inglaterra comprando una granja cerca de Londres; en ella Bevan cultivará toda clase de vegetales y criará ganado en pequeña escala. Hasta ahora Bevan vivía en una casa de tres pisos, situada en el centro mismo de la ciudad, en el barrio de Chelsea; era, probablemente, la casa de mejor aspecto de toda la calle: siempre bien pintada la fachada, los cristales limpios y las cortinas nuevas; la puerta siempre recién barnizada, y el llamador reluciente.

La compra de la granja produjo cierta impresión entre la burguesía y las clases altas inglesas, que estaban hartas ya de oírle tronar contra «las sanguijuelas que chupan la sangre del país»; estas sanguijuelas parecen ser los terratenientes, «el uno por ciento de la población—como dijo Bevan en un célebre discurso—, en cuyas manos está el cincuenta por ciento de la riqueza de Inglaterra». Pero es lo que dice un humorista, «que quizá Bevan se haya dado cuenta de que la única forma de vencer a los obreros ingleses consiste en aburguesarse, no en ir siempre de proletario»; el ideal de todos los obreros ingleses es vivir como burgueses, y por eso un líder socialista que no ha conseguido este ideal les inspira poca confianza.

La compra de esta finca le ha creado a Bevan varios problemas curiosos: uno de ellos, por ejemplo, es el del transporte. Su fin-

UN MOTIVO Y UNA ULTIMA ARMA

Las razones que Bevan haya podido tener para exilarse voluntariamente de los círculos laboristas en que se discute y dirige la política del partido y, eventualmente, quizá la de la nación entera, no las sabe nadie más que él. Se puede conjeturar, sin embargo.

Ante todo, Bevan odia las ataduras; pertenecer al «Gabinete fantasma» y al Comité Ejecutivo le impone ciertos límites de expresión; saliéndose, queda libre de decir lo que quiera, de desafiar públicamente a Attlee si quiere, de contradecir al que sea en el Parlamento. Sus cartas políticas desaparecen; sólo una casualidad improbable le permitiría



Mister Attlee estrecha efusivamente la mano a Mao Tse Tung durante la visita que hicieron al jefe comunista de China los miembros del partido laborista británico



Hugh Gaitskell, cuando era canciller del Tesoro, muestra la maleta que tradicionalmente contiene los presupuestos del Gobierno

subir a la jefatura del partido, porque los laboritas son burócratas natos y creen en el escalafón político; pero su pasión por la publicidad y las titulares de primera página se vuelve más fácil y menos peligrosa.

Luego Bevan tiene aún un arma que, bien jugada, podría dar mucho de sí: el rearme alemán. El inglés medio recuerda aún las bombas alemanas y la tensión mortal de los días inciertos en que la invasión podía ser una realidad de un momento a otro. El que hable contra el rearme alemán tiene, por lo menos, al pueblo detrás de sí; la gente que piensa con calma y sabe dónde está el verdadero enemigo, le acusará de tramposo, de jugar con dados marcados; pero vayan ustedes a decirle eso al ama de casa inglesa que perdió a sus hijos en Francia o en Africa del Norte. Bevin mismo, con toda su experiencia política, se dejó cegar hasta el punto de decir públicamente (que el verdadero peligro seguía siendo Alemania, no Rusia).

En el momento en que escribo esto, los Sindicatos están divididos en la cuestión del rearme alemán, y Attlee mismo no tiene más que una mayoría muy justa con que sacar a flote la política oficial del partido. Se da incluso la paradoja de que muchos Sindicatos antibevanistas siguen la política bevanista de no rearmar a Alemania: algo así como el que alaba un libro al tiempo que no puede ver al autor.

Yo, personalmente, no creo que Bevan consiga mucho con sus ataques anti-rearme, anti-Norteamérica y anti-todo; puede que solivante un poco a ciertos sectores de la masa inglesa, puede, incluso, que convenga a gente política influyente, pero a él, personalmente, no le servirá de mucho.

«El señor Bevan no es un buen laborista—dijo hace poco un comentarista político—; los buenos laboristas no renuncian a cargos como el que él tenía en el Comité Ejecutivo por motivos de lucro personal; los buenos laboristas trabajan en beneficio del par-

tido y del pueblo allá donde más útiles puedan ser sus dotes, y suben poco a poco hasta llegar a la cima.» Esta es la opinión general de los ingleses; no hay que olvidar que el inglés medio es hombre tímido y amigo de ir poco a poco, pero sobre seguro; en el fondo es un comerciante y, como todos los comerciantes, desconfía de bohemios, aventureros y arrivistas.

ATLEE, DISPUESTO A LA BATALLA

El caso de Attlee es opuesto al de Bevan: su habilidad para capear temporales es extraordinaria; de todos ellos sale bien, y últimamente ha tenido dos o tres al tiempo.

Durante el viaje por Rusia y China, Attlee se mantuvo todo el tiempo lacónico; muchos creyeron que se había vendido al oro ruso, y le acusaron públicamente sin conseguir que se alterara. En Australia la muchedumbre le vió con hostilidad; uno, incluso, alzó la voz y le llamó miserable cuando desembarcaba; los australianos —nueve millones— se han lanzado a una política de «Aus-



Morrison, laborista que se ha declarado decidido partidario del rearme alemán



Morgan Philips (en el centro de la fotografía, con gafas) acompañado de otros miembros del partido laborista, durante una recepción

tralia para los blancos», que les ha ganado la enemistad mortal de mil millones de asiáticos, para quienes la emigración a Australia es tabú, por causa únicamente de su color. La idea, pues, de que Attlee, el jefe de la oposición inglesa, decano de los líderes socialistas del Commonwealth, y futuro primer ministro de Inglaterra, hubiese estado mano a mano con los líderes amarillos de China les sacaba de quicio a los australianos. En Canberra varios diputados se negaron a acudir a un banquete oficial dado en su honor. En Inglaterra muchos se pusieron abiertamente en contra suya, entre ellos un ex ministro laborista. En Norteamérica se produjo una ola de hostilidad contra el que, indirectamente, hizo algún daño a las relaciones angloamericanas.

Sin embargo, hétele aquí de nuevo triunfante. Mientras la gente le acusaba él escribía los artículos que luego han sido publicados en un periódico de la tarde con mucho éxito y han producido la admiración de sus enemigos por la mesura y la exactitud de observación que revelan. Con sus setenta años encima, Attlee escribió estos artículos durante su viaje por China y Australia, quizá incluso en el avión o en el tren. Recién salido de territorio comunista, en Hong-Kong, Attlee hizo unas declaraciones sobre su conversación con Mao Tse Tung; en ellas Attlee hizo ver que no tenía pelos en la lengua para decir lo que pensaba. «Pravda» le hizo un gran favor publicándolas en primera página y atacándole como «enemigo del pueblo soviético y lacayo de los americanos».

Sólo en una cosa se coló: recién vuelto a Inglaterra dijo en público que «tenemos que deshacernos de Chan Kai Chek, y cuanto antes mejor». A esto replicó un semanario de Londres: «¿Qué quiere decir «deshacernos» y quiénes somos «nosotros»? Chan Kai Chek está en Formosa como consecuencia de haber sido Jefe de Estado de China, y su posición allí es legal, ya que nosotros mismos le reconocimos como tal en su día, y aun ahora no denunciamos oficialmente su presencia en las Naciones Unidas. Las palabras de Attlee son irresponsables en grado sumo, porque «deshacernos» de Chan Kai Chek, como él dice, implicaría un acto violento e ilegal. Si lo que quiere decir es que dejemos de proteger Formosa, eso es diferente; pero no somos «nosotros» quienes la protegemos, sino los americanos, y Australia y las Filipinas serían las primeras en oponerse a que la VII flota se fuera de allá; las palabras de Attlee son difíciles de entender. Quizá quisiera decir que hay que volver a neutralizar Formosa, y en eso estamos de acuerdo con él. Pero si eso es lo que quiso decir, debiera haberlo dicho más claramente».

Attlee y Morrison personalmente se han decidido por el rearme alemán, y ahora, en la reunión anual que los laboristas celebran en Scarborough, se está celebrando una batalla entre ambos puntos de vista. Si Bevan consiguiera oponer una mayoría

de los votos del partido contra la política oficial, Attlee tendría que dimitir, sin que ello significara necesariamente que Bevan le sustituyera. Pero las cosas, sin duda, irán por el otro camino, y Attlee y Morrison sacarán una mayoría estrecha, pero suficiente.

Attlee tiene todas las virtudes del inglés medio: es lacónico, reservado y lento. Es tardo en decidirse a obrar, pero cuando se decide obra con rapidez, sobre seguro. Fuma en pipa, cosa también que es muy popular en Inglaterra, tanto que el largo exilio político de Churchill antes de la guerra pasada se debe, según muchos, a que fumaba puros y no en pipa. Attlee, además, es hombre metódico: el día de su cumpleaños va siempre a cenar al restaurante español «Martinez», con su familia, y pide tortilla de patatas; según el camarero que le sirve aun no ha fallado un solo cumpleaños, y llega siempre a la misma hora. En el Parlamento, Attlee es célebre, entre otras cosas, por sus garabatos: siempre está allí, sentado en primera fila, con una carpeta sobre las rodillas, dibujando garabatos con su pluma estilográfica; muchos periódicos han publicado reproducciones de los garabatos estos, que suelen ser redondos, con dibujos geométricos muy complicados. El día que Attlee se muera seguro que un editor emprendedor publica «Los garabatos completos de mister Attlee» y se hace de dinero.

En su casa de campo Attlee tiene una biblioteca muy nutrida, con clásicos ingleses y latinos, los dos únicos idiomas que sabe bien. Acaba de publicar un libro de memorias, y su estilo es opuesto al de Churchill: es muy conciso, con una economía de palabras, todas bien usadas, y sin la pomposidad retórica de Churchill. Continuamente saca a relucir detalles de su vida privada, aun cuando no venga muy a cuento con lo que está relatando.

LA DOCTORA SUMMERSKILL

Uno de los personajes más pintorescos de la delegación laborista fué la doctora Edith Summerskill; a pesar de que he preguntado a mucha gente nadie ha sabido aun decirme de qué es doctora, pero debe serlo de algo, porque si no no se lo llamarían. La doctora Summerskill cree en la igualdad de ambos sexos, y, para mostrar el tipo de igualdad a que se refiere, ha conservado su nombre de soltera al casarse y se lo ha impuesto a sus hijos, convirtiendo al pobre marido en el donnadie de la casa. La doctora Summerskill, en Moscú, hizo buenas migas con Malenkov. En una de las recepciones oficiales que ofreció a la delegación laborista, el «premier» soviético la cogió del brazo:

—Vamos al jardín —la dijo— a recoger margaritas.

Aquella misma noche la doctora Summerskill le dijo a Malenkov:

—¿Porque no viene usted a Inglaterra el año que viene, como invitado oficial del partido laborista?

—¿Cree usted que su Gobierno me daría un visado si me decidiera a ir?—preguntó entonces el ruso.

El embajador inglés en Moscú,

que estaba al lado, se volvió a oír esto y dijo:

—Naturalmente que se lo daríamos, y encantados de poder servirle.

Edith Summerskill les dijo luego a los periodistas:

—¿Por qué no va a ofrecermé margaritas Malenkov? También él y yo hemos sido jóvenes.

—Edith Summerskill fué ministro de Educación durante el anterior Gobierno laborista, y ahora tiene un puesto muy importante, mano a mano con Morrison y Gaitskell, en la cima misma del partido. Ha dedicado su vida a luchar por la emancipación de las mujeres inglesas, y en el Japón, hace unas semanas, cuando la delegación laborista fué invitada a un acto en el que todos los delegados pronunciaron un discurso breve, ella se limitó a mirar alrededor y decir con sorpresa:

—¿Dónde están las mujeres? No veo más que hombres en esta sala —encarándose luego con la asamblea añadió—: Hasta que no concedáis igualdad política y social a las mujeres no sereis verdaderos demócratas.

Los periodistas que estaban allí aseguran que se oyó una risita de conejo general en la vasta sala: de los dos mil y pico japoneSES que estaban allí sólo diez o doce eran mujeres. «Japón es un país de hombres —añadió Edith Summerskill como colofón—, no me gustaría vivir en él.»

Estando los laboristas estos en el Japón empeoró mucho uno de los pescadores japoneses que recibieron lluvia radioactiva en su pesquero hace seis meses, cuando los americanos hicieron explotar su bomba de hidrógeno en el Pacífico. Las amas de casa japonesas se negaban a comprar pescado por temor que fuese radioactivo y les envenenara; los precios del pescado bajaban sin cesar, muchas pescaderías tuvieron que cerrar y el Gobierno japonés protestaba continuamente cerca del americano.

—Lo que había que hacer —dijo Bevan en un mitin en Tokio— es coger peces radioactivos y obligar a los yanquis que tiraron la bomba a que los coman y revienten.

MORGAN PHILIPS Y LA PRENSA

Morgan Philips, líder sindical, jefe del partido laborista y uno de los delegados que fueron con Attlee a visitar el telón de bambú, se cubrió de gloria cuando, recién llegados todos a Hong-Kong, hubo que recibir a la Prensa occidental.

Todos los delegados habían firmado contratos con periódicos ingleses y americanos para escribir artículos sobre su viaje; les interesaba, por tanto, no decir esta boca es mía a los periodistas y dar ellos primero cuantas noticias o cosas interesantes les hubieran reportado sus visitas por terreno comunista. Bevan, por ejemplo, escribió luego artículos en el «Sunday Express» (conservador a medias) y en su propio periódico, «Tribune»; Edith Summerskill publica varios artículos sobre la vida de las mujeres chinas en el «News Chronicle» (liberal); Attlee dió los suyos al «Star», periódico de la tarde

afiliado al «News Chronicle». Se trataba, pues, no ya de políticos entrevistados por periodistas, sino de periodistas tratando de pisar noticias a otros periodistas.

Los reporteros que les siguieron telón de acero adelante escribían artículos llenos de bilis, acusándoles de obstaculizar su labor; cuando Mao Tse Tung recibió a los delegados en privado, éstos, terminada la recepción, se negaron a hablar a la Prensa.

En Hong-Kong, sin embargo, la cosa fué más seria. Los periodistas occidentales, ya en terreno seguro, fueron decididos a sacar algo en limpio. Los americanos, sobre todo, tenían bilis concentrada y fueron incluso con magnetófonos a fin de que no se les escapase ni un carraspeo de los entrevistados.

—Las mujeres chinas —dijo Edith Summerskill a la Prensa— han conseguido por fin la libertad de amar.

—Déjese usted de amores —le interrumpió un periodista yanqui— y dígame qué le parece la nueva China.

—Desde que los comunistas subieron al poder —replicó entonces la buena doctora— la mortalidad infantil ha disminuído de un veinte a un tres por ciento.

—A ver la estadística—insistió el americano.

—No la tengo; me lo dijo un médico chino muy simpático que me presentaron en un «cocktail» en Pekín—se evadió ella.

Dicen que el americano se volvió entonces a uno de los periodistas británicos y le dijo en voz alta:

—¿Y dejáis el Gobierno de vuestro país en manos de una idiota de esta categoría?

Edith Summerskill no es idiota; cuando era ministro de Educación hizo cosas buenas, pero convengamos en que esta vez mejor la hubiera sido callarse.

La intervención de Morgan Philips fué más típica todavía:

—Declaraciones señor—se encarró un periodista yanqui con Attlee.

—No tenemos nada que decir—interrumpió Morgan Philips antes de que Attlee pudiera abrir la boca.

—¿Y cómo es eso? —insistió el yanqui—. Para la Prensa comunista sí que tuvieron declaraciones.

—¿Cómo sabe usted que todos los chinos son comunistas?—le preguntó entonces Morgan Philips.

—¡No lo son! —saltó un periodista chino que estaba allí—. Son liberales y amantes de la paz.

—Bueno, sea lo que sea, no tenemos nada que decir—concluyó Morgan Philips, empujando a sus colegas fuera de la habitación.

Un periódico americano, a este propósito, publicó un artículo que comenzaba: «El señor Attlee y sus amigos han ido a tierras comunistas para ver si allí los sindicatos son libres o no; yo que ellos iba luego al Polo Norte a ver si hay elefantes, o al Ecuador a ver si hay osos pcleares».



Attlee y la doctora Summerskill visitan una escuela en China

Un periodista inglés sugirió que «de vuelta a Inglaterra quizá los delegados tuvieran que entregar al tesoro del partido lo que les diesen por sus artículos; después de todo fué el partido quien les pagó los billetes de ida y vuelta».

EL SINDICATO DE PANADEROS JUDIOS

Durante el Congreso Sindical del T. U. C. en Brighton, hace pocas semanas, los delegados sindicales de toda Inglaterra se reunieron para fijar su política de este año, y, entre otras cosas, discutir el rearme alemán y ver la manera de ponerse de acuerdo. El resultado fué favorable al rearme, pero por un margen tan insignificante que muchos profetizaron que en la reunión socialista de Scarborough —que está teniendo lugar ahora— Attlee no podría apoyarse en una mayoría tan estrecha para convertir la decisión en política oficial de la oposición. Esta mayoría, sin embargo, hubiera sido mayor de lo que fué sin la intervención imprevista de uno de los sindicatos más pequeños de la confederación del T. U. C.: el de Panaderos Judios. El líder del sindicato pronunció un discurso breve, sincero y muy conmovedor, recordando a su auditorio que los alemanes son culpables de la muerte de casi nueve millones de judíos, y que en nombre de la humanidad es necesario que esto no vuelva a ocurrir; muchos de los sindicalistas ingleses que le escucharon habían perdido pacientes en la guerra, y las palabras del judío le llegaron bien adentro; el resultado fué que el rearme alemán encontró muchos menos partidarios de los que, en circunstancias normales, hubiera encontrado.

Los sindicatos ingleses son la columna vertebral del laborismo; si se diera el caso hipotético de que lo abandonaran en masa, el partido quedaría reducido a un mínimo inofensivo e ineficaz. Esto no quiere decir, sin embargo, que todos los sindicalistas sean laboristas, si así fuese no habría forma de explicar que la mitad

de los votos de todo el país sean conservadores. Por otra parte, hace dos años, cuando Butler, el ministro de Hacienda conservador pidió al país «que dejara estabilizarse la situación económica no pidiendo aumentos de sueldo por algún tiempo, porque la consecuencia inevitable es que los precios suban también», los sindicatos accedieron. Los laboristas trataron de oponerse, pero no hubo nada que hacer.

Los comunistas ingleses tratan continuamente de infiltrarse en el partido laborista, y, de hecho, tienen cierto número de elementos en los sindicatos. Es curioso que, cuanto más extremistas son los laboristas británicos, tanto más se indignan cuando algún conservador les acusa de comunismo, quizá porque ellos mismos no están muy seguros de no serlo en el fondo. Lo que ocurre es que, efectivamente, son comunistas, pero no comunistas soviéticos. Mucha gente cree que no se puede ser comunista sin ser ruso; el movimiento cooperativo inglés, por ejemplo, es perfectamente comunista y, al tiempo, tan rusóphobo como el mismo Mac Carthy. Puede que en el fondo sientan una vaga simpatía por éste o aquél vestigio de comunismo verdadero que se encuentra en Rusia cuando se busca bien, pero la idea de un despotismo asiático para el que los derechos del hombre no significan nada es más que suficiente para que los ingleses lo digan «vade retro», como a Satanás.

Uno de los últimos restos del ilusionismo socialista es el himno «Bandera roja», que los laboristas ingleses siguen cantando en sus actos oficiales. Ahora, sin embargo, parece que lo van a cambiar por otro más apropiado y más de acuerdo con las circunstancias actuales. Efectivamente, resulta un poco ridículo oír a un grupo de obreros que tienen televisión y cobran sueldos altos cantando versos truculentos sobre la lucha de clases y la conquista de los derechos del hombre.

Jesús PARDO

“LEVANTE!”



EN EL MISMISMO
CORAZON DE LAS
ESPAÑAS

UN CAFE DE LA
MADRILEÑA PUERTA
DEL SOL, CENTRO DE
LA HISPANIDAD

Ernesto Giménez Caballero, promotor de la Cripta de Don Quijote

ES el mes de diciembre de 1947. Hasta los letreros luminosos de la Puerta del Sol se estremecen de frío. Hay un vaño de escalofríos que brota de la piedra de las casas, de la paz de los portales. Sólo dentro de los cafés, entre el humo de los cigarrillos y el hacinarse de las gentes es posible el calor.

Y quizá esta clase de calor, calor humano, es el que buscan la noche del día 18. Giménez Caballero y un escueto grupo de estudiantes de periodismo, sentados a las mesas humedecidas de licor y de café, del hasta entonces olvidado, aunque histórico, café Levante.

—Queremos orientación, queremos trabajo—le habrían dicho al escritor aquellos estudiantes.

Lo que en aquel momento equivalía casi a decir:

—Queremos que nos saque usted de este letargo en el que vivimos, queremos un frente en el que batallar, y un credo literario en el que creer de verdad.

EN MITAD DEL PUEBLO Y DE LA CALLE

Y fué entonces cuando Giménez Caballero, citándoles para aquella misma noche, los condujo al café Levante, hasta las olvidadas mesas de mármol desgastado, y les leyó un manifiesto. Un manifiesto improvisado, si se tiene en cuenta las escasas horas que tardó en escribirse, maduro, si se piensa que las ideas en él contenidas se habían gestado lentamente, como hijas que eran de acontecimientos angustiadores. O angustiosos. Porque en Giménez Caballero, la idea de que la vida literaria de España necesitaba renovación, era casi una vieja idea.

—España—literariamente hablando—viene a decirles a sus compañeros—alumnos— está un poco aburrida. Por tanto, un poco en peligro. Y a conjurarlo acudimos, una vez más, un grupo combatiente, lleno de ímpetu, de ánimo purísimo y de buen humor. Y dispuesto a comunicar tales bienes a los demás españoles, sin estraperlo alguno.

Y continúa:

—A nadie vamos a pedir dinero, a nadie vamos a engañar. Sólo pretendemos animar un poco la Corte central de las Españas desde un cotarro de la Puerta del Sol. En mitad del pueblo y de la calle. En pleno corazón hispánico.

AL CALOR DE UN CAFE NACE «LEVANTE»

Y esto es lo interesante del nuevo periódico «Levante», que nace

aquí mismo, esta misma noche, al calor de un café—con leche o solo—, entre las columnas de este nuevo templo, que a los de «Levante» les da por compararlo con el de Karnak. Quizá por lo desmesurado de las proporciones que adquiere el local destartado visto en perspectiva histórica. O por lo ruinoso de sus glorias. O porque entre manifiestos, programas de lucha y promesas las cosas se ven así: un poco desmesuradas. Para que todos los techos se conviertan en cúpulas. El caso es que este desmesuramiento es necesario ahora, se hace necesario en el nacimiento de «Levante».

Y por eso a los «levantados» o «levantiscos»—les basta con una sola noche de rito. Ya tienen templo, ya tienen credo, y ya tienen hasta jefe o maestro.

—¿Pero cómo ha ido a lanzar Giménez Caballero su manifiesto desde un café? El, enemigo de cafés y tertulias literarias...—se preguntan muchos en este momento.

Y la contestación viene dada por el mismo «Levante», especie de periódico hablado, amorfo, en el que todo el mundo tiene cabida, porque para eso se ha dispuesto hacerlo «cara al pueblo», frente a él, desde el corazón popular de la Puerta del Sol.

—«Levante» no es una tertulia. No servimos para tertulianos. Nuestras agrupaciones son orgánicas. De «redacción periódica». Y hasta si queréis de «clase escolar».

Y algo de escuela sí que tiene «Levante» en este momento. Por lo menos sus participantes—o sus componentes— se lanzan a la obra con ánimo de colegiales, con aire de entre «repijis» y traviésos. Aunque ellos, se confiesen humildes. Que ya es bastante.

LA PUERTA DEL SOL TIENE VENAS

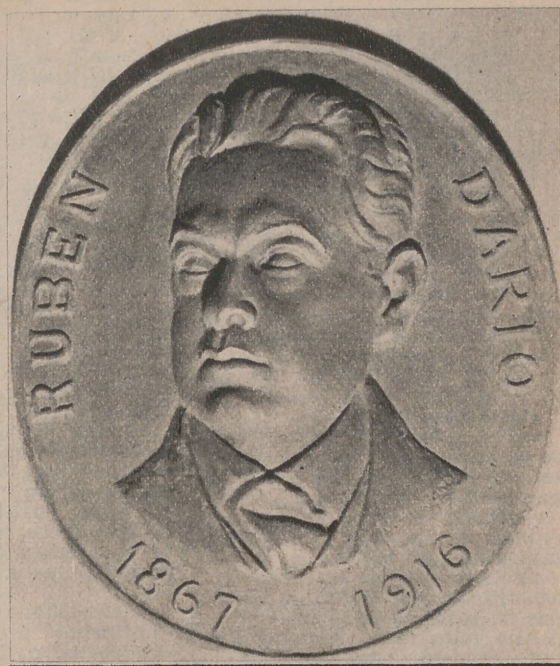
Y como humildes que son o que se declaran se les forma con-



Giménez Caballero interviniendo en «¡Levante!»



Fundador y director de «¡Levante!», Giménez Caballero repasa la colección del periódico



Medallón de Rubén Darío en la cripta de Don Quijote, del café Levante

ciencia de continuadores. Continuadores de esa vida de la Puerta del Sol, de esa vida de café que ellos creían muerta para siempre. Hasta que se dan cuenta de que la Puerta del Sol tiene venas. Unas venas subterráneas, de vagones rojos y negros, y de que sigue siendo el corazón de la capital. A pesar de su carácter isabelino de «caja de mazapán», como lo ha llamado Ramón Gómez de la Serna.

Y ya dentro de ese corazón, ya dentro de ese teatro, escenario de tantos episodios históricos, visceras torturadas, se hace necesario escoger guardada. O cueva. ¿Qué mejor guardada, qué mejor cueva que ésta del café Levante? De todos los días—de todos los días primeros, de estreno, de Levante—se hace esta pregunta, tantas veces contestada por Giménez Caballero.

—¿Es muy antiguo este café?

—¿Antiguo? Pues probablemente data de fines del siglo XVIII o principios del XIX. Primero estuvo enfrente, donde hoy el Universal. Luego en la calle del Arenal, y desde el año 1854 está situado aquí, en este mismo sitio.

Sí. El café Levante es más que antiguo, viejo, por eso ha estado más necesitado que ningún otro de renovación. Y aquí vinieron los continuadores, los «levantiscos» de la última hornada, a ver de seguir las direcciones históricas marcadas por los otros, por los antiguos...

UN CAFE CENTRO DE HISPANIDAD

Y puestos a seguir rutas, puestos a comprenderlas, resulta que el café Levante es un centro de Hispanidad. Giménez Caballero extiende su lección de franqueza, de democrática llaneza, hasta estas direcciones.

—En el café Levante ha estado Goya, ha sido decorado por Alenza. Pero no es esto lo más importante de estas ruinas—demos en llamarlas así—. Lo más importante es que este café ha sido frecuentado por los más celebra-

dos héroes hispanoamericanos. Casi seguro que Bolívar, que vivía ahí detrás, en Atocha, 8, pasaba por aquí diariamente. Este era el camino que debía de seguir para ir a ver a la novia, María Teresa, la que más tarde fué su mujer, que vivía en Fuencarral, 2.

La lección continúa:

—Y también fué frecuentado por José Martí, que vivió en la calle del Desengaño, y luego en la de Lope de Vega, y Rubén Darío, que cuando no estaba en el café Lyon le gustaba darse una vuelta por aquí. Aquí han tenido su tertulia Benavente y el padre de Ortega y Gasset...

—¿Y por esa lo escogió usted como sede de «Levante»?

—Sí. Porque «Levante» no pretende radicar únicamente en el corazón de Madrid, ni siquiera en el corazón de España. «Levante» quiere radicar en el corazón de las Españas, esas Españas americanas, con autonomía propia. «Levante» señala unas nuevas rutas de amistad, de hermandad y de comprensión hacia todas estas Repúblicas hermanas.

UN LABORATORIO PARA «ECHAR A ANDAR»

Pero «Levante» antes de meterse por las rutas más complejas del hispanismo, antes de meterse a continuar directrices, hace algo más. De repente, «Levante» se convierte, comenzando en este diciembre de 1947, en un laboratorio donde «echar a andar» al Pueblo, a un Pueblo, con mayúscula, señor y digno, por el camino de «una espontaneidad libre».

Los miembros se hacen cada vez más numerosos. Los sábados, día clave de «Levante»—que se alimenta de gente que trabaja el resto de la semana y que no tiene más hueco que este agujero somnoliento que se rasga entre las once de la noche del sábado y las alguna y pico de la madrugada del domingo—, se llena el café de gente.

Estorban las columnas y se apían los «levantinos» en su novísima escuela, alrededor de un tablado en el que cada cual expone libremente lo que Dios le da mejor a entender. Giménez Caballe-



La Cripta, en día de sesión, ofrece este brillante aspecto

ro ya ha adquirido un micrófono. Actúa el filósofo, declama el poeta. O al revés. Porque a «Levante» los límites le vienen mal y allí nadie se encuentra limitado por ninguna especialidad o profesión.

—Y ahora va a recitarles a ustedes unos poemas originales el conocido pintor...

O bien:

—Cantará para ustedes, el poeta...

—¿Por qué no? Así, abarcando más, saltando de un lugar a otro, se libra uno del aburrimiento, del anquilosamiento espiritual. «Levante» es también un «gimnasio». A la manera helénica, se entiende.

UN MICROFONO EN LA CRIPTA

Hasta que un día...

—En la sala de arriba ya no se cabe. Cada día viene más gente a oír «Levante». ¿No habría algún medio?

—¿Medio...? ¡Las criptas! Las criptas de Levante. Si pudiéramos conseguir bajar...

¡Y tanto que sí! Hay que vencer dificultades. Y retirar telarañas de todas clases. Pero la ayuda no falta ni la buena voluntad. Primero, una parte de la cripta, luego otra. La escuela se trasladada de sitio, se muda.

Con un fondo de Quijotes y de molinos—¡qué mejor motivo!— los «levantados» ven acogidas sus voces nuevas por los muros alzados sobre nuestro Siglo de Oro. Ahora ya hay hasta bancos y sillas dispuestos como en una clase o como en un teatro, para ser discípulos y espectadores de las predicaciones de «Levante». Y continúa vigente la tarima del piso de arriba. Y el micrófono.

No falta sino continuar hablando. Y recitando. Y predicando. Hasta en el sentido más estricto de la palabra. Porque las criptas estaban impurificadas, manchadas por el abandono y la desidia de los siglos abúlicos. Y había que purificarlas.

Por eso se entroniza a la Virgen de Fátima y a la Virgen de los Desamparados. Por eso acuden dominicos, como el padre Sancho, y carmelitas, como el padre Licinio, a grabar su mensaje de paz en los quijotescos muros. Y los padres Comis e Indalecio. Así se evitan comentarios de los no enterados, de los de fuera, comparando a «Levante» con algo así como una cueva de existencialistas que escondieran su

extravagancia entre los muros de aquellas criptas.

—A ver quién se atreve ahora a decir que somos unos existencialistas cualquiera. A ver quién. Aunque lo de locos, lo pueden seguir diciendo...

EN TIERRA DE PUROS QUIJOTES

Nadie se ha ofendido nunca en «Levante» por el calificativo de locos. Pero es que en «Levante» se está en tierra de puros Quijotes. Por aquí se mueve Cristobalía, el poeta de poetas. El predicador, el hablador en verso. Con más o menos barbas, con melenas centímetro más o menos largas, Cristobalía se alza en «Levante», agita las manos, se conmueve, recita. Es un continuo «levantado». De los que sienten el grito del periódico como un lema continuo que le estuviera escociendo dentro.

Por algo Cristobalía ha escogido su nombre, lo ha destilado para sí, a causa de ese nombre de América que a él le parece injusto.

—¡Cristobalía! Todo el Nuevo Continente se debería llamar Cristobalía o Isabelía. Llamarle América me parece una aberración, una ingratitud, un olvido.

Y sigue agitando manos, brazos y melenas. Y mesándose las barbas como un Cid «fendido».

De todo ha visto la quijotesca gruta pasar por el estrado. «Levante», metido a hacer ver a las gentes de fuera que en España hay libertad de reunión y de palabra, ha atraído hasta su estrado a gentes de todas las clases sociales. A «Levante» empiezan a acudir gentes desde las más humildes y pintorescas hasta embajadores, ministros, sacerdotes, damas aristocráticas, guardias de la circulación, poetas, trabajadores. Para todos hay un sitio preciso. Para todos.

«ESTE PERIODICO APARECERA CUANDO PUEDA»

Como puede, a duras penas por la cuestión económica, el periódico «Levante», empieza a editarse. «Levante» empieza a editar unos a manera de anales de sí propio. Los redactores preparan cuartillas y papel y se escriben las cosas más sobresalientes de la historia ya apretada de sucesos de «Levante».

«Este periódico aparecerá cuando pueda», le ponen en la porta-

da sus editores, la gente que estaba en la brecha. Porque de verdad sólo puede hacerlo así. Y por dentro, entre sus páginas, suplican «paguen lo que puedan». «Den ustedes los que puedan por «Levante», y estaremos agradecidos.»

Porque sólo así podía salir «Levante», que no tenía ni para pagar el café de los redactores «levantados».

Y por estos caminos—ellos, que empezaron a dar una lección al mundo de democracia, que pusieron codo con codo al embajador y al sereno— llegan hasta la total comprensión de lo que «Levante» podía significar en la hispanidad. Mejor dicho, los «levantados» con Giménez Caballero al frente, comprenden a la hispanidad, la aprehenden, y a través de sus columnas dan la mano a los países americanos.

Y como «Levante» además de literatura es acción, además de púlpito es gimnasio, se empieza a obrar.

—Nos han puesto verdes en la U. R. S. S., como era de esperar. Pero, en cambio, Norteamérica ha venido hasta nosotros a preguntar, a saber, a enterarse bien.

Y la voz de «Levante»—que para eso se esforzaba en levantarla lo más que podía—se oyó y se escuchó en Argentina y en otros países. Empezaron los homenajes.

—Somos continuadores de la Reina Isabel. Seguimos sus mandatos. Su consigna de libertad y dignidad para españoles y americanos.

Por eso llega el momento de uno a uno ir entronizando en la cripta del Levante los bustos de los héroes libertadores americanos esculpidos por Remigio Hernández del taller de Pérez Comendador.

—Pero...

—No. Ya no hay peros. Ellos están en la línea que marcó la Reina Isabel. Ellos liberaron a sus patrias. Como lo ha hecho también nuestro Caudillo en un momento de inminente peligro.

Por esto los homenajes a las Repúblicas hermanas de sangre, comienzan. Ya están entronizadas las dos Virgenes en la cripta, y el ambiente ya no se presta sino a cosas rituales, con seriedad sagrada.

A la llamada de «Levante» el primero de los países hispanoamericanos que contesta es Argentina. La carta que el general Perón escribe al periódico es publicada. Y luego viene la inolvidable fiesta de homenaje a la Argentina. La nueva fase de «Levante» comienza.

TODAS LAS BANDERAS DE HISPANOAMERICA EN LA CRIPTA

Sobre el suelo de la cripta se van irguiendo, una a una, las banderas de los países hispanoamericanos. Contra las paredes que decoraron Gregorio Prieto Perceval, y dibujaron Bragaglia y Vázquez Díaz, se van apoyando banderas. Todas las de los países hispanoamericanos que dan comprendidas bajo las bóvedas de la Cripta de Don Quijote.

Y luego, también uno a uno, con lentitud de rito, se van colocando los medallones con las figuras de los libertadores San Martín, Bolívar. Enfrente de éstos son colocados los más jóvenes: Martí y Rizal.



El embajador de Cuba prende una condecoración de su país en el pecho de Giménez Caballero

Los rostros de los libertadores asoman por entre las banderas que ellos ennoblecieron cumpliendo una consigna.

—¿Y quién ha de presidir esta silenciosa asamblea de libertadores?

Y Giménez Caballero ha encontrado ya la respuesta:

—Rubén Darío. El es el libertador de libertadores. El hombre que no siendo político transmite en su poesía vaticinios de hispanidad. De unidad de todas las Españas.

Como en cada una de las veces precedentes, también esta vez se celebra un homenaje, un emotivo homenaje a Rubén Darío. El medallón con el rostro del poeta nicaragüense, queda colocado en el lugar principal de la cripta. También, como en veces anteriores, asisten embajadores, personalidades del país en el que nació el poeta.

Luego, el silencio se vuelve a hacer en la cripta, esta vez ha de ser un silencio más largo, un silencio, casi, casi, de programa cumplido. «Levante» guarda silencio. Es el año 1950.

GIMÉNEZ CABALLERO, PROMOTOR

Ahora, hablando de todo esto, del programa de «Levante», de su aspiración de hispanidad, con don Ernesto Giménez Caballero, menudeamos las preguntas sobre el promotor de toda esta idea.

—Entonces, ¿cuál ha sido el último medallón colocado? ¿El de Rubén Darío?

—No, el último ha sido el del general San Martín, que se colocó el pasado día 9 de julio en un impresionante homenaje.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces la cripta ha quedado cerrada, en silencio. Como una capilla, la primera dedicada a la Hispanidad. Ahí está. Ahí quedan esas paredes, testigos de amor hacia los países que llevan nuestra misma sangre.

—¿Considera concluida la misión de «Levante»?

—No. En ningún modo. No hemos hecho nada más que empezar. Se trata de extender un universal espíritu entre las gentes de nuestra sangre y tornar esta sangre en espíritu. Por eso existe esta cripta. Por eso la levantamos en honor de esos hermanos americanos. Es una mano que se les tiende desde el mismo corazón de la Puerta del Sol para que ayuden, por su propio honor a que esa cripta no desaparezca.

Por eso ya no volverán aquellas noches de sábados con «levantados» o «levantiscos» melendados. Ni volverá Nicolás, el pequeño vendedor de manguilleros, a pasearse por entre las mesas de discutidores, ni su hermanita ofrecerá alfilereros, preciosos alfilereros, tan extraños como los manguilleros que vendía su hermanillo: manguilleros de raso encarnado y verde, adornados de bordados—¡y qué bordados!—en oro. Ni la ciega con su lazarilla. Ni el vendedor de lotería. Ni Gregorio Sobrino, el retratista, cuyos retratos nunca se parecían a los del natural.

Pero casi ya no importa. El caso es que «Levante» se ha dado ahí, entre las columnas del café y los muros de la cripta, captado para siempre el momento que lo inspiró. Porque con «levantados» o sin ellos, «Levante» existe.

(Fotografías de Mora.)

MENSAJE DE OCTUBRE A LA HISPANIDAD

POR extrañas razones que no se han meditado nunca bien, cuando se habla del mundo anglosajón, del Imperio inglés, se piensa en una comunidad de la sangre. Y, sin embargo, cuando se discurre sobre España, sobre su proyección en el mundo, sobre la Hispanidad, se piensa siempre en una comunidad de la lengua. Y así, por ello mismo, frente a la sangre, que es la soberbia del rubio sobre el negro, España ha ofrecido la lengua y la oración, que es una manera de existir juntos el indio y el castellano.

De ahí que el concepto racial, la pureza de la sangre, no hayan tenido nunca legitimización entre nosotros. Cuando fuimos a América, cuando las aguas nos devolvieron las carabelas descubridoras, a nadie se le ocurrió separar las sangres. España se fundió con el indio sin darle ninguna importancia. Como si la sangre fuera río, marea sin espuma, de cuya fuente fuera siempre posible encontrar el manantial intacto. Y solamente nos ha preocupado la «impureza de la sangre», la salud de ella, cuando, como en el caso del judaísmo, se puso en peligro la sustancia misma de la manera de ser española. Vigilábamos, frente al judío, no la superioridad de la raza—concepto nunca aparecido en la lengua española—, sino, al revés, el elemento abstracto, la carnadura invisible: la pureza de nuestra fe.

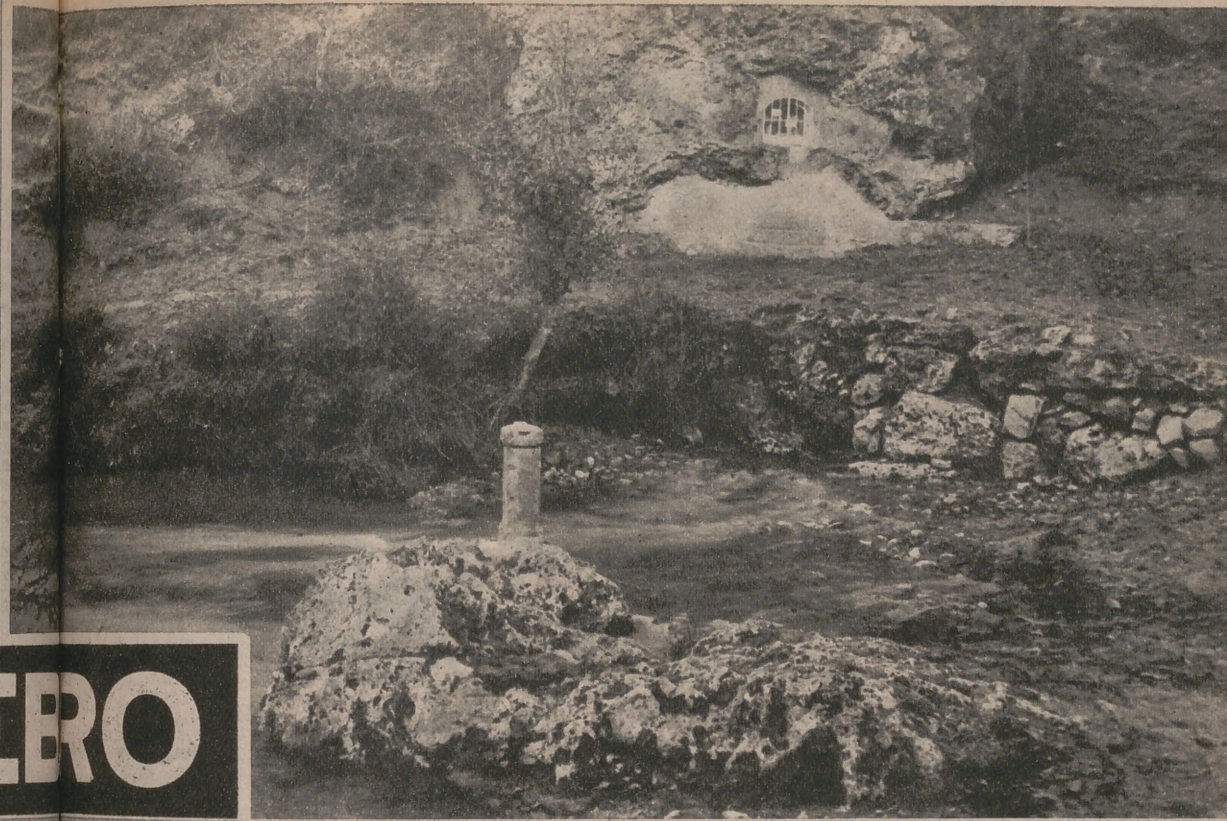
La retórica del Descubrimiento, aves blancas que dormían en la coyuntura de la niebla para posarse en las rocas, en las nuevas rocas, han impedido que nos asomáramos con todo rigor a ese ventanal claro que es la Hispanidad. Nos íbamos a ella como los canes tras la presa caliente de los pájaros, sin comprender apenas su sentido. Nos íbamos a ella, porque el agua, puente que han gustado siempre de andar nuestros romeros, parecía ser ella misma levadura y pimienta, excitante y peregrinación para la existencia española. Por eso, es hora de sentir el mar y las naciones bautizadas en castellano, en vez de barcos que van y vienen, mundos sólidos y exactos a los que es necesario el dar y el imponer el orden. No el orden racionalista de la máquina, sino el orden de España.

Es necesario comenzar una predicación nueva que conquiste, como en su día las perlas lo hicieron, a las gentes de la Hispanidad por su misión de hoy. España, que nunca ha amado los nacionalismos, que siempre ha sido, por definición, nación sin orillas, tiene que depositar en la inteligencia y en la voz, en la oración y en la imagen de Cristo, la semilla de una verdad simple: vamos a ser nosotros, los hispánicos, la reserva de valores perdidos. De valores casi arqueológicos para el mundo, y que, entre nosotros, se conservan vivos. Pero para que esa calentura de lo vivo sea ejemplar es necesario plantar entre nuestras gentes el árbol de la norma. Y así, esta universalidad del mundo hispánico, este haz apretado, podrá dar y repartir esta receta histórica: frente al nacionalismo, lo ancho de lo universal. Frente al delirio racial, el hombre cristiano.

Que éstas son, al fin y a la postre, dimensiones propias y profundas del alma hispánica. Lo que hay que hacer es ponerlas en orden, domarlas en el laboratorio de la voluntad, para que se ofrezcan al mundo sin la retórica de las castañuelas.

EL ESPAÑOL

El Ebro, en su más clásica estampa, a su paso por Zaragoza acaricia con sus aguas las piedras de El Pilar



Este es el lugar en que nace el Ebro en las proximidades de Reinosa. El lugar está siendo notablemente embellecido y en lugar de la pequeña columna que se ve en la foto se alza en estos días una imagen de la Virgen del Pilar, Reina del río de la Raza

EL EBRO

EL SEÑOR RÍO DE ESPAÑA

MURALLA, PERO FRONTERA

Aquí, en los pañales verdes con que Santander recogió en su nacimiento al río de España. No a un río español sino al río español, al que da nombre a la Península entera, aún apartándonos de falsas y faciltonas interpretaciones etimológicas.

Aquí, en Fontiber o Fontibre, en las fuentes del Ebro, que si los ríos y los hombres fuesen del lugar en que nacieron y no de aquel donde han vivido y se han formado, diríamos que es una corriente santanderina, pirenaica, pero no es así. El Ebro recibe sus más importantes aportaciones del Pirineo, ciertamente y son los afluentes que descienden de la montaña los que le hacen río varón, pero él no es río montañés.

¿Castellano de la Castilla del vino que va desde Miranda hasta Las Bardenas de Tudela, pasando por tierras alavesas, que son lingüística e históricamente tierras castellanas también?

¿Navarro-aragonés, jota y saltarín, ruidoso, o catalán de la Cataluña más azul y con una tradición mediterránea tan antigua como la de los pueblos más ilustres de la vertiente oriental?

No. Ni castellano, ni navarro de la zona erdelidune, ni aragonés, ni catalán.

Al Ebro no le sucede lo que al Guadalquivir, río plenamente andaluz, aunque el acento de sus orillas cambie y sea más gurbal en Jaén, reposado y serio en Córdoba, cautarín en Sevilla y hondo, con hondura de «gannias» (la caña de los moros), según se va aproximando a Sanlúcar de Barrameda.

El Ebro no es río que se deje influenciar por una región. Es él quien la crea: la región del Ebro.

—De todas formas —se me podría argüir—, Cataluña, Navarra, Castilla...

—Eso es historia y, en algunas ocasiones, historias. Geográficamente, la región del Ebro está tan perfectamente limitada como pueda estarlo cualquiera de las otras zonas naturales españolas.

Ya le colocaremos las mugas

correspondientes antes de que por la parte de Tortosa se nos pierda en su mar.

Casi todos los ríos —desde una torrentera de montaña, hasta el propio Amazonas— tienen puesto en litigio el lugar de su nacimiento, y nunca faltan geógrafos minuciosos que aseguran que el verdadero río no es el que nace aquí o allá, sino otro a quien se le tenía por afluente y que, por el contrario es el principal, y esas cosas que luego repiten las gentes ociosas.

No discutimos porque sea éste o el otro manantial, ni por una lengua de distancia de un punto a otro, y aceptamos, como buena, la vetusta documentación que presenta Fontiber.

El origen del nombre es el que deseamos colocar sobre tapetes de polémica.

Iber, como significación de río de tribus iberas, es seguramente muy discutible, pero como río de tribus bereberes, es sencillamente disparatada. Jamás ha existido una raza bereber, ni un país bereber. Como política, constituye una invención francesa, que le permitió apartar del dominio del Sultán a toda la zona montañosa y hasta crear una ley bereber.

Pero bereber no pasa de ser un mote (ber ber, tartamudo), nombre que daban los cartagineses a nómadas, mauritanos y chleujs por lo difícilmente que hablaban el puno. Actualmente se habla tamasiga, chleuj, riffi, cuantos dialectos se quiera, pero a ninguno de los que utilizan estas duras y limitadas expresiones del monte se le ocurre decir que lo que habla es el bereber, lo que equivaldría a decir que hablaba el tartamudo, y así sucede cuando emplea el español, el francés o el árabe, pero no si conversa en su lengua de cuna.

Iber es vocablo que no necesita que se le anden buscando raíces más o menos extrañas. Iber (Ibai, con el acento en la primera i) en vascuence significa río. No es solamente que el «ai» se transforme con facilidad en «e». Es que hay ejemplos de que así

ha sucedido: los caseríos de Iberuzi (río blanco) e Iberona (río bueno) se hallan situados, efectivamente, junto a ríos.

Iber, el río por antonomasia. En sus orillas vivían tribus diversas —ilergetes, lacitanos y cosetanos—. Acerca del idioma que hablaban no pueden hacerse más que conjeturas, pero existían otras —várdulos y vascones—, de las que es indudable que la expresión era el vascuence, sobre todo lo que no hay que hacer especulaciones de ninguna clase, puesto que se trata de una lengua viva, y tampoco se concibe que extrañeza podría causar el que a un río se le llame, precisamente, río.

EL RIO VARON

El caso se ha de repetir más tarde, con la invasión árabe. El origen de la palabra Navarra no se halló, porque todas las investigaciones se hicieron en el vascuence y se olvidó que, durante siglos, en una gran parte de su actual territorio, vivieron los árabes, y al Ebro le llamaron «Nahar», lo que, lo mismo que «ueda», significa «río». Por tanto, al Ebro —al Iber— no le cambian el nombre. No hicieron más que traducirlo del vascuence al árabe (Iber = Naha = Río). En vascuence el artículo se pospone al nombre y es la letra «a» (eche, casa; echea, la casa), y así, cuando los vascones designan la zona musulmana, la nombraban Naharra (la hache aspirada, de difícil pronunciación, se cambiaría,

primo e y luego en uve, o directamente, aunque casi que en efe, porque la pronunciación se pronuncia por Fagollada, Pador, Fadura, y Navarra se llaman los puristas con timpanología, Naparra), y naharra a los habitantes orillas del Nahar (del

que no tiene ninguna antigua división regional española. Ni histórica, ni geográfica, puesto que los límites de las que constituyen el Reino de Castilla, cambian constantemente durante la historia.

El Ebro era quien formaba la división natural geográfica y regularidad de contornos que carecen otras regiones manchegas, por ejemplo, de límites más imprecisos que mucho más vastos que frecuentemente se le atribuyen que esto significa que el Ebro englobe en su curso determinadas provincias que en la división administrativa de España no se tuvieron en cuenta las regiones naturales hasta cierto punto, y con esto sin demasiada ortodoxia histórica.

La línea que, euscara, o Nahar forma un triángulo limitado con uno de los vértices en Logroño, un trocito de Alava geográficamente, po-

co tiene que ver con el resto de la provincia que se agrupa en la submeseta septentrional, ni con el pequeño entrante euskeldune del Nervión, que abarca los pueblos de Luyando, Oquendo, Amurrio y Orduña, que, administrativamente, no es alavesa, sino vizcaína.

¿En Rioja y no en Santander? Sí. No hablamos ahora del río, sino de su valle y, con más precisión, de los límites de dicho valle. En todo caso, a partir del vértice alavés, hacia el Noroeste, puede señalarse un penacho azul, que se extiende hasta el Pirineo.

Al Ebro Santander no le ve más que nacer y Burgos solamente pasar bajo el puente ancho de Miranda, con cuyos ojos divisa ya a las provincias vascongadas.

El lado Norte lo forman los Pirineos y el Suroeste los contrafuertes del eje ibérico. La base del triángulo está en la cadena del litoral mediterráneo.

Las grandes elevaciones del Pirineo continental la enmarcan, pero la ancha faja montuosa no integra su región natural, aunque alguna avanzadilla se adelanta hasta la orilla izquierda del río y puede decirse que se trata de la única invasión francesa efectuada con éxito de permanencia en la Península, que desde la vertiente septentrional desciende hasta la sierra de Alcobierre y los montes de Castejón.

Si Alava no es —ni mucho menos— en toda su extensión territorial ibérica (no en el sentido peninsular, sino de perteneciente al valle del Iber, e ibérica y no ebraica por no dar lugar a una confusión fonética) lo mismo sucede con otra provincia, cuya economía se encuentra vinculada al Ebro, la de Logroño, que



Arriba: El Ebro a su paso por Logroño. Abajo: El río que nunca fué frontera. Orillas y paisaje nevados. Como fondo, el Puente de Piedra y la catedral de La Seo, de Zaragoza





Ibai, Iber, Nahar, Ebro, muralla de España. Esta es la cuenca de nuestro gran río

no toda es Rioja, ni toda Rioja está incluida en sus límites provinciales.

La sierra de Cameros la identifica con Soria ibérica, pero no del río Iber, sino de la trucidada cordillera del eje ibérico, y son riojanas, aunque no logroñesas, las tierras ricas en viñedos de Laguardia y Elciego.

Moncayo y la sierra de la Virgen introducen sus cuñas en Zaragoza; el corsé de montañas no es tan prieto como en el Norte. Tan prieto es que cierra el valle del Ebro como una muralla china, pero gracias a esta muralla es el río español, el río varón, al que pagan tributo de agua los montes vascofranceses, en rosario de afluentes que él encauza hacia el Mediterráneo: el Zadorra, el Ega, el Aragón, el Arga, el Gállego, el Segre, el Cinca, cada uno de ellos no un tributario sin importancia sino un señor río a quien a su vez tributan otras corrientes, como el caso del Cinca, que arrastra hacia el Ebro una guirnalda de ríos: el Isuela, el Alcanadre, el Esera, el Noguera Pallaresa y el Noguera Ribagorzana.

Por la derecha, el Jalón forma un valle que es acceso natural entre Aragón y Castilla.

BARRERA Y NO FRONTERA

Al olvido los mitos y las fábulas que han convertido la Historia de España en un cuento de hadas, un batallar que nos ganaban los santos, desorbitadas fantasías e invenciones que en nada contribuyen a mejorar la marca histórica alcanzada por los habitantes de la Península; al olvido los imperios brumosos, las civilizaciones de las que no se conserva rastro alguno, los Tharsetios septentrionales y en la biografía del Ebro, dos principios, uno el que va desde la costa hasta los olivares de Tortosa, perfectamente claro. En la otra punta, el origen no tan diáfano, pero admisible también.

Las razas más ilustres del Mediterráneo se dan cita en la des-

embocadura del Ebro. Posiblemente los megalonios, punos, naturalmente, como todos los pueblos nobles que no tomaron cultura ni teología a préstamo a sus vecinos, anduvieron por estas costas cuando se lanzaron a la portentosa empresa de averiguar si el mar, en cuya orilla oriental vivían, tenía un fin, una salida, o si era infinito, como el firmamento.

Helenos y punos en la anticipación histórica de la Península. Después fueron las audiencias y los cuarteles romanos, pero la delta, los alfaques, con la mejor alcornia inicia su historia y más tarde otro pueblo semita, puno, el árabe, restauraría la buena civilización del Mediterráneo oriental, introduciría el limón, la naranja y el arroz. Y llenaría de olivos los bosques talados por los bárbaros.

En el otro extremo, donde el río nace, las tribus euskeldunes, que por el Este llegaban «hasta la gran mar de Santofía» y por el Sur alcanzaban La Bureba y el «Ibai» o Iber, no lo aplicaron únicamente al Ebro. Ibaizábal (el río Ancho) tiene su nacimiento no muy alejado del Iber, en la misma cadena montañosa, e Ibaiondo (Junto al Río), en la anteiglesia de Guecho.

El Ebro fué la vena por la que, contra corriente, penetró el cristianismo en España, de la que en muchas ocasiones ha sido muralla, pero en ninguna o casi ninguna fué frontera.

En este aspecto, y durante la Reconquista, el Ebro pudo ser considerado como el Danubio peninsular. A lo largo de sus riberas se extendieron diversas naciones, el Condado de Castilla, el Reino de Navarra y el Califato de Córdoba.

El anhelo de navarros, aragoneses y catalanes no estribaba en llegar al Ebro, sino en atravesar el Ebro y una vez atravesado, solamente una de las naciones se vió obligada a quedarse en la orilla izquierda. —Navarra— y ésta, porque ya no limitaba con el moro, porque otro Estado

—Castilla— se anticipó, extendiéndose hacia el Este, estableciéndose en la Rioja y cortando de esta manera todo posible avance navarro en dirección a Occidente y Sur, como Aragón le impidió su expansión hacia el Este.

No hay un verdadero estado navarro hasta que los caudillos vascones del Pirineo instauran su corte en Pamplona y se llaman así: Reyes de Pamplona y de Tudela, reyes de la montaña y de la ribera, de la ribera del Ebro.

Aragón es un rincón pirenaico que no adquiere categoría de potencia cristiana mientras no llega al Ebro, a la mudéjar Zaragoza, montada a la jineta, población y arrabal, sobre las márgenes anchas. El avance hacia el Sur por los montes turdenses frenó la aspiración castellana de asomarse al Mediterráneo, que se le frustró con la pérdida de Valencia, enclave castellano en Tierra de Meoros, imposible de conservar sin tener el dominio del Ebro oriental, de Los Alfaques que son cobertura de todo el reino valenciano.

Los Condes catalanes, alejados también del Iber, pues la frontera meridional la tenían en las mismas puertas de Barcelona, pugnaron por extenderse hacia el Mediodía y Almanzor, uno de los mejores generales y estrategas que ha habido a lo largo de la Historia, comprendió la necesidad que tenía Córdoba de impedirlo, por lo que varias veces atacó los Reinos de Afranc y desmanteló Barcelona, porque con los catalanes en Tortosa, Amposta y La Rápita, no hubiera podido sostenerse en el waliato de Zaragoza, ni los de Tudela y Kalat Jaicub (o, probablemente Kalat Alun, o Fortaleza de los Manantiales).

En tres grandes zonas tenía dividida el Califato la región natural del Ebro, la de Arlith, desde sus límites con Castilla y Navarra hasta la confluencia con el Cinca, de la que Tudela y Calahorra (Kalat Jorra, Fortaleza del Grano y menos literalmente Silo

Común) eran defensas más bien precarias por hallarse el río encajonado entre tierras navarras, y Sara Kostha (a la que ligeramente arabizado conservaban su nombre romano) como capital.

Luego venía la región de Es Seitun (Los Olivos) con su ciudad principal en Tharthuschao (Tortosa) y se extendía de Sur a Norte, desde El Karalkan, aproximadamente en lo que hoy es límite entre las provincias de Cuenca y Teruel hasta los montes que eran mugas de Ribagorza y de Urgel.

Por último, la región de El Bordjfat (Los Castilletes) a lo largo del litoral y ya fuera de la zona del Ebro, de Marmería (que corresponde a la provincia de Castellón y parte de la de Valencia) hasta la misma Barcelona, con Tharrakuna como población más importante y base para los ataques de los cordobeses contra el Condado catalán, convertido en reducto durante el Califato, sin posibilidades de avance hacia el Sur, pero también sin permitir que las algaras se convirtieran en conquistas ni en una ocupación permanente del menguado territorio.

Una mirada a un mapa del siglo aproximado que duró el Califato, basta para hacerse idea de lo que suponía la aspiración barcelonesa de alcanzar el Ebro, ocupado por un potente enemigo y la cantidad de heroísmo que necesitarían los catalanes para taponar a los árabes el camino de Francia, único lugar para la invasión fuera de los pasos navarros.

La división del Califato en veintitrés taifas, hizo posible que Sancho Ramírez alcanzara el Ebro, y poco después llegara hasta las mismas márgenes Alfonso el Batallador, el conquistador de Zaragoza, y una vez atravesado el río, avanzar hasta Kalat Jacub.

Ante la desunión de los españoles musulmanes, los españoles de religión cristiana consiguieron formar un Frente Unico que iba desde Ondorribia (la actual Fuenterrabía hasta Ampurias y en el que entraban Navarra, Aragón, los Condados más o menos autónomos o forales de Sobrarbe, Ribagorza y Urgel y el Condado de Barcelona. Es decir, todos los Estados del Pirineo continental en parte repoblados por muzárabes, con los catorce mil que Alfonso el Batallador fué a buscar a Valencia, Murcia y Elvira, sin que los almoravides parece que hicieran gran resistencia en dejarnos salir, y por lo que no se creyeron obligados a abandonar las orillas del Ebro cuando estas fueron conquistadas por los cristianos.

La derrota de Fraga costó al Batallador los caminos del Ebro oriental.

La gran operación militar la realizaría Ramón Berenguer IV, quien comprendió que la clave del Ebro era Tortosa y si conseguía adelantar una cuña hasta esta ciudad (que durante el Califato fuera la más importante de las regiones de Es Seitun y de El Bordjfat) por una parte, hacia el Este, quedarían dominados Los Alfaques y por la otra toda la



El Ebro, a su paso por Miravet, baña mansamente las casas

región del Ebro, todavía controlada por los musulmanes.

Los catalanes contaban con el genio militar de Ramón Berenguer IV, al que la Historia no ha reconocido suficientemente el mérito de la importantísima conquista de Tortosa.

A los árabes les faltó Almanzor que hubiera comprendido que Zaragoza en manos de los aragoneses significaba todavía más que perder el Ebro con el racimo de ríos que forman la cuenca del Cinca, en parte de la cual se hallaban establecidos aun los moros, pues equivalía a la ruptura de la barrera de contención que hubiera conducido a catalanes y aragoneses a los mismos confines del último reino musulmán que quedara en la Península—que lo fué el de Al Garnatha— de no haber establecido un compromiso con los castellanos, en tiempo de Alfonso II quien con su homónimo, Alfonso VIII, acordó la conclusión de un tratado en el que se señalaron los límites a que había de ajustarse el avance aragones y el avance castellano por tierras de moros, y poniendo por confin el puerto de Biar—entre las provincias de Argira y Todmir— en Alicante.

Estaban tan seguros de que toda la Península les sería conquistada a los españoles mahometanos que tomaban medidas de precaución para evitar que los presuntos vencedores chocaran uno

con otro por una cuestión de prisa o por una cuestión de fronteras.

Castilla no renunciaba a su salida al Mediterráneo y ya que no por Valencia lo haría por el boquete de Cartagena, peligrosamente encajonado entre Aragón y Al Garnatha, si algún día esas naciones llegaran a ser aliadas.

Con la toma de Tortosa, Lérida y Fraga—a pesar de ser una importante plaza fuerte—cayeron con facilidad en poder de Ramón Berenguer.

O el Cid no tuvo una visión exacta de la estrategia o su lealtad a su amigo y aliado el rey moro de Zaragoza le impidió intentar la conquista del Ebro, principalmente su delta, única manera de asegurar la permanencia de la ocupación de Valencia.

EL RIO DE ESPAÑA

La unidad nacional, conseguida feliz y casualmente con Felipe I y Doña Juana, por fallecimiento del hijo de Fernando, (viudo de Isabel I) y de doña Germana de Foix, su segunda esposa legítima, príncipe que, de no haber fallecido habría heredado la Corona de Aragón.

Con la unidad castellano-ara-



En lo alto, el castillo de Miravet de Ebro domina todo el valle

gonesa, que aún tardó en cimentarse bastante tiempo, se estableció por primera vez —desde la caída del reino visigodo— la unidad política del Ebro, pues ya Navarra había sido conquistada por Castilla y con ella el saliente riberao entre Aragón y Rioja.

El Ebro, dejó, por fortuna, de ser un Danubio peninsular, difícil situación para los países atravesados por una misma corriente de agua, cuando ésta, en vez de separarlos los recorre, pues suelen ser naciones de fronteras muy inestables.

La unión de Castilla y Aragón, que aunque no se hizo sólida hasta Felipe II, nunca estuvo en trance de romperse, una vez pasado el peligro que pusieron las segundas nupcias de Fernando, evitó, con toda seguridad, futuras guerras entre castellanos y aragoneses.

El Ebro, muralla, pero no frontera, debe destacarse que fué muralla solamente para las invasiones procedentes del otro lado del Pirineo. Los árabes lo atravesaron por cien puntos distintos con facilidad, aunque cometieron el error de desdeñar la ocupación del territorio donde tiene su nacimiento y de Guipúzcoa y Vizcaya, coberturas del río señor.

Ocupar militarmente y no afirmar porque constituían territorios en los que el árabe no aclimata. El árabe no se detuvo nunca ante un paralelo de guerra, sino ante un paralelo de nieblas, por lo que convendría revisar batallas y conquistas que fueron simplemente abandonos voluntarios de zonas, en las que no se encontraban cómodos.

Más tarde, tampoco fué muralla para los Reyes cristianos del Afranc.

En cambio sí lo fué para las tribus galas desde Carlomagno hasta Napoleón, más afortunado éste que aquél, pues logró conquistar Zaragoza, aunque la conquista fuese de poca duración.

Posiblemente con las nuevas armas de combate ha quedado muy reducida la importancia estratégica del Ebro, que no solamente cubre Valencia sino también Madrid, y constituye —o constituía— la mejor barrera contra las invasiones.

En Burgos, la sierra de Terba le desvía de su curso y a partir de Puentelavía forma un foso ancho y profundo.

Entre Tudela y Zaragoza se alzan obstáculos poderosos que dificultan el éxito de una invasión de la Península. Las comunicaciones son malas, el río impetuoso, la orilla izquierda árida.

No es posible tener Zaragoza ocupada si no lo están también Tudela y Tortosa.

Quien invadiera Cataluña, tendría que atravesar el Segre o el Guadalupe.

Probablemente los franceses hubieran podido sostenerse más tiempo en España, de haberse fortificado en el Ebro y al mismo tiempo evitando o retrasando la caída de Toulouse, pero no dominaban el río. Las guerrillas navarras, catalanas y aragonesas les hacían tenerlo en precario, lo mismo que las burgalesas.

Sin una muralla, sin punto de apoyo seguros, en la huida buscaban la defensa en la que les hu-

biera sido posible atrincherarse, la del Pirineo, pero fueron alcanzados y derrotados, primero en Vitoria, después en San Marcial.

Cuando aún tenían suficientes hombres les falló el Ebro, y cuando contaban con la muralla del Pirineo, carecían de ejército con que defenderla.

El árabe se aclimató perfectamente al Ebro. Tenía que aclimatarse. Zonas desérticas atravesadas por un río de aguas anchas, en las que crear o ampliar oasis y vergeles, constituían la felicidad del moro. El clima seco y con escasas lluvias aumentaba su fácil afinamiento.

En cambio desdeñaron las altas regiones montañosas, donde los inviernos son fríos y largos, con lo que dejaron abiertas las puertas de futuras invasiones a los caudillos pirenaicos.

Para el gusto del árabe mejor la estepa que los bosques, mejor Los Monegros que la zona de robles.

A la estepa le daría vida el río.

Se ha hablado mucho de las tres grandes creaciones agrícolas de los moros españoles: las huertas de Murcia, Valencia y Granada, pero no debe olvidarse que a lo largo del Ebro crearon también tres importantes zonas: la de Tudela, la de Zaragoza y la de Tortosa.

Constituye un error suponer que por hallarse prohibidas por el Corán las bebidas alcohólicas, los árabes desdeñaron el cultivo de la viña. Por el contrario, los moros españoles eran muy aficionados al vino y sus fokahas, para redimirles de cualquier escrupulo religioso que pudiera divorciarles del vino —y principalmente vedárseles a ellos que lo bebieran—, inventaron una curiosa excepción a lo establecido en el Libro Sagrado, diciendo que la prohibición no alcanzaba a los musulmanes españoles, pues éstos, por hallarse constantemente en pie de guerra, necesitaban un estimulante y éste no podía ser otro que el vino, «y, además, porque los vinos de Arlith, el Bordjat y Todmir eran los mejores del mundo y constituiría poco menos que una herejía dejarlos para que se los bebieran los infieles».

Con lo que demostraban no sólo su afición al vino, sino el entusiasmo que les producían los de más grados, pues en Arlith están los aragoneses, con 16, y en Todmir los de Jumilla, con 18.

En la región del Iber abundaban de tal manera los viñedos, que Abderramán II ordenó que se talaran los dos tercios de las viñas, porque no dejaban espacio para otros cultivos y porque con la tercera parte de las existentes hay más que suficientes para proveer al consumo de uvas».

Entonces fué cuando los ulemas y fokahas hicieron el distinguo entre musulmanes de España y de los demás países.

En esta biografía del Ebro he llegado al punto en que lo histórico y lo anecdótico han de dejar paso a lo geográfico y actual.

Desde Fontiber hasta Los Alfaques, con desigualdades en los cultivos, con unidad humana, en cuanto se introduce en La Rioja, río mudéjar aljamiado al re-

vés, es decir escrita su agua en letra española, pero con algo que podríamos calificar de construcción moruna, no sólo en la huerta, en la viña, en la estepa y en el melón y la sandía, nacidos en Arabia, sino hasta hace poco tiempo en la indumentaria, en el pañuelo aragonés, que es el turbante moro y el zaragüell mediterráneo que es el zaragüell, sin más complicaciones etimológicas, ni más historias, en la jota, en el guitarra...

Río mudéjar, señor río Ebro, muralla de España, hasta tiene nombre de gran caud musulmán. ¡Qué bien sonaría Sid Nahar!

Un rápido paseo por el río, por la región natural que forma el río, nacido en los verdes pinales que le proporciona Santander, y una vez pasada la burgalesa Miranda, a la que pone apellido el Ebro.

La Rioja, la tierra rica en frutos y en viñedos, con su Washington en Logroño y su Nueva York un poco alejado de los límites de la provincia, en Bilbao. Haro, Calahorra y Santo Domingo de la Calzada.

La Ribera, «Olite y Tafalla, la flor de Navarra» y Tudela. Y Alsásua, por donde el vascoence se asoma con timidez a la región ibérica, y Estella, la antigua Izaorra, avanzada euscaldune en dirección al Ebro, y Tudela, con Las Bardenas Reales, Corella y Castejón.

Luego ya es Aragón por donde se prolongan las Bardenas tudelanas, la comarca de las Cinco Villas, como las comarcas morunas de El Garb o del Oranesado, donde alternan las estepas con las zonas fértiles: Sos, Uncastillo, la zona trágica de los Monegros, Zaragoza, París mudéjar del Ebro, Caspe y Mequinenza, Calatayud en las orillas del Jálón, y los campos de Cariñena, cuyos viñedos fueron tan estuádicamente defendidos por los ulemas y fokahas del segundo Abderramán.

Monzón y Barbastro en el Cinca y los secos y áridos Llanos de Violada.

Después, la alegre Cataluña, con Lérida y los Llanos de Urgel y Tárrega, Borjas Blancas y Cervera.

Cuando el río se aproxima a su fin, es el paisaje con plata de olivos de Tortosa y los arrozales de Los Alfaques, Amposta y La Rápita.

Los Alfaques, que son al Ebro lo que Sevilla es a Andalucía, con gracia de risueño panorama.

Cualquiera otro de los que atraviesan la Península es un río. El Ebro es el río... El Iber, el Nahar.

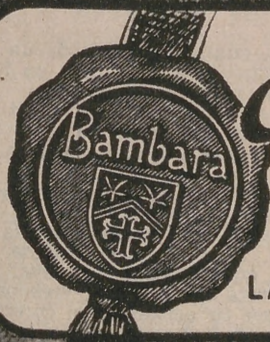
Ancho, hermoso, hispanoárabe, caracoleando en alfaques, al final de su carrera, como si cerrara la pólvora del agua.

El Ebro, el señor río de España.

Lo que queda de la biografía del Ebro es demasiado conocido y demasiado reciente. Demasiado glorioso también. Uno de los episodios más importantes de nuestra Guerra de Liberación. La batalla que lleva el nombre del río. Pero esto merece no capítulo, sino libro aparte... Ahora es el afán biográfico de los ríos de España solamente, y la batalla del Ebro es algo más que biografía: Liberación.

Luis Antonio DE VEGA

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA



PERMISO DE VERANO

NOVELA

Por Francisco GARCIA PAVON



I

AQUEL hombre... creo que ha sido el único que he encontrado en mi vida. Tratándole, me convencí de lo mucho que a mí mismo me falta para ser hombre completo.

Pasado el tiempo, tan distantes ya aquellos días maravillosos, mi memoria se balancea entre la realidad y la fantasía. Dudo muchas veces si aquel hombre fué un canon espiritual engendrado por mi imaginación o fué un ser conocido, viviente. Bendita sea esta poesía del pretérito, que confunde lo que fué con lo que no ha sido nunca.

El resto de mi vida ha transcurrido entre seres y cosas concretas. Hoy por hoy, el tesoro mejor de mi existencia es el recuerdo de aquellas gentes, el de aquellos días de sueño.

II

El cielo, el almendro en flor y lo más puro de la Naturaleza, parecía hecho sólo para él. A los demás sólo nos quedaban los márgenes de la vida, las cunetas de la existencia.

Recuerdo cuando le seguía a caballo por los campos de operaciones... Las devastaciones de la guerra me parecían maravillosas decoraciones teatrales; y el día, siempre sorprendido en un milagro de belleza.

Aquellos Césares y Alejandros de la antigüedad aquella estirpe de superiores, debían tener la fábrica y la chispa de mi jefe.

Al cabo de los años, no sé qué será de su vida; pero siempre me lo imagino sobre un caballo blanco y lacio, saliendo pasito del horizonte con la aurora nueva de cada día.

III

Muchas tardes, sentados a la puerta del caserío que nos servía de puesto de mando, viendo morir la tarde penosa y felina y oyendo el tronar lejano de los cañones, me hablaba de su mundo, de su familia..., de su hija.

En aquellas conversaciones mezclaba las ideas y los hechos; las impresiones estéticas y las sentimentales, con la armonía de quien vive más allá del cielo y de la tierra.

Me hablaba con aquel tono desmayado y armónico que debió desvelar al sultán de «Las mil y una noches».

El tema favorito era su hija. Se refería a ella como si fuese un miembro de su cuerpo a la vez que de su alma, encantado, allá en el destierro, por un hado del Romancero. Yo le oía hablar de ella como si lo hiciese de sí mismo, y poco a poco, las limitaciones que mi admiración debían tener por él, se continuaban desbordadas por aquellos carriles ideales que llevaban a la imagen lejana de su hija.

IV

Una madrugada, cuando después de un trabajo intensísimo me disponía a descansar en mi menegado aposento, oí pasos precipitados.

Era el correo. A poco llamaron a mi puerta. Era el jefe, que traía dos copas de vino claro sobre una bandeja de plata y una carta en la otra mano.

—¡Bebamos, amigo!—me dijo sonriendo—. ¡Hubo carta de Castilla!

Bebimos en silencio. El sueño parecía haber huido de sus ojos. Después, delectándose, me leyó un párrafo de aquella epístola breve:

«Parece que en esta casa, sin ti, vivimos a medias. Yo quisiera ser tu asistente, tu corneta; que sé yo, ¡hasta tu caballo!, para poder estar junto a ti de continuo.»

Aquel «de continuo» me sonó tan lugareño y recogido, que sonreí recordando muchas cosas de mi infancia castellana.

El jefe volvió a leer para sí, dulcemente satisfecho, y marchó lento, como si yo no existiese. Ya en la puerta, se volvió para decirme:

—¡Qué maravillosa es mi hija Esperanza!
Maté la luz y me eché en la cama meditando. La luna reinaba en la ventana y en media

habitación. Sobre la mesilla se reían aquellas dos copas de cristal tallado y la bandeja de plata.

Era raro. Yo no había visto nunca, ni sabía que tuviésemos en los cestones del Regimiento, copas tan bonitas como aquéllas: altas, talladas y sólidas. El vino también era de un extraño sabor.

...Allá en Castilla la gente vivía a medias... El caballo blanco del jefe... La luna... ¡Qué sé yo! Aquellas copas, el vino...

Aquella noche dormí un sueño de paraíso no tratado, de paraíso inédito, balbuciente; tan bonito, tan inefable.

V

La tarde de agosto no terminaba nunca. Desde hacía muchos meses yo no había dormido lo suficiente, y aquella siesta pude, excepcionalmente, dormir un gran rato.

Cuando me levanté, el asistente me había limpiado las botas como nunca. Estaban brillantísimas, como aquellas botas charoladas con las que se retratan los emperadores. Durante la siesta habían descansado también de su suciedad laboriosa.

En el centro de una glorieta formada por unos cuantos pinos añosos estaba mi jefe, oteando hacia el Poniente con unos gemelos. Se había quedado en mangas de camisa. Una camisa inmaculada, blanquísima, de esas que deben añorar los héroes astrosos al ser fusilados.

Al verme se puso firme ante mí con gesto simpático, sacando el pecho, como si yo hubiese de hacerles la descarga imaginada.

—¿Se imagina usted—me dijo de pronto—algún país cuyo himno nacional pueda ser una dulce pavana?

Solían ocurrírsele con frecuencia, estas preguntas de niño loco.

Muy lejos se oían cañonazos como truenos de tramoya. Unas golondrinas tensas hacían recorres volanderos.

—Prepárese—me dijo cambiando de tono—. Mañana nos vamos a Castilla. Mi hija Esperanza nos esperará en el recodo del camino real.

Una gota de agua, por el reciente peinado, me corría por la cara.

Mi jefe tarareaba algo mirando a los pinos. Debía de ser el himno nacional de aquel su país de esperanza.

Yo sentí un estremecimiento agradecido por su invitación. No tenía familia a quien visitar y, además, sentía cierta curiosidad por conocer a aquella que aguardaría sentada en el recodo del camino real.

VI

El viaje fué caluroso. Los andenes eran cunetas de pregoneros aguadores, gaseoseros y fruteros. Soldados sudorosos subían y bajaban en todas las estaciones, cargados con sus enormes equipajes. ¡Qué calor! ¡Qué continuado sofoco de doce horas! Mi jefe, con los ojos caídos por el sopor, contemplaba por la ventanilla los yermos rastrojos.

En un apeadero vimos a un ciego con la mano extendida hacia el tren, que apenas paró. El jefe, mirándome con cierta tristeza, alargó su mano derecha hacia mí, imitando tímidamente al ciego limosnero de los andenes... Es verdad. Muchos deben de quedar con la mano así, vacía, ante el tren impetuoso de la vida, que pasa sin darles nada... Y de vez en vez, Esperanza. Si alguna mujer era ángel en la tierra, no podía ser otra que aquella hija que Dios le dió.

Con aquellas constantes reiteraciones filiales, el mundo comenzaba a parecerme una breve plazuela de pinos, como aquella de una tarde, en la que estuviesen solamente mi jefe en mangas de camisa blanca, oyendo el himno nacional de aquel país peregrino, y su hija Esperanza, siguiendo con sus ojos azules y gigantesco el vuelo sublime de unas golondrinas espirituales... Y al margen, tras los pinos, como un coro de ángeles caídos, el resto de la humanidad, con el atuendo de sus zafias puntillas, con sus villanos pendones de tierras aradas.

Una madre joven, frontera a nosotros, que daba de mamar a su hijo al compás del tren, no quitaba sus ojos de la cara noble de mi jefe. ¡Pobre! Ella, como yo, como las sucias estaciones, estábamos con los ángeles caídos.

VII

Llegamos al anochecer. En uno de esos atardeceres lentos y parados.

El andén del pueblo estaba solo. Un mozo de estación dormitaba sobre una carretilla; y ese reloj bifronte, verde y sucio de todas las estaciones, latía con los saltos nerviosos de sus agujas.

Arrancó el tren, y quedamos solos, como aterrizados repentinamente en una tierra ignorada.

Aquel ambiente espaciado y lento, estaba muy de acuerdo con mi jefe. La tarde parecía hecha para él.

Por los paseos de la estación paseamos, mirando a los árboles. Sobre los bancos de cemento se veían algunas parejas solas, silenciosas, paradas por la tarde.

—Dios está en mi pueblo—dijo nuestro hombre mirando la pureza del cielo y sus estrellas prematuras.

Yo pensaba en aquella esperanza:

—¿Su hija tiene los ojos azules?

—Tiene toda el alma azul y quieta como esta tarde; con el vuelo de esas mismas golondrinas espirituales.

VIII

Las calles eran espaciosas y estaban calladas. «Dios estaba sobre el cielo de aquel pueblo», era verdad. Muy lejos se oía la grotesca flauta del amolador; un tendero en la puerta de su despacho escuchaba, con los ojos casi románticos, el campaneo de la iglesia.

Yo añoraba en todas las plazas la clásica fuente de añosa piedra situada en un oscuro rincón. Esa fuente tradicional, que suele ser el núcleo de todo pueblo castellano.

El agua es potencia de frutos y de almas. Los hombres encontraban la fuente y pernoctaban junto a ella. Luego establecían un pequeño tráfico; se construían las primeras casas, y en seguida, la iglesia, como si sus naves fuesen fecundadas por el agua de la fuente generadora... Al cabo de los siglos, el orgullo indígena apenas recuerda que el pueblo adulto es un arco fantástico levantado sobre los dos pilares de Dios: el agua y la Iglesia.

IX

—Aquella es mi casa—me señaló.

Llamamos. Se oyeron pasos menudos. Abrieron.

—¡Angel!—exclamó una mujer menudita, anciana, con cara simpática y atuendo pueblerino. Se abrazó a mi jefe, quedando materialmente colgada de su cuello.

—¡Pasen, pasen! ¡Qué sorpresa!

El zaguán y el patio estaban en una fresquísima penumbra. Se oía el chorro persistente de una entrevista fuente de mármol blanco.

—¡Aurora!—gritaba la anciana sin poder posar de gozo—. ¡Que es Angel!

Una señora de aspecto respetable, cara bondadosa y casi todo el pelo blanco, salió apresurada.

—¡Angel!

Era la esposa de mi jefe. La anciana era hermana de doña Aurora, tía Mónica.

Esperanza se había marchado el día antes a una aldea próxima, con unos familiares.

Después de estas palabras:

Las señoras callaban como avergonzadas.

Angel miraba el agua orgullosa del surtidor... pero dentro de él y, ¡ay!, de mí:

¡Esperanza! ¡Esperanza!

X

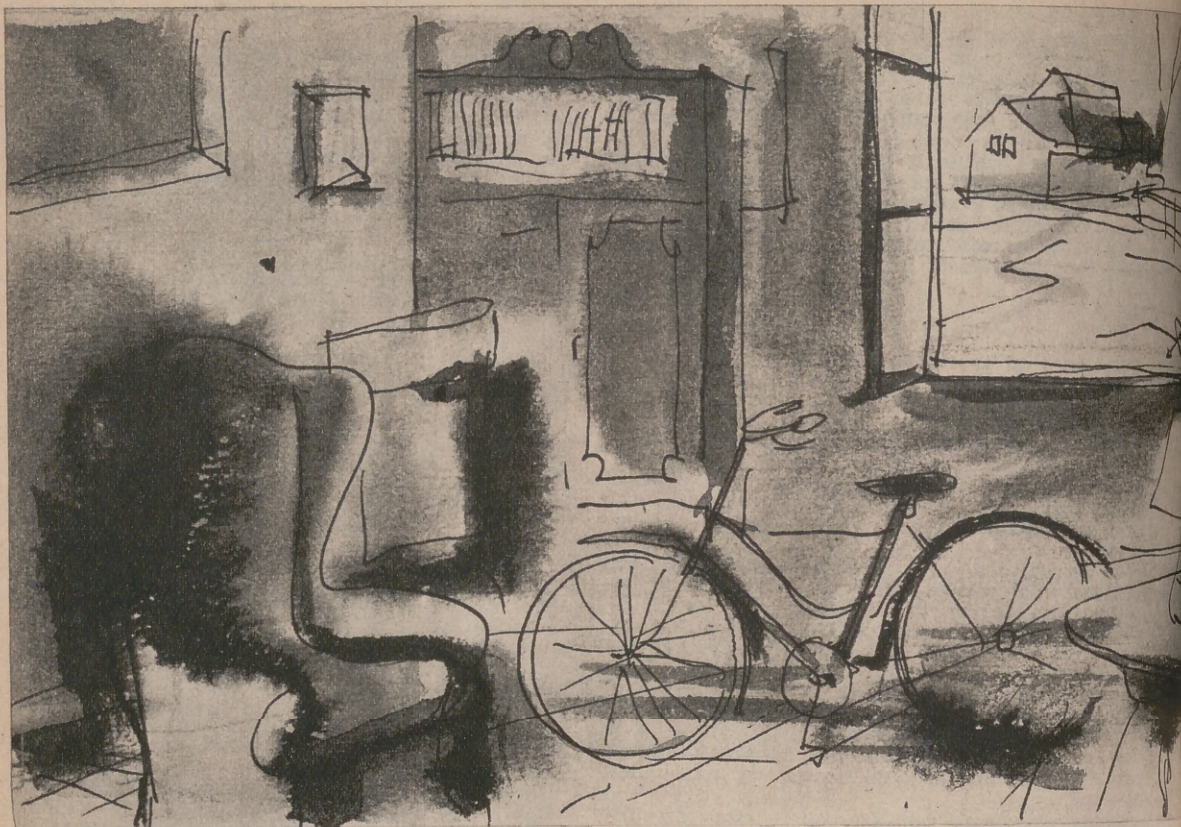
Desde el primer momento, tía Mónica me miró con simpatía. Claro que sus ojos chispeantes de vieja traviesa nunca podían mirar aviesamente.

Al principio me pareció una anciana loca, porque dentro de su crepitoso cuerpo percibí un alma demasiado saltarina. Lo cierto es que alegraba cuanto la rodeaba... y por eso ya no la creo loca, sino llama viva; se había dejado en una cuneta aquella proverbial y lacónica ponderación de las personas añosas.

Aquella misma tarde, cuando ya casi no se veía, me enseñó su pequeño huerto, sembrado en el trascorral de la casa.

Sentados sobre una reducida alberca, me iba mostrando los diversos tablados de hortalizas y sembraduras.

—Esperanza me suele ayudar mucho—me di-



jo—; Esperanza es el ángel de la casa... y la mejor flor de mi huerto.

Hablaba con tan cómicos aspavientos e infantil añoranza, que me daban ganas de cogerla por la cintura y zarandear su pequeño cuerpo que era nervio solo.

—Aquí, ¿sabes?, todos estamos enamorados de mi sobrina. ¡No se puede decir cuánto puso Dios en ella! Tal vez la perjudicó haciéndola tan sadada. No sé, pero temo que algún día bajará un demonio del cielo para raptarla en su caballo rojo. Es una pena que no la conozcas... Así ignoras la mitad de la tierra.

Se levantó nervioso y arrancó unas malas hierbas, apenas barbas del suelo.

XI

Tanto encomio de un ausente no lo había oído en mi vida. Ello me producía cierto malestar; la desazón que nos da todo lo inusitado. Aquello no era normal. El temblor de lo sobrenatural aleteaba en mi pecho.

—¡Dios mío—me decía—, si el mundo no será tan lógico y concreto como parece!

Se me achicaba el ánimo pensando en aquella Esperanza, y buscaba con la vista en el claro cielo el asiento de una escabel, como debieron hacerlo los penitentes pinchados por primera vez por los achares divinos.

Aquella mi primera noche en la casa del jefe fué de sueño desasosegado... Me parecía a veces que allí, en mi cuarto, sobre aquella cama de sabina, respiraba demasiado ligeramente.

Al día siguiente vería el patio de la fuente a la luz meridiana.

XII

Muy de mañana oí el galopar de un caballo. Su redoble se fué perdiendo por la llanura encallecida.

Suave vientecillo, hacía galopar los pámpanos de una parrá pletórica sobre los cristales de mi ventana.

Tía Mónica me puso un desayuno de blancos rosquillos y blancos cacharros humeantes.

—¡Albricias! Tu jefe fué a la aldea para traerse a la chica. Llegarán pasado mañana, si no esta noche.

Sus alegres ojos y sus movimientos nerviosamente graciosos fueron los más semejantes a las mañanás felices que he visto en mi vida.

Mientras yo desayunaba, la vieja me contaba las vicisitudes de unos geranios recién trasplantados.

XIII

—Este es el cuarto de Esperanza—me dijo tía Mónica.

En él había bastantes libros encuadernados, muchas revistas y algunos grabados alemanes. Puesta de pie sobre una pared, como un caballo en patillas, había una bruñidísima bicicleta de señorita. En una percha se veía una bata blanca, como de colegiala. Como me quedase mirándola dijo tía Mónica, que iba explicando todo.

—No te creas que es tan niña, que tiene los diecinueve cumplidos.

—¿No hay en todo este cuarto de estudio una fotografía de ella? —pregunté como no dándole importancia al caso.

—Sí—dijo tía Mónica, rebuscándose presurosa en el seno. Sacó un dije, lo abrió y me lo mostró sonriendo... En un color siena atenuado, aparecía una criaturita de unos tres meses, echada boca arriba sobre una mesa.

XIV

Todos marcharon a dormir la siesta. Sólo yo paseaba meditabundo por el patio fresco. Sonaba el agua sobre la blanca fuentecilla... y yo veía entrar y salir por cada puerta una etérea figura con bata blanca y ojos claros.

Hacia más de tres horas que había estado en el cuarto de Esperanza, y fué en aquel preciso momento cuando comencé a darme cuenta de la intimidad de aquel lugar; de cierto perfume un poco campestre; de cierta ilocalizable luz emanada de una persona ausente.

En la calle caía el sol como algo sólido e implacable. El canario amarillo estaba hueco en su jaula, y el agua de la fuentecilla sonaba cansina, blanda de puro caliente.

Lentamente, sin saber cómo, me encontré de nuevo en el cuarto de Esperanza. Todo allí estaba sobrenaturalmente quieto. La vida cercaba aquella habitación sin atreverse a entrar. La bata blanca parecía un trozo de siesta suspendido... Yo no sé hacer versos en tono blanco, pero todos mis recuerdos felices están atados a algo blanco, blanquísimo... ¡El alma debe ser tan blanca!

Entré la mano en uno de los bolsillos de la bata. Sólo había una hoja de perejil mustia. No sé por qué me reí del hallazgo, pero tía Mónica lle-



vaba también siempre en los bolsillos perejil y hierbabuena.

Los libros selectos, eran antiguos y modernos; bastantes sobre música; algunos en francés. Todos estaban firmados con una «E» muy ancha. En uno de ellos encontré una tira de papel, en la que estaba escrito cuidadosamente: «...Cada día puede ser la gran vispera.»

Debajo de una mesa había un par de zapatillas pequeñas, azules, peregrinas.

XV

No es fácil que en la vida vuelva a sugestionarme tanto por alguien tan distante. Hoy recuerdo todo aquello con cierta benévola sonrisa. Felices tiempos aquellos en los que el alma, por hallarse tan propicia al amor, lo forjaba, a falta de otra cosa, sobre un tinglado de quimeras. Los pocos años son el pórtico eterno de la felicidad.

Aquella misma tarde, cuando empezaba a amortiguarse el sol, salí de casa. Tía Mónica quedó reclinada sobre los tablares de su huerto. Crucé las calles que comenzaban a poblarse poco a poco con la fresca y desemoqué en el campo... a la vereda polvorienta que conducía a Cinco Piedras, la aldea donde estaban ellos. Me senté bajo una vieja carasca y, recostado en el tronco, intentaba atisbar en el lejantisimo horizonte la posible torre de Cinco Piedras. El cielo purísimo y perfecto, comenzaba a traslucir unas estrellas anémicas.

El llano interminable, ajedrezado de pardos negruzcos y dorados; la infinita y polvorienta vereda, con carros a diversas distancias y envueltos en una nubecilla de polvo de oro por el crepúsculo. Era una paisaje robusto y viril con infinitudes de espíritu.

Cuando ya no había sol y los grillos comenzaban su monserga, llegó a mi altura un labrador, montado sobre un garañón del mal encare. Casi inconscientemente, con un cigarro en la mano, me levanté a pedirle lumbré.

—¿Viene usted de Piedras?

—Sí, señor militar.

—¿Vió usted por allá al jefe?

—Sí que lo vi esta misma mañana con su hija, que es la mejor moza que he visto en mi vida... ¡Qué santa desenterrá es la Esperanza!

—Sí...

—Sí, señor militar, algo que no es de este mundo—dijo suspirando el viejo labriego.

—¿Cuánto está de aquí Cinco Piedras?

—Más de cinco leguas, señor militar—dijo arreando su garañón enjundioso y huesudo.

Distraidamente comencé a andar hacia la aldea, como si el camino fuese mentira. Todo en el mundo me parecía, bellamente inconsistente... Sólo una vereda, y al final, Esperanza con su bata blanca.

Habría andado más de cinco kilómetros cuando cerró la noche... Tuve que volverme seco, extenuado, maldiciéndome.

XVI

Aquella noche me quedé sentado en el huerto de tía Mónica. Las estrellas brillaban demasiado. Los árboles frutales parecían descansando en el anonimato de la noche. Sólo un grillo arañaba agriamente el silencio, con una inconsciencia de desterrado de la Naturaleza.

En aquella pura tranquilidad se me serenó el pensamiento y reparé en toda mi vida de aquellos días. ¡Cuánto embeleso! ¡Cuánta imaginación y autosugestión como resumen! ¡Hasta qué punto somos responsables los hombres de nosotros mismos?... Con el misterio de la muerte en la mochila y la incoscienza de nuestro nacimiento en el olvido. ¿Qué nos espera tras la próxima esquina? Tal vez un embeleso más. Y así y así hasta la orilla del sepulcro.

Comenzaba a aclarar el cielo. Cada vez era menos intenso su azul y más lejanas las estrellas. Los gritos sucesivos de los gallos sonaron como retrotes para los astros de la noche. Como un estremecimiento del despertar, parecía alterar a las tierras y plantas. El misterio de la creación de la luz, aparecía una vez, y el alma volvía a temblar ante él como una hoja estremecida por el relente. El día y la noche son la simbólica representación sacramental de la creación y del fenecer futuro del mundo.

XVII

El día acuñó nuevamente fantasías por pensamientos. Me imaginé el amanecer en una alcoba conyugal. Las primeras luces sorprendían a la esposa en una caprichosa postura del sueño, mientras el esposo, despierto con el primer albor, besaba amorosamente una de las abandonadas manos de ella... Un canto de golondrina y la llamada a la primera misa... Todo aquello en aquel pueblo, en aquella misma casa.

XVIII

Cuando me di cuenta ya estaba sobre el caballo ensillado. Por la puerta falsa, con un ligero tro-

tecillo, iba una vez más en la busca del camino de aquel quimérico pueblo de Cinco Piedras. Iba con la ilusión de encontrar por mitad del camino al jefe y a su hija. Los labradores descabezaban su último sueño con el balanceo de los cansinos carros. Por mi mismo camino, envuelto en una nube de sutil polvo de la prima mañana, percibí un jinete en dirección contraria. Tal vez sería un jaque a quien le sorprendió la alborada en los brazos de la amada. Llegaba al galope. Me detuve. Era mi jefe. Había recibido un aviso suspendiendo nuestro permiso. Desde nuestro pueblo lo habían retransmitido por su carácter de urgencia a Cinco Piedras... Hacia mediodía llegaría Esperanza en un tilburi. El quería tomarse tiempo para prepararlo todo.

XIX

Todo eran precipitación y sollozos en la casa. El equipaje, más que perfumado con el tomillo y la hierbabuena de la paz, lo diría con el olor acedo de las lágrimas. Corrían los minutos entre ires y venires. Todo andaba en la casa manga por hombro. Tía Mónica me metió furtivamente en la maleta dos hermosos membrillos. Tenía la mirada de quien no se acostumbra a los desenlaces amargos de la vida. Yo, secretamente nervioso, oteaba buscando por las lejanías a aquella quimera: Esperanza. La canícula caía sobre el pueblo como si quisiese fundir sus fábricas y paramentos a fuego lento... De nuevo nos aguardaba la guerra. La desolación del ánimo y la constante enervación del cuerpo... Imaginativamente, veía aquella fresquísima fuente del paño, convertida en la charca putrefacta de un campo de batalla. Bien sabe Dios que no éramos cobardes, pero el alma añora con frecuencia su primitivo estado, que no pudo ser otro que el de la paz, de la ilusión y de las fuentes nemorosas.

Mi jefe, exteriormente, presentaba una tranquilidad soñadora. Parecía querer grabarse toda aquella paz en lo más secreto de su ánima.

XX

Faltaba sólo media hora para salir el tren y Esperanza no había llegado todavía. Subieron nuestros cachivaches a un tartana y, bajo el sol sofocante, salimos para la estación. Las dos mujeres, sollozando y moviendo las manos lentamente, nos despidieron desde la puerta.

—Si viene Esperanza a tiempo, que vaya a la estación —dijo el padre. Volvimos la esquina—. No puede haberle pasado nada—íbamos descotados de ropa y pesados de ánimo.

Un hombre pregonaba algo con un lamento interminable. Todas las puertas y ventanas se cerraban, duras al calor. En la estación, gente sucia, sudorosa y de mal humor. Daba grima acercarse al tren, tan caliente. No se explicaba uno cómo era necesario el calor de la locomotora para que anduviese. Montamos. Sonó una campana. Luego un pito. Chifló la locomotora y arrancó el tren. Sentí una angustia moral que casi me impelía a saltar al andén. El jefe miraba con ansia por las ventanillas. Gritó:

—¡Esperanza, Esperanza!

Me asomé casi brutalmente. Entre la gente no distinguía a nadie.

—¿Cuál? ¿Cuál es?

—Aquella, aquella que levanta el pañuelo.

Muchas levantaban el pañuelo... No sé si ha sido un embeleco posterior o si lo vi entonces... Pero creo que, ya cuando el tren casi perdía de vista el andén, vi algo más blanco que el mismo sol, que en su insignificancia por la lejanía tenía cierta gallardía superterrena... Movía el pañuelo muy lentamente.

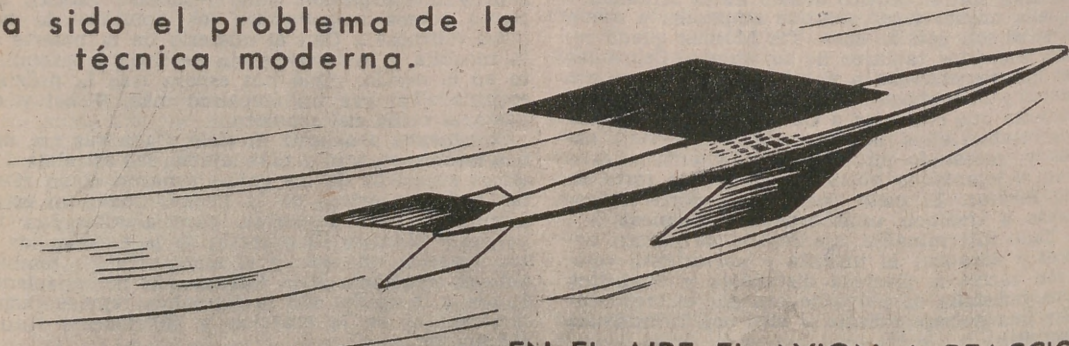
XXI

Así, tan dolorosamente, termina este cuento... trágico. ¿Por qué no...? Sin lágrimas ni risas. Sólo con el ansia peregrina, con la inercia brutal que le queda al alma, cuando no puede alcanzar lo tan dulcemente prometido y presentido.

Cortar

CON MÁS RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION;
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

Participe sencillo concurso mensual hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente ganará un reloj todo oro Walter Rover de 8.500 pesetas.

NADA HA CAMBIADO EN RUSIA



EL IMPERATIVO COMUNISTA SIGUE SIENDO EL EJE DE TODO

No es justa, prudente ni heroica la "Re-visión" que está publicando en el "New York Times" su corresponsal en Moscú, Harrison Salisbury



La provocativa preparación militar comienza en Rusia desde las edades más tempranas.—Arriba: Un desfile del Ejército rojo en Moscú

HARRISON Salisbury ha sido, durante el ancho período de cinco años, corresponsal en Moscú del «New York Times». Desde Rusia, Salisbury, como cualquier otro corresponsal, ha venido mandando todas las novedades posibles y aquellas noticias que, por su asepsia política, no merecieron la censura soviética. Quizá por eso, a su llegada a Nueva York, ha querido corregir el pasado y se ha apresurado a publicar una serie de artículos, bajo la divisa «Rusia Re-viewed», que intentan ser lo que anticipa la leyenda: una «Rusia Re-visión». El «New York Times» ha anunciado el serial, y cada uno de ellos con una breve nota que termina así: «...por primera vez le ha sido posible escribir sin restricciones de censura o con el temor de ella.» Lo que no dice el «New York Times» es que Salisbury sirve una tendencia política y a ella sacrifica, en más de una ocasión, la naturaleza misma de las cosas que cuenta. Así se da el caso de que sea narrado un suceso claro y que luego, más tarde, se extraigan de él consecuencias imposibles. Más claro aún: la colección de artículos de

Harrison Salisbury, corresponsal del «New York Times» en Moscú, se adscriben a esta triple teoría: coexistencia pacífica con Rusia, aparición del Ejército rojo como fuerza superior al partido comunista y equivocación de los Estados Unidos al plantear su política internacional como oposición a Rusia.

LA SUPREMACIA DEL EJERCITO SOBRE EL PARTIDO COMUNISTA

Antes de examinar las otras dos posiciones que se desprenden de los artículos de Salisbury, no queda más remedio que someter a análisis, por su tremenda trascendencia, lo que haya de rigor en su constatación de que el Ejército se ha convertido en el poder moderador, y más aún, en árbitro de la situación rusa. Es Salisbury mismo, y con sus palabras, quien dice que la muerte de Beria y la aparición del mariscal Zukov en la vida política rusa así lo determinan.

Ocurre, sin embargo, que Salisbury, testigo presencial, o ha

querido tergiversar los hechos o no ha entendido, en absoluto, lo que sucedía ante sus ojos. Porque su propio testimonio corrompe la teoría de un Ejército-árbitro. Sigamos sus palabras:

«El primer anuncio de la fatal enfermedad de Stalin fué comunicado a Moscú hacia las ocho horas de marzo 4 de 1953. Se decía que Stalin había sufrido una hemorragia el 2 de marzo. El día 6, Radio Moscú anunciaba que Stalin había fallecido a las 9,50.»

¿Qué sucedió entonces en Rusia? ¿Cómo se transfirió el Poder y de qué forma?

«Hacia las cinco—dice Salisbury—, el centro de la ciudad aparecía completamente pacífico. No había más Policía que la acostumbrada. Sólo en el Kremlin permanecían encendidas al-

gunas luces. Nada extraordinario.

Pero a las seis, la diferencia, sin embargo, era clara, porque patrullas de camiones militares comenzaron a marchar hacia el centro de la capital. Subieron por Gorky, rompieron el silencio de las calles para, siguiendo el curso del río Moscú, aparecer ante la plaza Roja. En cada uno de estos camiones, sentados silenciosamente, las armas en la mano, se dejaban ver veintidós soldados de los batallones especiales del M. V. D. (ministerio del Interior, que mandaba Beria). Durante una hora estas fuerzas maniobraron de un lado para otro sin misión aparente. Poco después comenzaron a concentrarse en las enormes plazas abiertas, que tan numerosas son en el corazón de Moscú. A las 7,30 se levantaba la censura sobre noticias que extendieran la muerte de Stalin, y me dirigí, otra vez de nuevo, a la oficina telegráfica. Las cosas habían cambiado completamente. Por este tiempo, miles de hombres armados se apostaban en camiones militares en el centro mismo de la ciudad. Columnas de tanques hicieron también su aparición en la avenida Gorky. Y todos, camiones y tanques, igualmente que las tropas, llevaban la insignia familiar—roja y azul—del ministerio de Asuntos Interiores. Se trataba de fuerzas de Beria.» Y más exacto aún, señor Salisbury, se trataba de la Policía del Estado comunista, fueran o no de Beria. Lo que está claro, y con sus palabras, es que quienes ocuparon militar-

mente la ciudad eran fuerzas que nada tenían que ver con el Ejército. Pero sigamos.

«El movimiento de las tropas se apoyaba en los puntos clave en barricadas que cruzaban las calles, y aun éstas eran reforzadas por las masas acorazadas de los tanques, que se escalonaban en profundidad. Un collar de acero cruzó el corazón de Moscú desde el día 6 de marzo hasta el día 9. Durante esas horas nadie, ni dentro ni fuera de Moscú, dejó de saber que el M. V. D. mandaba. Que Beria era dueño de la situación.»

¿Y qué pasaba en el Kremlin? «Nadie, sin permiso del M. V. D., podía atravesar las líneas. Nadie, desde el Kremlin, le estaba permitido abandonar sin obtener el salvoconducto necesario del M. V. D.» O lo que es lo mismo, la máquina política y policial comunista fué dueña de la situación en esos momentos. Salisbury no puede hablar de intromisión y presencia del Ejército en esos momentos dramáticos de sucesión del Poder. Ahora bien; si el mismo texto del periodista sirve para poner en evidencia que no existió otra fuerza que la puramente coercitiva del comunismo en la muerte de Stalin, un problema no menos importante aparece inmediatamente de examinar todo lo anterior. ¿Por qué, entonces, Beria no asumió el Poder?

¿POR QUE BERIA NO ASUMIO EL PODER?

No quiere entrar, de verdad. Salisbury, a contestar y a pensar

esa respuesta. Si es cierto que Beria fué, en los momentos decisivos, el «hombre fuerte», algo debió ocurrir para que esa fortaleza se quebrantara. ¿Fué la presencia del Ejército?

Nada de eso. Al mariscal Zukov, por razones de que hablaremos luego, han sido los comunistas, o sea, el Gobierno de Malenkov, los que le han devuelto a una cierta relativa importancia. Pero concretamente es el partido el que ha situado otra vez al grupo de generales «victoriosos» que fueran olvidados después oficialmente por Stalin al ruedo político. Por lo tanto, son ellos los que sirven. Ahora bien, si Beria tuvo en sus manos durante unos días todo el aparato político, al no atreverse a pechar con todo, no cabe posibilidad de encontrarle otra solución que ésta: fué el partido quien, en resu-

men hizo posible la transferencia de poder con el mínimo de daño (no cuentan en Rusia los accidentes mortales), y fué el partido quien terminó por extrangular a Beria y su movimiento de fuerza. El hecho es tan claro, de tal fuerza, que no cabe ilusionarse ni aun sirviendo conceptos falsos, como en el caso del «New York Times» sobre un pretendido cambio político en Rusia. Las cosas siguen donde estaban. Todo por ello que sirva para enmascarar esa verdadera posición íntima y profunda de Rusia no hace otra cosa que acentuar la peligrosa posición de Occidente.

LOS CAMBIOS INTERNOS EN RUSIA

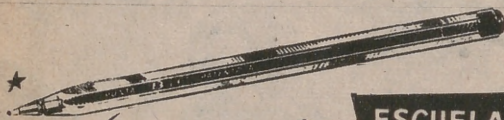
Salisbury se ha dejado llevar en todo momento por los acontecimientos. No se ha parado un solo instante durante su análisis a ver de frente, fuera de la órbita sensible que ejerce sobre él su propio reportaje, en lo que había de fundamental en esos «cambios» que dice existen en Rusia.

Por ejemplo, habla el periodista de existir en los momentos actuales una «Junta de Gobierno» en Rusia formada principalmente por Malenkov, Khrushchev (secretario del partido comunista) y Molotov. Sólo que Salisbury añade: «Pero se trata, con respecto a Malenkov, de ser el primero entre sus iguales.» O lo que es lo mismo, que el poder no descansa, como en el caso de Stalin, en unas solas manos.

Esta idea está constantemente combatida por los propios argumentos y anécdotas que se desprenden de sus reportajes. En más de una ocasión alude Salisbury a la mayor personalidad de Malenkov sobre los demás, salvo el caso de Molotov, de quien dice «es una personalidad respetada». Tomemos como ejemplo la anécdota que cuenta Salisbury de la comida que dió en la Embajada británica Clement Attlee al Gobierno soviético:

«Hacia la una y media Malenkov se despidió y se dirigió hacia la puerta. Inmediatamente. Molotov y el ministro de Comercio, Mikoyan, comenzaron también a despedirse. Pero Khrushchev, el secretario del partido, continuaba hablando impetuosamente con Aneurin Bevan. Cuando Malenkov dijo quedadamente: «Vamos, Khrushchev», abandonó la conversación y se dirigió rápidamente a la salida para alcanzar al «Zis» de Malenkov.» Por este orden existen en los artículos de Salisbury varios comentarios que, según él, reflejan perfectamente un clima popular y que contradicen, por otra parte, la idea de «primero entre iguales». Al revés, parece evidente que Malenkov, a quien Stalin le fuera preparando con extrema cautela su herencia, parece estar en una operación de amplio vuelo: la de afirmar sencillamente esa autoridad.

De la misma manera nada afirma, en absoluto, que esa preeminencia del Ejército haya interrumpido en modo alguno los caracteres de Estado comunista. Al revés, en cierto modo se han afirmado. El mismo Salisbury, en plena contradicción consigo mis-



ESCUELA

Porque es suave rápida, limpia y duradera solo queremos BIC

¡Así se escribe a gusto!

*

Hay muchos lápices a bola, de todos precios pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes, ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

CRISTAL..... 6 ptas.

M4 BOLSILLO (Tinta Imac)..... 12 ptas.
RECAMBIO PTAS 6

BIC-CLIC (Tinta Imac)..... 25 ptas.
RECAMBIO PTAS 8

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC

PUNTA

BIC

FABRICA: LAFORÉST, S.L.-MAESTRO FALLA, 19-BARCELONA

mo, afirma en el artículo quinto de la serie, de fecha 23 de septiembre, que «con las nuevas directrices algunas de las más moribundas organizaciones del partido han sido revivificadas para realizar una activa función. Por ejemplo, el Comité Central del partido, al cual Stalin hacía años que no había convocado, ahora se reúne con regularidad cada tres meses. La denuncia de Beria, realizada por Malenkov, fué realizada a través de una comunicación en julio a la Asamblea plenaria del Comité Central.» Y en estos momentos las reformas del régimen de agricultura se desarrollan, frente a los intereses normales del ministerio que debiera afectarle, de acuerdo con la línea del mismo Comité.

Ahora bien, ¿cuáles han sido los cambios más visibles en la vida doméstica y diaria de Rusia?

Los que Salisbury estudia y de los que saca consecuencias muy superiores a su carácter son los siguientes: Uno de ellos ya se ha tratado: la presencia de los generales Zukov y Bulganin en el Gobierno. El otro se refiere concretamente a la evacuación del Kremlin por el Gobierno para ir a vivir a residencias particulares y algunas medidas de amnistía y revisión de procesos que se han verificado últimamente.

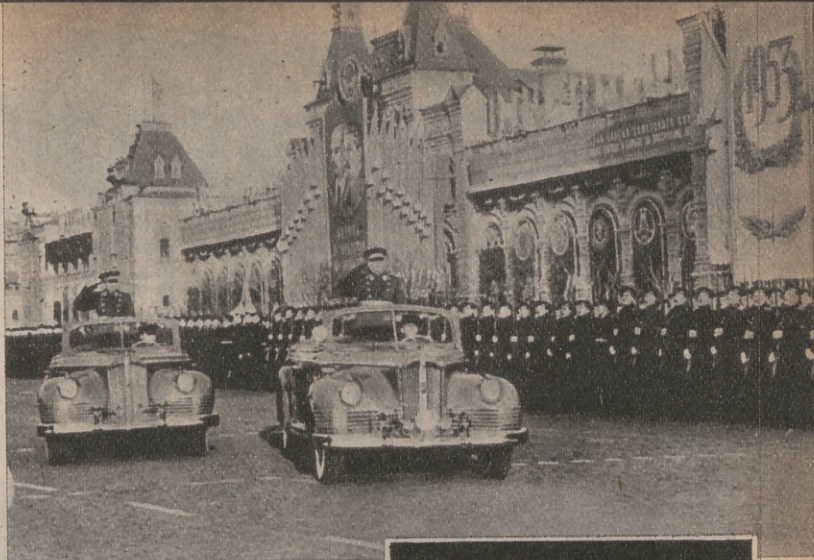
EL ABANDONO DEL KREMLIN A LAS VISITAS

Para entender perfectamente las nuevas medidas de Malenkov hay que partir de un principio de realidad política que Salisbury se niega a penetrar y sentir. Que Stalin gobernó a Rusia durante veinticinco años terribles y que Malenkov, al dulcificar posiciones de orden anecdótico y sin importancia, gana una batalla política. Por otra parte, y ya es hora de decirlo, la proscripción de los retratos de Stalin y su puesta en marcha, en la jerarquía del comunismo, detrás de Lenin, no tiene, como se tiene la tendencia de creer, un carácter negativo, sino afirmativo. Malenkov pretende con ello, y eso es lo afirmativo desde el punto de vista comunista, de debilitar cuanto hubiera de «personalista» en la figura de Stalin para someterla entera en la disciplina y la jungla del partido. Por otro lado, esa medida de orden interno y casi doctrinario encuentra en la calle un eco popular y se convierte en una medida de Gobierno dulcificado porque, al dejar de ser el concepto Stalin decisivo, dejan de serlo algunas de las instituciones y símbolos —sean o no sean de terror— de éste. Pero no (como cree Salisbury al examinar por encima los acontecimientos) porque el Gobierno sea menos comunista, sino por serlo más.

De este carácter o en esta línea se encuentra la aventura que deja al Kremlin sin sus habitantes habituales. ¿Dónde han ido a vivir éstos?

LA NUEVA CASA DE MALENKOV

La nueva residencia de Malenkov fuera del Kremlin es una vi-



Bulganin pasando revista a unidades de la Armada roja

LA TEORIA DE UN APAGUAMIENTO AMISTOSO

«Ahora que el mariscal Zukov tiene un importante papel en el Gobierno soviético—dice Salisbury—muchos obstáculos que existen en las relaciones rusa-americanas podrían desaparecer.» Olvida, una vez, más, Salisbury, que la presencia del mariscal Zukov y los suyos, su vuelta a la vida activa, no ha sido motivada por presencia y potencia, sino para servir la maquinaria y la instrumentación del mundo comunista que necesariamente, quiere presentar a sus pueblos la sensación de un gran equilibrio interno. Por eso una de las primeras fotografías oficiales que desfilaron por Rusia después de la muerte de Stalin representaban, seis y seis, a Malenkov con sus cinco ministros civiles y a Zukov con cinco generales. Para entonces los tanques de Béria, las tropas del ministerio del Interior, habían cambiado de dueño.

Por eso mismo resulta absurdo, fuera de las alevosías y torpes maniobras que puedan existir para realizarla, el volver a plantear, basado en un argumento sin consistencia posible, el teorema abstracto de coexistencia pacífica. No habrá posibilidad de tal (modus vivendi) (como le gusta repetir a Salisbury), por razones que superan el orden político-temporal y se afirman en razones históricas. Vivimos, simplemente, de cara a una tormenta sin precedentes en la Humanidad y todo lo que contribuya, como en el caso de Salisbury a falsificar su verdadero aspecto, a amordazar con rayos de esperanza lo que no es posible no hará otra cosa que empeorar las cosas.

Nada ha cambiado en Rusia. El imperativo comunista sigue siendo el eje de todo y no es justo, ni prudente, ni heroico que sea un norteamericano quien vacíe de sentido y de rigor la responsabilidad de su propio país, la responsabilidad de los Estados Unidos ante el mundo. Que si América tiene fino instinto no dejará de entender claramente, como sabíamos nosotros, que los collares no cambian a los hombres.

Enrique RUIZ GARCIA

lla situada en la calle Pomerantsev, que está, a su vez, entre las de Metrostrci y Kropotkin, vías directas y rápidas que tiene que seguir diariamente Malenkov, a menos de no alcanzar la zona del río, para llegar al Kremlin. Por otra parte, son siete u ocho minutos de coche. Próxima a la residencia Malenkov, que es un palacete de principios de siglo (y situada en uno de los barrios nobles y aristocráticos del tiempo de los Zares), se encuentra la Legación finesa, y cerca de ésta, la Embajada china. Y muy cerca, siguiendo las avenidas Smolensky y Novinsky, se levanta el edificio de la Embajada americana. Estas referencias darán idea aproximada de su situación social y geográfica.

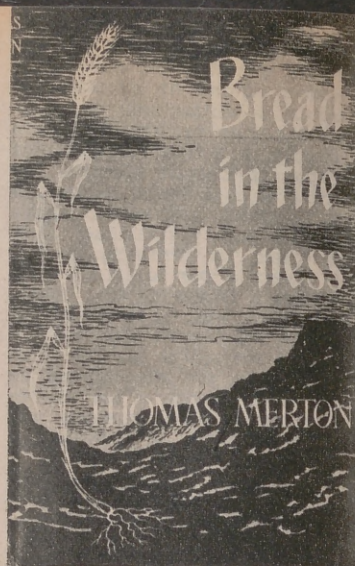
Parece ser que el cambio de «domicilio» fué tomado rápida y unánimemente por el nuevo Gobierno, que está dejando otra vez al público y las visitas lo que fueran palacios históricos. La medida asombra a Salisbury y la considera un hecho importantísimo. La verdad es que se trata de un suceso menor. El Kremlin no es agradable después de los veinticinco años stalinianos. Está lleno de malos recuerdos y «para los jóvenes» (no hay que olvidar que tanto Malenkov como Kruschchev), el Kremlin les recuerda la figura de Stalin. Como los imperativos éticos no son los funcionales, se aprovecha el achicamiento oficial de la figura del georgiano para volver, o mejor devolver, un viejo gusto a los moscovitas; el de recorrer el Kremlin. No hay más.

De la revisión de procesos y a las medidas de amnistía que, según Salisbury, han tenido últimamente lugar, el mismo comentarista publicó como entrada a uno de sus artículos este grave título: «La amnistía llega tarde para los viejos revolucionarios». Llegaba tarde porque habían dejado de existir. Como único testimonio excepcional citaba la liberación de la señora de Molotov. Por lo demás, el silencio. Pero hay que partir de este punto: que todo se realiza teniendo en cuenta que el peso de los veinticinco años stalinianos ha sido verdaderamente duro e implacable.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

PAN EN EL DESIERTO

Por Thomas MERTON



Y sus discípulos le preguntaron: «¿Cómo podremos saciarles de pan aquí en el desierto?» (Marcos 8,4).

¿DE qué trata este libro? ¿Para quién está hecho? Este es un libro sobre los Salmos, que son quizá la colección de poemas religiosos más significativos e influyentes que jamás se escribieron. En ellos se comprende toda la teología del Viejo Testamento y han constituido durante siglos el fundamento de las preces litúrgicas de cristianos y judíos, hasta el punto de que todavía representan un papel más importante que cualquier otro texto religioso en las oraciones públicas de la Iglesia. Benedictinos y cistercienses cantan el Salterio entero una vez a la semana. Aquellos cuya vocación dentro de la Iglesia es la de rezar encuentran su vida en los Salmos. Los monjes se levantan a la media noche para recitarlos y siempre los tienen en sus labios durante la misa. Interrumpen su trabajo en los campos para cantar el que corresponde a las horas del día. Durante la mañana y la noche, durante sus actividades y comidas están constantemente en su boca estos versos, que fueron escritos hace cientos de años por los salmistas.

Para el monje que vive realmente su vocación, los Salmos constituyen el alimento de su vida interior y el material de sus meditaciones. Todo esto no sería posible si los Salmos no fueran más que poesía para éstos que tienen que rezarlos diariamente. Arte y literatura como tales pueden representar un cierto papel en la vida monástica. Pero cuando un hombre vive en las profundidades desnudas de un espíritu empobrecido, enfrentándose solamente con realidades espirituales año tras año, el arte y la literatura pueden aparecer como algo peculiarmente insípido e insustancial y en algunos casos hasta como materia de tentación.

La oración litúrgica del monje es una de las grandes influencias pacificadoras en una vida que se consagra por entero a la serenidad y a la paz interior. Los Salmos adquieren, para aquéllos que saben introducirse en ellos, una sorprendente profundidad y una maravillosa e inagotable actuali-

dad. Constituyen el pan, que Cristo facilita milagrosamente para alimentar a aquellos que le han seguido en el desierto. He utilizado este símbolo conscientemente. El milagro de la multiplicación de los panes sugiere corrientemente el Sacramento de la Eucaristía, pero la realidad que nos alimenta en los Salmos es la misma que nos nutre en la Eucaristía, aunque su forma sea diferente. En uno y otro caso subsistimos por la palabra de Dios. En el Santísimo Sacramento, «su carne es ciertamente el alimento». En la Escritura la palabra está encarnada no en carne, sino en palabras humanas. Pero el hombre vive por cualquier palabra que proceda de la boca de Dios.

Este libro no es un tratado sistemático, sino una colección de notas personales sobre el Salterio. Son los apuntes de un monje, escritos de acuerdo con la tradición monástica y que quizá puedan atraer la atención de todos los monjes. Pero no sólo es a éstos a quienes va dirigido este libro y quizá por su misma naturaleza pretenda hablar a aquellos que no hagan de los Salmos la sustancia de sus oraciones.

El libro que hoy nos ocupa no pertenece a las obras autobiográficas—Merton nos anunció en «La señal de Jonás» su propósito de no volver a hablar de sí mismo—, sino a la producción que podríamos llamar de exégesis y divulgación dogmática. En esta misma línea están otros libros suyos, como son «Las aguas del silencio», «Semillas de contemplación» y «La ascensión a la verdad».

No obstante el carácter impersonal de estos escritos, el alma mística y poética del trapense norteamericano se trasluce a través de sus palabras, y así en este libro sobre los Salmos, titulado tan simbólicamente como es «Pan en el desierto», Merton nos va descubriendo junto con los valores dogmáticos y teológicos de los cánticos sagrados su profunda e intrínseca belleza artística capaz de sobrevivir a la dura prueba de tantos siglos.

Merton (Thomas): Bread in the Wilderness (Pan en el desierto). 140 páginas. Londres, Hollis & Carter. 1954.

LA CONTEMPLACION Y LA LITURGIA

San Benito de Nursia escribió su regla de monjes para hombres que no tenían otro propósito en su vida sino Dios. Después de todo, ¿hay algún otro objetivo para alguien? Todos los seres humanos buscan a Dios, lo conozcan o no. Entre los que creen en él hay algunos que le buscan más explícita e intensamente que los otros. Los monjes no tienen otra ocupación en su vida que la búsqueda de Dios. Esta circunstancia es la que hace a la vida monástica esencialmente sencilla. ¿Qué puede haber más simple que buscar a alguien que ya fué encontrado? Su tarea comienza con un acto de fe y culmina con una experiencia de su presencia y de su inescrutable e infinita identidad que hace que le conozcamos al descender su gracia sobre nuestras almas, que desde este momento existen sólo para Él y por Él. De acuerdo con esta concepción de la vida monástica, como una búsqueda de Dios en la que nada debe ser antepuesto al

amor de Cristo, San Benito habló siempre en los más concretos y simplés términos. Las realidades determinadas de la existencia humana cotidiana son mejor apreciadas en un monasterio, donde los monjes, por su huida del mundo, han encontrado no sólo a Dios, sino al mundo también en El. Nadie mejor que un monje se da cuenta de la dignidad y del significado del trabajo manual, ya que ve en él una adoración dentro de un mundo sacramentado por la presencia de un Dios Creador y Redentor.

San Benito no se preocupa de nociones, tales como vida litúrgica, vida contemplativa o contemplación infusa. Materias tan abstractas tienen su puesto en las disputas de la teología moderna, pero no son importantes para hombres que pasan su vida, no discutiendo sobre espiritualidad, sino sobre el amor de Dios. Este amor les lleva al conocimiento de lo que es la vida auténtica, es decir, la vida eterna.

Esta es la razón por la que los monjes son contemplativos, es decir, por lo que penetran tan profundamente en la experiencia de los misterios de Dios, en la llamada contemplación infusa y por lo que al mismo tiempo alcanzan el fin que intenta la liturgia.

EL «OPUS DEI»

Cuando se dice que el Divino Oficio, la obra de Dios mantiene un puesto central y dominante en la vida monacal diaria, San Benito solamente reafirmaba la verdad de que el monje viene al monasterio para buscar a Dios. El término «Opus Dei» significa el cántico de las horas canónicas, es decir, la preza de la comunidad monástica. Este oficio coral está hecho sobre todo de Salmos. Pero si se afirma que el principal objetivo de la vida de los monjes es cantar Salmos, habremos abocado a una noción completamente falsa de la vida monacal.

El valor de la obra de Dios, el «Opus Dei», descansa, no tanto en el hecho de que es un trabajo o un servicio («Opus»), sino en el hecho de que es un servicio de Dios. Todo lo que el monje hace lo realiza en ese sentido. Pero el «Opus Dei» está dirigido de una manera más perfecta y exclusiva hacia Dios y penetra más profundamente en las raíces del alma del monje. Por todo ello, el «Opus Dei» nos permite abrir las profundas fuentes de la contemplación interior.

Todo esto no nos debe llevar a la conclusión de que el canto de los Salmos encierra una «técnica de contemplación». Los Salmos no deben ser considerados como instrumentos espirituales que, manejados de una manera determinada, sean capaces de producirnos un estado psicológico especial. Es cierto que la tradición patristica ha considerado siempre la salmodia como un paso hacia la contemplación y que los Padres han considerado siempre la contemplación como una experiencia de Dios. Indudablemente, como tal experiencia, implica claramente un estado psicológico o por lo menos un acto de esta categoría. La liturgia y la contemplación se desenvuelven en espontánea armonía, ya que ambas son expresiones de la básica necesidad de Dios y contribuyen a la realización de esta necesidad. No obstante, los Salmos no han sido hechos para producir contemplación y en sí mismos no induce a ningún estado particular psicológico. Si nos llevan a la contemplación es precisamente porque su impacto sobre nosotros es teológico más que psicológico.

Finalmente, tampoco los Salmos tienen nada que ver con el propósito de algunos monjes de saciar su sentido artístico. El ansia de contemplación no tiene nada que ver con el arte o con las preocupaciones estéticas. Este anhelo no puede satisfacerse con la poesía, ni con la filosofía, ni con la música, ni con las ceremonias, ni con las especulaciones bíblicas. La contemplación no desea otra cosa que ella misma. Por ello, los Salmos no deben ser explotados para efectos psicológicos, ya que si éstos existen, su papel es secundario. Los Salmos son teología. Esto significa que nos colocan en directo contacto con Dios, después de un acto de fe que admite su revelación. El efecto teológico dependerá últimamente de un libre don de Dios. Es inútil, pues, buscar algún método secreto esotérico de recitar el Salterio con el fin de lograr la contemplación. Si cantamos los Salmos con fe, Dios se nos manifestará y con ello habremos alcanzado la contemplación.

Muchos de los Salmos no tienen nada que ver con la contemplación. En algunos casos penetramos en ellos a través de una tierra salpicada de sangre. Los argumentos contra el Salterio serían abrumadores si se supusiese que los Salmos contienen todo un sistema de preceptos y técnicas para la vida interior, como es el caso del «Baghavat Gita». En su conjunto, el Salterio constituye toda una sabiduría espiritual completamente distinta de la que se encuentra contenida en los escritos de los místicos y filósofos paganos. Sólo unos pocos Salmos son didácticos en el sentido ordinario de la palabra.

La Iglesia nos mueve a ver, por encima de todo, la teología que se nos revela en la Escritura. La verdadera función de la interpretación bíblica es manifestarnos las verdades que Dios nos ha revelado sobre El, y sobre su acción en el tiempo y en la historia humana. Todo esto no se puede hallar sin un respeto saludable por el sentido literal de la Biblia. La discusión técnica sobre los diversos sentidos de la Escritura no es para este lugar. No obstante, hay que recalcar que existen dos aspectos vitalmente importantes para el contemplativo. Estos son, el sentido literal de la Escritura, que es el significado de las palabras del texto, y el sentido tipológico, que constituye el significado de los acontecimientos narrados en el texto. Todos los otros sentidos de la Escritura que no tienen ningún valor teológico pueden ser reducidos a estos dos.

Nunca debemos confundir la tipología y la alegoría. El sentido tipológico de la Escritura no es alegórico. En éste hay sólo una realidad, manifestada en términos impropios. En la tipología hay dos realidades, una significando la otra. El abuso de la interpretación alegórica de la Escritura durante la Edad Media, dejó una cierta señal de oprobio sobre la interpretación espiritual de la Biblia. Una de las características de la teología de la Contrarreforma fué su reacción contra la alegoría y la libre interpretación de los textos sagrados.

Ha habido intérpretes de la Escritura que han ido muy lejos en su reacción contra el racionalis-



COMPRE EL LIBRO DE

EDUARDO AUNOS

“EL PERRO, ESE AMIGO DESCONOCIDO”

Verdadera biografía del fiel amigo del hombre, compendio de su historia, sus costumbres, sus oficios y sus dolencias

Precio: 50 pesetas

EDICIONES Y PUBLICACIONES, S. A.

José Antonio, 70

MADRID

De venta en todas las librerías

mo. Según ellos, ciertos problemas de exégesis pueden ser solamente resueltos apelando al sentido oculto espiritual, sin que por ello sea necesario ninguna investigación científica de la letra. A este respecto, el Papa Pío XII, en su encíclica «Divino Afflante Spiritu», atraía nuestra atención sobre el uso justo del sentido espiritual de las Escrituras y ha pedido una vez más a los intérpretes de la Biblia que vuelvan a los Padres y hagan uso de sus trabajos. El desarrollo de toda la investigación bíblica tiene solamente un fin: llevarnos a una más exacta y profunda comprensión de lo que Dios ha revelado para nuestra salvación. La tarea principal del exégeta es, naturalmente, descubrir el sentido literal de las Escrituras. Sin éste, el sentido tipológico sería pura ilusión.

POESIA Y SIMBOLISMO

Es de la máxima importancia para los que leen los Salmos y los cantan públicamente, raspar, si pueden, para encontrar el contenido poético de estos grandes cánticos. El don poético no ha sido concedido a todos los hombres con igual largueza y este don es desgraciadamente necesario no sólo para los escritores de poemas, sino también, en cierto modo, para los que los leen. Esto no quiere decir que la recitación del Divino Oficio sea un placer estético, cuyas posibilidades totales puedan ser conocidas solamente por los iniciados que poseen un gusto refinado y una cierta cultura artística. Mi opinión es, que una de las razones por las que tantos no llegan a comprender los Salmos es porque las latentes facultades poéticas existentes en ellos no han sido nunca despertadas en sus espíritus por gentes capaces de hacer ver que los Salmos son auténticamente unos poemas.

Teniendo en cuenta este carácter poético de los Salmos, una de sus funciones será la de hacernos compartir la experiencia poética de los hombres que la escribieron. Nadie podrá interpretar detenida y científicamente las palabras de los Salmos y estudiar su fundamento histórico si estas investigaciones no nos ayudan a penetrar en la experiencia poética que los originó, ya que tiene un valor limitado el mostrarnos sólo lo que Dios reveló en ellos, pues no debe olvidarse que el contenido literario del Salterio es poético. Es manifiesto que el escritor inspirado es un instrumento del Espíritu Santo, quien, de acuerdo con la fe católica es el verdadero autor de los Salmos, y que lo que revela en el Salterio lo hace poéticamente, por lo cual solamente puede ser comprendido totalmente sometiéndose a una experiencia análoga a la de su autor. Al decir esto no quiero implicar necesariamente que todo el mundo deba leer o recitar los Salmos en el original hebreo, lengua en la que posee su auténtica e íntegra forma artística.

Actualmente, la simplicidad y universalidad de los Salmos como poesía es accesible a cualquier mente de todas las edades y lenguas. Por otra parte, opino que nadie penetrará en su sentido poético si no comprende de algún modo sus profundas cualidades religiosas y universales. Los Salmos son más que poemas, son poemas religiosos. Esto quiere decir que la experiencia a que tiene que someterse el lector es no sólo poética, sino también religiosa. La poesía religiosa—distinta del simple verso devoto—es una poesía que surge de la auténtica experiencia religiosa. Esta no lleva consigo necesariamente la experiencia mística. La poesía devota está formada por versos que manejan temas religiosos y en algunos casos se mueve en un auténtico nivel poético.

El simbolismo humano de los Salmos, primitivo y simple como es, no debe decepcionarnos al pensar que David tiene un dios antropomórfico. Este error sólo lo pueden tener los materialistas, que han perdido todo sentido de la forma poética y que han olvidado, además, la insistencia violenta de los grandes profetas judíos sobre la trascendencia y la infinita espiritualidad de Javeh, que está por encima de todas las cosas imaginables y que ni siquiera tiene un nombre asequible. Para los que pueden penetrar en el contenido poético de los Salmos no hay duda de que el concepto de David sobre Dios es totalmente puro. Su Dios domina todas las cosas y se puede manifestar a través de todas ellas. Los hombres que escribieron los Salmos caían en éxtasis cuando veían a Dios en el simbolismo cósmico del universo creado por El:

Los cielos proclaman la gloria de Dios
y el firmamento la obra de sus manos...

La función de los símbolos cósmicos del Salterio es importante. La revelación de Dios al hombre a través de la naturaleza no es una propiedad exclusiva de ninguna religión. Es algo compartido por toda la raza humana y que constituye el fundamento de todas las religiones naturales. La visión de Dios en la naturaleza es el preámbulo inicial para una fe sobrenatural, que depende de una revelación distinta y ajena a la naturaleza.

LA VISION DEL MUNDO DEL GENE-SIS Y LA CIENCIA

Incluso los modernos lectores que se sienten decepcionados por los Salmos «históricos», les atrae, sin embargo, la clave que presenta su simbología cósmica y la visión de Dios en la naturaleza. No hay que olvidar que la concepción cósmica del Viejo Testamento posee elementos que comparten los cultos de los gentiles. Los autores sagrados, y particularmente el autor del Génesis, habla de temas que aparecen en otras religiones del Próximo Oriente. No obstante, estas nociones las purifica y eleva, convirtiéndolas en símbolos de toda la humanidad e impidiendo que se degraden, como ocurrió luego en otros lugares en mitos politeístas.

De todos es sabido el entusiasmo con que los racionalistas del pasado siglo acogieron el supuesto descubrimiento de que la Revelación estaba fabricada con materiales tomados a otras religiones, que los símbolos del Viejo Testamento eran semejantes a los de otros cultos orientales y, finalmente, que el Nuevo Testamento utilizaba un lenguaje y unos conceptos que presentaban grandes semejanzas con la filosofía platónica, el lenguaje ritual de los cultos, de los misterios, y la estructura mitológica de diversos pueblos. Todavía está hoy lleno el mundo de personas honradas que suponen que este paralelismo debilita en cierto modo las pretensiones cristianas de poseer una revelación divina exclusiva.

Los escritores del Viejo y del Nuevo Testamento eran hombres simples. El hecho de que los escritores bíblicos fueran inspirados, no es óbice para que se vieran obligados a revestir sus ideas con palabras cogidas al vocabulario corriente de su cultura y su tiempo. Cuando Dios inspiró al autor del Génesis el auténtico relato de la creación del mundo, él pudo expresarse por algún milagro especial en el lenguaje de la paleontología moderna. Pero si lo hubiera hecho así, el Génesis sería totalmente inaccesible para todo el mundo, excepto para el paleontólogo de nuestra época. En lugar de ello, la narración de la creación se escribió en la forma de un poema que hace uso libre del simbolismo cósmico que es común a toda la humanidad primitiva.

Los que se alejaron de este simbolismo presentaban aún que algo había venerable en la realidad, en la peculiaridad de las cosas que viven y se desarrollan, pero no llegaban a penetrar en ellas. Eran incapaces de ver que la divinidad de la criatura es sólo un vestigio de Dios. Las tinieblas se habían instalado sobre un universo translúcido. Los hombres tenían miedo y los seres tenían un significado que no podían llegar a comprender. Por eso se aproximaban a ellos con ritos supersticiosos.

La corrupción del simbolismo cósmico puede ser entendida por una simple comparación. Es semejante a lo que ocurre a una ventana cuando un cuarto cesa de recibir la luz del exterior. En tanto que ésta penetra vemos a través del cristal. Cuando llega la noche todavía podemos distinguir algo, si no hay luz en el interior del cuarto. Cuando encendemos sólo nos vemos nosotros y el cuarto. Adán y Eva veían la creación a través de la ventana. Los patriarcas estaban en la segunda situación, pero los gentiles comenzaron a olvidar el cielo y sus propias luces les hicieron ver el mundo de acuerdo con lo que distinguían. Es cierto que se conservó alguna pureza original de la revelación natural de las grandes religiones orientales. Restos de ella se encuentran en las Upanishadas del «Baghavat Gita». Pero el pesimismo de Buda es una reacción contra la degeneración de la naturaleza por el politeísmo. De aquí que en el misticismo oriental la naturaleza no sea ya un símbolo sino una ilusión. Buda sabe ya muy bien que los reflejos de la ventana son sólo proyecciones de nuestra existencia y de nuestros deseos, pero no reconoce que es una ventana y que

sólo puede ser iluminada desde fuera. Esta concepción está muy lejana del simbolismo cósmico, tal como lo expresan de manera brillante y clara los Salmos cuando David canta: «¡Oh! Señor, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra; tú que has exaltado tu majestad por encima de los cielos...»

EL SACRAMENTO DE LA ESCRITURA

San Agustín no vacila en aplicar a las Escrituras el término analógico de Sacramento. Nadie debe sorprenderse del uso de la expresión «Sacramenta Scripturarum» cuando recordamos, por ejemplo, la reverencia externa con que la Iglesia ensalza la dignidad del Evangelio en una misa solemne. Este trato de consideración semeja en no pequeña extensión a los honores que se conceden al propio Santísimo Sacramento.

Las Escrituras son uno de los dos grandes Sacramentos de la Iglesia, pues la palabra de Dios es viviente y tiene un efecto más penetrante y real que una espada de dos filos, alcanzando la división del alma y del espíritu y discerniendo también los límites de los pensamientos y las intenciones del corazón. Todas las palabras reveladas de Dios son manifestaciones parciales del Verbo, que es el esplendor de la verdad divina. Es por eso por lo que Jesús dijo: «Buscad en las Escrituras... ellas dan testimonio de mí.»

Cuando cantamos estos versos como los viejos santos debieron hacerlo, experimentamos la verdad que los Padres revelaron en sus escritos. Quien canta los Salmos experimenta una especie de transubstanciación. Ponemos todo lo que tenemos, o más bien toda nuestra pobreza, que es lo que no tenemos, en las manos de Cristo. El es quien es todo y quien nos da el don de su palabra. Consagrado por el contacto con la pobreza asume el papel de libramos de ella y al encontrarnos con su pobreza, la nuestra nos hace infinitamente ricos: en sus sufrimientos nuestras derrotas se convierten en victorias y su muerte en vida eterna.

¿Qué es lo que ha ocurrido? Hemos sido transformados. El proceso es más que una trágica catarsis. Es más que el impacto psicológico de una

obra de arte, en la que nuestras emociones, a través de una crisis dramática, se liberan en una solución poética o artística. Es algo mucho más profundo. Es una transformación operada en nosotros por poder del Espíritu Santo que vive y actúa en las palabras que El nos inspira. El es, si queréis, el poeta, pero es también la poesía. El peculiar impacto místico que ciertos versos de los Salmos producen es un profundo silencio en el corazón de los contemplativos y pues entonces el espíritu se reconoce, cantando en nosotros mismos. En medio de este descubrimiento nos transformamos. Dios se revela a sí mismo en sus propios Salmos.

EL SILENCIO DE LOS SALMOS

Los Salmos son más que un lenguaje. En ellos está contenido el silencio de las altas montañas y de los cielos. Solamente cuando estamos en el fondo de un valle es cuando nos resulta difícil distinguir el lenguaje del Salterio del de los hombres. El Salterio sólo comienza a hablarnos cuando somos llevados por Dios y llevados a El en medio del silencio. Si logramos esto, los Salmos se convierten en el Tabernáculo de Dios, que nos protege para siempre del furor de la ciudad, de la intriga de las opiniones humanas, del salvaje carnaval que llevamos en nuestros corazones y de todo aquello que los antiguos santos llamaban Babilonia. Los Salmos son el nuevo cántico, el «canticum novum», el cántico de aquéllos que vuelven a nacer en una nueva creación, el cántico de aquéllos para los que no hay ley porque en ellos Cristo la ha realizado. ¿Cómo entonces pueden los Salmos ofrecerles un método, una técnica, que es tanto como decir una ley de la contemplación? El verdadero significado de los Salmos es totalmente aprehendido por aquellos que se han sumido por una experiencia de la gracia de Dios, más allá de los límites de cualquier regla o método. El nuevo canto de los Salmos es el cántico de los hijos de Dios, que no viven bajo otra norma que la de Dios Padre, que es su propia regla. Su amor es su ley, por ello hacen siempre lo que le place. Tanto es así que no puede hablarse de ley, ya que ha sido suprimida, porque ha sido totalmente cumplida.

CUIDA TUS DIENTES.
SON INDISPENSABLES PARA
TU SALUD Y BELLEZA.



Masticarás bien los
alimentos.
Pronunciarás co-
rrectamente las pa-
labras.
Tendrás un rostro
más bello.

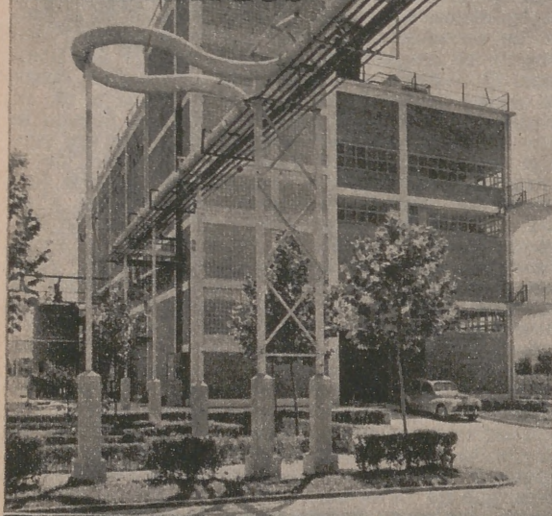


(ES UNO DE LOS «DIEZ CONSEJOS» DE LA
«CAMPAÑA PROFIDEN DE HIGIENE DENTAL»
1953-1954, DIRIGIDA A LOS ESCOLARES DE
PRIMERA ENSEÑANZA, Y QUE «PROFIDEN»
PUBLICA PARA HACER LLEGAR LOS BENEFI-
CIOS DE SU LABOR DIVULGADORA AL MAS
EXTENSO NUCLEO INFANTIL.)

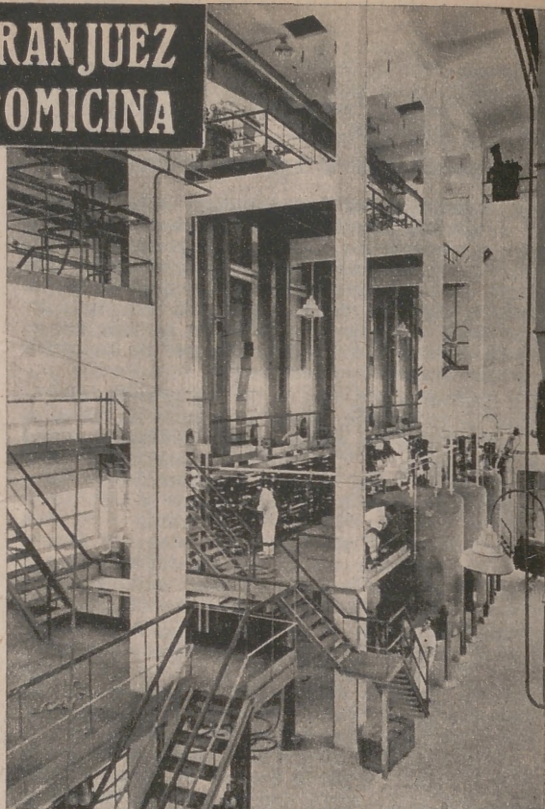


SE HA INAUGURADO EN ARANJUEZ LA FABRICA DE ESTREPTOMICINA

ESPAÑA SE SITUA ENTRE LAS PRIMERAS NACIONES PRODUCTORAS DE ANTIBIOTICOS



Conducciones exteriores de la nueva fábrica de estreptomicina de Aranjuez, inaugurada recientemente



Interior de la nave de extracción de la fábrica de estreptomicina. Es la primera inaugurada en España

RECIENEMENTE se ha inaugurado en Aranjuez la Fábrica de Estreptomicina construida en aquel Real Sitio por la Compañía Española de Penicilina.

A los actos asistieron destacadas personalidades, y fué especialmente invitado el Profesor Waksman, en honor del cual se descubrió una lápida.

Los actos inaugurales fueron presididos por mister James H. Sharp, Presidente de la Merck Sharp & Donme, y por el Presidente de la Compañía Española, señor Basagoiti.

Las nuevas instalaciones, modelo en su género, permiten el abastecimiento total de las necesidades de estreptomicina.

Esta nueva Fábrica, lo mismo que la de Penicilina inaugurada en 1951, se ha llevado a cabo de acuerdo con los dictados y normas de la Merck norteamericana, Empresa colaboradora de la Compañía Española de Penicilina.



El presidente de la Compañía Española de Penicilina con mister James H. Sharp, presidente de la Merck



El señor Basagoiti felicita al profesor Waksman después del descubrimiento de una lápida en su honor

Indudablemente, el gran complejo industrial creado en Aranjuez representa actualmente realidades de una potencia técnica que aun no hace mucho considerábamos como casi imposible en nuestro país, y ello nos sitúa definitivamente entre los primeros países productores de antibióticos.

Por esto debemos sentirnos orgullosos de que el capital español afronte estos problemas con un amplio concepto, no ya de las necesidades del país, sino del prestigio que España merece ante el mundo.

LOS TIROLESES

JULIO ESCOBAR

NOVELISTA CON EXPERIENCIA

El autor de "Teresa y el cuervo" recibe el homenaje de las fuerzas vivas de su ciudad natal

"DESDE QUE YO ERA UN CHIQUILLO HE PARTICIPADO ACTIVAMENTE EN LA VIDA DE AREVALO"

Un hombre sin enemigos

JULIO Escobar es uno de los escritores contemporáneos nacidos en Arévalo que más entrañablemente presente ha tenido la evocación de su ciudad natal en su obra literaria, enalteciendo su historia y sus costumbres. Pero, además, Julio Escobar pasó su primera juventud en Arévalo, y de ella se tiene una constancia fecunda de su actividad, principalmente a través de aquel inolvidable periódico «La Llanura», que fundara y dirigiera. Julio Escobar, a su medio siglo de existencia, ha logrado definitivamente un sitio prestigioso en las letras nacionales a través de su colaboración constante en los periódicos de más prestigio y circulación del país, y principalmente en el libro. La crítica nacional ha sido unánime en el reconocimiento de Julio Escobar como uno de los grandes escritores de nuestro tiempo, entre cuyas características destacan una brillante disposición descriptiva y una prosa castiza y clásica.

Así arranca la convocatoria con que la ciudad de Arévalo, por medio de sus hombres más representativos, invita a un homenaje a este hijo suyo que tan clara prueba de amor por su tierra ha sabido dar y con ocasión del éxito alcanzado por su último libro «Teresa y el cuervo», en el que se recoge la entraña y estilo de su Castilla.

Una cosa y otra, libro y homenaje, nos han llevado a la charla con Julio Escobar. El es suficientemente sencillo, acogedor y abierto para que la conversación tome cuerpo y crezca sin dificultades, apenas pronunciadas las inevitables palabras de las presentaciones.

Medio despoblada la cabeza,

ya canosa, pobladas las cejas, franca mirada de leal castellano, Julio Escobar es un hombre sin poses y sin afectación. Un tanto ceremonioso, con este sentido de la corrección extremada, un poco pasado de moda, habla de él mismo con elegante ausencia de vanidad y falsa modestia, como si hablara de otra persona cualquiera.

Sin embargo, sabe poner entusiasmo en lo que dice y en la manera de decirlo. Incluso en algunos puntos de la conversación llega a apasionarse como hombre que se entraña en lo que le ocupa y le preocupa. Sabe ser rotundo en sus afirmaciones, sin pizca de compromiso alguno, y ante los nombres o situaciones que saltan en el curso de la conversación niega o afirma con entusiasmo, casi con pasión, aunque luego tenga siempre dispuesto el ademán paliativo, la palabra suavizadora, la ponderación comprensiva.

Empezamos hablando de libros y así salen los títulos de los suyos al diálogo. La última obra de su producción es la primera en ocuparnos.

CAMPANY.—«Teresa y el cuervo», ¿supone para usted algo más que un nuevo título?

ESCOBAR.—«Teresa y el cuervo» es, ante todo, para mí, la novela de Arévalo. Era una deuda que tenía con mi pueblo, y que estaba obligado a satisfacer. Está centrada en Arévalo, durante el primer cuarto de siglo, aunque la última parte la desarrollo veinticinco años después, para ofrecer la serie de cambios que en la ciudad, como en la vida toda y el mundo en general se han operado.

JIMENEZ.—¿Ha agradecido



Arévalo su intención y su logro?

ESCOBAR.—Aunque ya saben ustedes el refrán de que nadie es profeta en su tierra, puedo decir que yo lo he sido en la mía. La novela ha encontrado un gran eco de mi tierra. Arévalo ha respondido de modo excelente hasta un punto como yo no podía sospechar. Pueden ustedes decir que ello es lo que más me ha satisfecho y complacido.

HOMENAJE DE AREVALO A SU ESCRITOR

Julio Escobar se levanta y nos trae un pliego, en el que se anuncia el homenaje que Arévalo le prepara para el día 12 de octubre, Fiesta de la Hispanidad. Encabezadas por el Alcalde, don Juan José Gómez Sáinz, todas las autoridades y personalidades—las fuerzas vivas, por decirlo con frase acreditada—figuran como firmantes.

Los actos para esta fiesta en torno a Julio Escobar han sido minuciosamente preparados y previstos por los organizadores. Ese día, coincidirán en Arévalo hombres de las letras y del periodismo. Juan José Pradera, Vicesecretario de Secciones del Movimiento; Juan Aparicio, director general de Prensa; Emilio Romero, presidente del Hogar de Arévalo en Madrid; Francisco Guillén Salaya, el marqués de la Valdavia, Rafael Sánchez Mazas, Francisco Casares, Serrano Anguita y Juan Carlos Villacorta estarán presentes en el agasajo popular y cordial que recibirá el escritor. Cuando Julio Escobar nos habla de ello, deja claramente ver hasta qué punto se halla emocionado. Y al explicarnos que en la casa donde él naciera, de la an-

tigua calle de Zapateros, será descubierta una lápida que lo atestigüe, lo hace con vehemencia, casi con un infantil entusiasmo, como de hombre que se siente contento por haber alcanzado su mayor aspiración.

AMIGO DE LAS COSAS Y DE LOS PAISAJES

Hablando de Arévalo, de su estancia y su ausencia, salen a relucir viajes y paisajes, todo el afán viajero y de amor por la España dramática y entrañable de los pueblos castellanos que Escobar ha vivido y conocido.

—Desde que yo era un chiquillo—nos dice—he participado activamente en la vida del pueblo. Yo era allí un desocupado, sin otras ambiciones que la lectura y el estudio. Así, que todos me llamarán, que con todos hablara que a todos conociera. Desde los bailes populares con las mozas hasta los herméticos salones encoquetados, donde se reunía la corta aristocracia de la ciudad; desde los festejos callejeros a las tertulias literarias y los cabildos políticsoculturales, yo estaba presente en todo. Mi falta de ambición hacia los cargos y las prebendas, hacía que pudiera ser amigo de todos, que fuera un hombre sin enemigos. Después cuando a los veinticinco años vine a Madrid, seguí sintiéndome ligado a mi pueblo, y esta ligadura nunca se ha roto y espero que nunca se romperá.

Julio Escobar ha sido amigo de viajar. Le ha gustado ver las cosas y los paisajes con sus propios ojos, hablar por propias experiencias, conocer las gentes y sus lugares viviendo con ellas y en ellos. Le ha gustado andar y ver. Libros de impresiones humanas, de cada pueblo y comarca, son los suyos.

CAMPANY.—¿Cuántos libros han salido de sus andaduras?

ESCOBAR.—Mi primer libro se tituló «Azulejos españoles», y es un libro de viajes por España, ahondando fuera de las rutas turísticas, las costumbres y el elemento humano de sitios casi desconocidos. Después, vino «Andar y ver», al que yo substituí «Breviario de un observador».

JIMENEZ.—¿Y «El hidalgo de Madrigal»?

ESCOBAR.—Quise hacer el libro de Madrigal de las Altas Torres. En Madrigal nació Isabel la Católica, el Tostado, el cardenal Quiroga, y murió fray Luis. Tengo a Madrigal por la villa de más espiritualidad de toda España. Allí, además, se desarrolló la aventura del Pastelero. Todo esto y el pertenecer Madrigal al partido de Arévalo me incitaron a escribir el libro.

CAMPANY.—¿Experiencia personal de Madrigal?

ESCOBAR.—La mejor. Vivi durante algún tiempo en una posada de Madrigal, conviviendo con sus gentes, entrando en sus casas, conociendo sus fiestas y sus duelos, andando sus caminos, empapándome de su paisaje.

A nosotros, el nombre de Madrigal nos despierta recuerdos de palabras imborrables, de versos queridos, de evocaciones emocionantes. Mientras Julio Escobar habla de Madrigal, se nos vienen a la memoria y se nos va la imaginación por aquellas piedras ascéticas que mordían el polvo de Castilla en los duros enesilabos de don Miguel de Unamuno, por aquellas palabras en las que asomaba su nombre a esmaltar la prosa nobilísima con la que José Antonio dijera de Castilla.

CINCO MECANOGRAFAS Y UN MILLONARIO

JIMENEZ.—¿Obra entre muchos?

ESCOBAR.—Después de escribir el libro de Madrigal y el de Arévalo quiero escribir ahora una novela de Madrid. Será una novela que tal vez sorprenda a quienes señalan como característica esencial de mi estilo el casticismo y el costumbrismo. Quiero escribir una novela actual, aunque, desde luego, española. El mismo título puede ser ya un indicio de mi propósito; se llamará, un tanto con sabor cinematográfico: «Cinco mecanógrafas y un millonario».

CAMPANY.—¿Cree usted merecido el calificativo de castizo y costumbrista que la crítica le aplica?

ESCOBAR.—Tienen razón los que observan en mi prosa el uso de vocablos antiguos, de arcaísmos y giros del castellano viejo. Pero esto no es cosa que yo me la haya sacado de la manga, sino que responde a una realidad: por Castilla se habla todavía así.

JIMENEZ.—¿Qué piensa de la novela de hoy en España?

ESCOBAR.—Tengo interés en que digan que creo que la literatura española ha estado siempre en primera línea. No tenemos nada que envidiar a ningún país. La mejor manera de no ocupar un puesto digno en nuestra literatura es dejarse llevar por influencias extranjeras. Los españoles que quieran ser universales tendrán que hacer literatura española: novela española, teatro español... España es un país con unas posibilidades inmensas para la literatura, es un país dramático, con un paisaje dramático; su literatura ha de ser también, por fuerza, dramática e intensa. Bien es verdad que en la novelística actual se ha producido el bache natural de la guerra, pero creo que hoy estamos en una etapa de resurrección.

CAMPANY.—¿Nombres?
ESCOBAR.—Sánchez Mazas. Delibes es un gran novelista. Ledesma Miranda ha escrito una novela admirable, «La casa de la fama».

«ESCRIBIR DEMASIADO JOVEN ES UNA EQUIVOCACION»

JIMENEZ.—«Teresa y el cuervo», ¿es una novela dramática?

ESCOBAR.—En mi última novela existe, sin duda, un fondo dramático, pero no llega a ser una novela sombría. Castilla no es un paisaje sombrío solamente, sino también alegre; el castellano es alegre, garboso. Ahí están sus fiestas, sus bodas, sus capeas, sus romerías, sus bailes y ¡su cielo!

CAMPANY.—¿Piensa mantener su producción futura en el mismo tono?

ESCOBAR.—No, no. Pienso escribir obras de otras características, pero primero quería cumplir con mi deber de español. En mis primeros libros he puesto todo cuanto amo a España y a Castilla. He viajado por Francia e Italia, pero apenas he dejado constancia escrita de estos viajes, excepto alguna aislada crónica, a pesar de que guardo recuerdos de ellos suficientes como para llenar algún libro. Alguna vez lo escribiré. Creo que estoy en la mejor edad para producir. Yo empecé a escribir más bien tarde. Mi primer libro, «Azulejos españoles», se publicó cuando ya había cumplido los cuarenta años. Pero es que creo que el escritor se debe hacer. Empezar a escribir demasiado joven es una gran equivocación. No he conocido a ningún escritor importante que no diera su bazo derecho por borrar la obra escrita en los años de su primera juventud.

JIMENEZ.—¿No le han llamado otros géneros literarios?

ESCOBAR.—Me interesa mucho el teatro y quisiera trabajar en él. Colaborando con Guillén Salaya escribí una comedia que se llamó «La mujer de cera», y que fué estrenada en Madrid con buen éxito. Eran las vísperas del Movimiento, y las circunstancias que envolvieron a España cortaron estos primeros intentos de mi asomada al teatro.

CAMPANY.—¿Qué teatro cree que se debe escribir hoy en España?

ESCOBAR.—La alta comedia y el drama.

JIMENEZ.—¿Autores de hoy?

ESCOBAR.—Buero Vallejo. Me interesa mucho todo lo que hace, aunque es un autor quizá demasiado sombrío. Ruiz Iriarte, Calvo Sotelo, Juan Ignacio Luca de Tena es un gran dramaturgo; tiene muy buena carpintería. Es mucho mejor autor que periodista. Bueno, pongan ustedes también Pemán.

CAMPANY.—¿Algún joven?

ESCOBAR.—He visto estos días «La mordaza», de Alfonso Sastre. Si la obra, en vez de ser un drama folletinesco francés, hubiese sido un drama español, habría sido un tipo espléndido. Creo que puede llegar a ser un gran autor. Que haga una cosa española, y es todo seguro de que triunfará plenamente.

CRITICA Y PAISAJE DE «TERESA Y EL CUERVO»

JIMENEZ.—¿Contento con la crítica de su novela?

ESCOBAR.—Contentísimo. La

Julio Escobar en su mesa de trabajo



Prensa catalana y la madrileña se han volcado en el elogio. Lo que más me ha gustado de lo que han dicho de ella es que es un libro español hasta la médula.

CAMPANY.—¿Ha tenido también éxito de público?

ESCOBAR.—Enorme. Se han vendido muchos ejemplares en muy poco tiempo. Si las señoras, que son mis lectoras favoritas, se sienten decepcionadas porque mi protagonista, en vez de casarse, entra en un convento, deben pensar que éste era el inevitable desenlace: el final lógico, porque ésa es la reacción más española.

CAMPANY.—¿Qué otro acierto, que le parezca atinado, ha señalado la crítica?

ESCOBAR.—Un crítico muy sagaz ha dicho que en esta obra no se presenta a los personajes, sino que ellos se presentan solos, por ellos mismos; que dan noticias de sí a través de sus actos, y no por la presentación que de ellos hace el autor.

JIMENEZ.—Esto roza con la teoría de Ortega sobre la novela, ¿no?

ESCOBAR.—Exacto, exacto.

CAMPANY.—¿Y el paisaje? ¿Cree usted que es un elemento esencial en la novela?

ESCOBAR.—Sí, sí. En toda novela debe haber mucho escenario, mucho paisaje, mucho ambiente. Somos todos hijos del paisaje, de la Naturaleza, de Dios. El «en dónde» es fundamental en la vida de todo ser humano. Es claro que la diversidad del paisaje interviene en la psicología de los personajes. Si las mismas piedras, las mismas flores, son distintas en un paisaje que en otro, ¿cómo no van a ser distintos los hombres?

Nos hemos despedido de Julio Escobar. La entrevista ha terminado con el inevitable rito de las dedicatorias; unas dedicatorias cordiales, de amistad brindada. Ya en la calle, por entre los encontronazos con la gente que pasa, ligera, por la Costanilla de los Angeles, Preciados y barahunda de Callao, las páginas de «Teresa y el cuervo», que el azar ha abierto, nos traen un trozo de la prosa de Julio Escobar, donde el paisaje de Arévalo adquiere acabada descripción en su plaza de San Pedro. Es un trozo de castellano que bien puede valer como representativo del modo y manera con que Escobar ve y cuenta.

«Era verano. Olía a erás, a lumbre de paja y boñigas, a remiendos. Todo, con el fuego solar, se hacía polvo. Ni una nube siquiera en la inmensidad azul del cielo. El suelo, amarillo, pálido, de muerte. Las lagartijas rubricaban veloces por las tapias grises, deslizadas en el abandono. El barrio entero de San Pedro desmigajándose, abierto en rajás. Por sus calles abundaban los viejos, los perros y las moscas, en armónica convivencia: los viejos, renegridos y rugosos, apañados en sus trajes oscuros, pardos y deslucidos por el excesivo uso, de rengados a la sombra, miraban la charca solar como batracios; los perros, escualidos, canteados, escamones; las moscas, pegajosas. Algunas casas aun estaban ensabanadas por el jalbegue, con su puerta incrustada en característico arco castellano, o, cuadrada y partida en horizontal. Y silencio, paz y silencio, en estas horas de sol, de camposanto.»

(Fotografías de Mora.)

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA (ACADEMIA)

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA
LITERATURA FRANCESA



CON
DISCOS

(corriente y en microsuro)

SIN
DISCOS

Cursos fonobilingües

Poliglophone

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

«Obsequiamos con un tocadiscos miniatura»



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.....

señas

solicita información GRATIS sobre el curso o cursos siguientes.....

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

2 grandes concursos

La gran publicación mensual

ELLERY QUEEN Selecciones policiacas

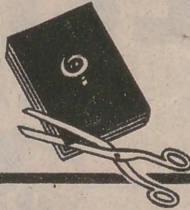
Edición Española de "Ellery Queen's Mystery Magazine"
SELECCION DE LAS MEJORES NOVELAS POLICIACAS
OFRECE A SUS LECTORES UN

GRAN CONCURSO

PRIMER PREMIO
5.000 Ptas.
SEGUNDO PREMIO
2.000 Ptas.
TERCER PREMIO
1.000 Ptas.
Y 20 PREMIOS MAS DE
100 Ptas.
CADA UNO

HORIZONTALES. - 1: Letras. - 2: Nación Sud Americana. - 3: Dejarás sin efecto. - 4: Nuevo procedimiento cinematográfico. - 5: Pato. Apellido de un nombrado cronista deportivo. - 6: Lacos.
VERTICALES. - 1: Ladrón. - 2: Reforzante. - 3: Mancho en la piel. - 4: Cosa de gran bulto. - 5: Querer. - 6: Vocifere. - 7: Ciudad Norteamericana en plural. - 8: Poner al fuego.

P i c o a
c o r t a r y
e
n v i a r c o n
l a s o l u c i ó n



BASES: Para tomar parte en este concurso bastará remitir a EDITORIAL AHR, Aribau, 178, BARCELONA, la solución exacta del presente crucigrama, acompañada de la cantonera inferior izquierda de la última página de las cubiertas de cualquier ejemplar de SELECCIONES POLICIACAS.

Los premios serán otorgados, mediante jurado presidido por un Notario, a los máximos acertantes, procediéndose a un sorteo entre ellos para la adjudicación de los diferentes premios.

Este concurso quedará cerrado el 15 de NOVIEMBRE próximo y su resultado se dará a conocer por medio de la prensa.

Solución que remite acompañada de la cantonera de un ejemplar de SELECCIONES POLICIACAS.
D. _____
Domicilio _____
Población _____
Provincia _____

Premio novela policiaca ELLERY QUEEN

Al objeto de incrementar la afición y desarrollo de la novela policiaca en España, las «Selecciones Policiacas Ellery Queen» convocan un concurso literario que se ajustará a las siguientes

B A S E S

- 1.- Podrán participar en este certamen todos los escritores españoles que residan en España o en Hispano-América.
- 2.- Las obras serán originales escritas en castellano y deberán presentarse mecanografiadas a una sola cara y a dos espacios, en hojas tamaño holandesa.
- 3.- Se enviarán los originales que se desee, por triplicado y firmados por el autor indicando su dirección a EDITORIAL AHR, Aribau, 178, Barcelona (España), poniendo en el sobre «PARA EL CONCURSO DE NOVELA POLICIACA «ELLERY QUEEN». El plazo de admisión se cerrará, indefectiblemente, el 31 de diciembre de 1954 a las 12 de la noche.
- 4.- La extensión del original no podrá ser inferior a 100 hojas mecanografiadas a dos espacios y por una cara, ni sobrepasar las 150 hojas.
- 5.- El premio «ELLERY QUEEN» consiste en diez mil (10.000) Ptas. en metálico. Será indivisible y no podrá ser declarado desierto.
- 6.- La obra premiada será incluida en un número extraordinario de la «Revista de Misterio Ellery Queen» que publica EDITORIAL AHR mensualmente.
- 7.- El premio será considerado como pago de los derechos de autor de la primera edición. Caso de publicarse otras ediciones el autor recibirá un 10% en concepto de derechos de autor.
- 8.- EDITORIAL AHR tendrá un derecho de opción sobre todas las obras presentadas.
- 9.- El Premio será otorgado por un Jurado compuesto de siete miembros cuyos nombres se darán a conocer oportunamente.
- 10.- El Premio se adjudicará mediante el sistema de votación «Goncourt».
- 11.- El Jurado dará su fallo en Madrid en la noche del martes de Carnaval (15 de febrero de 1955). El fallo del Jurado será inapelable.

Barcelona, 1.º de agosto de 1954.

EDITORIAL AHR - ARIBAU, 178 - BARCELONA

NOBLEZA GANADA



SE ESTABLECE EL TITULO DE CONDE DE LA CIERVA PARA DON JUAN DE LA CIERVA Y CODORNIU

EL INVENTOR DEL AUTOGIRO FUE UN HOMBRE ADMIRABLE

El nombre y la aventura de don Juan de la Cierva y Codorniu saltan ahora al ánimo y al entusiasmo actual de los españoles a través del reconocimiento oficial de su nobleza. Nada tan esperanzador como esta prueba de que la sangre se inventa y nada hay tan legítimo como aquello que forjamos con la voluntad. Reciente, y a la vez antiguo, el condado de La Cierva, resume el ingenio de la cabeza y la reciedumbre humana que fueron límites sin límite de un hombre entero y admirable, prólogo y palabra final, a pesar del tiempo, de una experiencia científica.

Va a hacer muy pronto dieciocho años de su muerte. El trazado y la semblanza de su personalidad que se prolonga hacia nosotros y de nosotros se alejará por la Historia adelante, hondamente viva, porque sólo la biología es pura anécdota, mientras que la sugerencia fundamental, la idea cierta, especie angélica e inacabable, se aquieta y permanece por los siglos de los siglos. El movimiento es simplemente biológico y la biología es, además, silencio. Lo que no es silencio, naturalmente, es la palabra. Y como en la palabra hay algo siempre de divino, la palabra es inmóvil. Y quiero decir con todo esto que don Juan de La Cierva y Codorniu, conde de La Cierva, gana por derecho propio cada día la actualidad que hoy le rendimos.

ESBOZO, O SEA, PRIMERAS PINCELADAS

La idea guía que arrastró en pos de sí las posibilidades mentales de don Juan de La Cierva es, sin duda, una idea cordial. Y era: eliminar los accidentes de aviación producidos por la pérdida de velocidad. Aparte los dibujos, los croquis y la plasmación, mecánica, la idea es eminente-

mente caritativa. Su plena figuración humana va de acuerdo con esta idea. La Cierva era un hombre bondadoso. Cumplidor exacto de su deber, su fidelidad le llevó a la muerte. De enorme actividad, de ingenio rapidísimo y minucioso, su primera concepción aeronáutica es aun consultada y aun se vuelve—existen casos concretos que ya serán referidos—a ella.

Don Juan de La Cierva es, además—«es», quiero decir actualidad—, un hombre de idea única, desarrollada por un personalísimo cauce a lo largo de toda su vida. Dice Stefan Zweig, y así es, que los hombres de una sola idea son los más fuertes. Resulta excepcional entre los latinos hallar un espíritu obsesivo en este aspecto. Pues bien, La Cierva es un ejemplo. Desde sus primeros pasos en la afición que habría de conducirle al invento, cuantas ideas, cuantos estudios, cuantas indagaciones llevó a cabo partían y volvían de nuevo a lo mismo: evitar los accidentes de aviación producidos por la pérdida de velocidad. Hay en su vida momentos de una emoción fabulosa. Verdadero creador y recreador de una obra sin antecedentes que abría nueva rama a la técnica aérea, probó la angustia crucial del examen público y el manjar del triunfo. Y es magnífico pensar que esa criatura que va a ser salvada—según dicen los periódicos—gracias a la ayuda de un autogiro que logró recoger de un barco en la mar embravecida un pulmón de acero, se salva por el corazón y el ingenio de nuestro compatriota. Un autogiro he dicho, y no un helicóptero. Tal nombre no es más que una suplantación, y su artilugio técnico, una variación sobre el mismo tema.

AVIONES DE PAPEL

Juan de La Cierva nació en Murcia el 1 de septiembre de





Juan de La Cierva (en el centro), con su madre y su hermano



El inventor del autogiro cuando tenía dieciocho años

1895. Su infancia transcurrió allí, y más tarde, hacia el año 1905, se trasladó a Madrid, donde centró para siempre su actividad. El curso 1910-1911 fué el último de su bachillerato, no estudiado con excesivo escrúpulo. Existe un anecdótico que es todo un perfil vocacional. Ya sabemos que toda vocación fuerte es pura rebeldía en sus primeros años. Sabemos que en los intervalos de las clases, y aun probablemente durante las clases a las que no asistía, pasaba el tiempo en lanzar por los huecos de las escaleras recortes de papel que, plegados convenientemente y, des-

de luego, magistralmente, descendían en suave y prometedor planeo. Concluido aquel curso, inició la construcción de moledos aeronáuticos de mas seriedad y complicación que los silenciosos y entusiastas planeadores de papel. Las construcciones se realizan ya con armadura de aluminio, endosando a la figura voladora un motor de caucho retorcido. Son modelos capaces de volar cien metros. Ayudado por un hermano suyo, de menor edad que el futuro inventor, inventor camino de su invento, ensayaba sus originales creaciones en los altos del Hipódromo y en las extensiones libres de los Cuatro Caminos. La evocación de la escena es agradable y digna. A primera vista no son más que dos adolescentes y su impenitente travesura. La escenografía de los Cuatro Caminos, que siempre tuvo algo de sainete tradicional y de verbena, de muchachas con niños al sol y de soldados, prestaba entonces su abolengo castizo a la circunstancia sin trascendencia de las infu-las voladoras de un mocito audaz, de poderosas alas. Muy bien podría titularse este capítulo «Experimentos con fractura», pues su enunciado condensaría pronto, y justamente, el balance de la audacia. Con fractura, en efecto. Y una vez repuesto de cuantas hubo, que fueron bastantes, amplió su gesto y el trabajo. Diseñó un planeador monoplano, y a continuación, un biplano.

Aquel verano fué de hondas meditaciones técnicas y de análi-

sis un tanto romántico—valga la expresión, un poco rara—, ya que a Juan de La Cierva le faltaban aún los fundamentos y las claves de un estudio sistemático y lógico. Fué la época, sin embargo, donde su cualidad distintiva logró el primer apunte, la urgente anotación de lo que aquel hombre iba a lograr. Y era la cualidad su aguda observación y la sobresaliente capacidad de actuar siempre en vista de la experiencia conseguida. Y en esta coyuntura llegó el «B. C. D.»

EL «B. C. D.» SE ESTRELLA

Vamos acercándonos a lo que, en términos deportivos, podríamos nombrar como «etapa reina» de esta gran carrera biográfica. Vamos acercándonos al gran esfuerzo, al palancazo definitivo no exactamente discriminado, sin embargo, en la conciencia del protagonista. Muy pocos genios—tal vez uno solo, Goethe—han sabido en el instante puramente creacional, en el trance indescriptible de la idea, de la múltiple resonancia de su genialidad.

Describamos aprisa. Meses después de sus experiencias de verano construyó, con la cooperación de un joven estudiante llamado José Barcala, y de un obrero entusiasta, Pablo Díaz, un avión con motor, el biplano «B. C. D.», cuyo bautismo respondía a las iniciales de los que en él intervinieron. Para evitar susceptibilidades, y por una elegancia innata, La Cierva adoptó el sistema del índice alfabético. Fué así, «B. C. D.». Este biplano marcó una pauta en la fiebre constructiva de Juan de La Cierva.

Se dedica de lleno al aprendizaje teórico, y el título de ingeniero coincide felizmente con la construcción de un trimotor multiploza de bombardeo, exponente ya serio de su originalidad, y cuya factura se haya actualmente inédita. Ocurria esto en el año 1919, cuando el flamante ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, contaba veinticuatro años. Tras los preparativos de acondicionamiento y los últimos toques minuciosos, llega el emocionante capítulo de la experiencia. No sé yo cuál fué el escenario. Los altos del Hipódromo o Cuatro Caminos, también. Yo digo a los biógrafos amplios y de adecuada lentitud que es necesario buscar en toda coyuntura el rastro de estas pequeñas cosas, de contextura, ciertamente, anecdótica, pero que guardan en sí la emoción elemental sobre la que es dable tejer más anchamente la rigurosa complicación de lo importante. No conozco el escenario. La Cierva, que había hecho el aprendizaje de piloto a bordo del famoso «B. C. D.», a escondidas de su familia, iba a probar ahora las posibilidades de su trimotor. He aquí, pues, que se introduce en la carlinga. He aquí que se eleva y he aquí, por último, que se desploma en una decepcionante barena que deshizo totalmente el aparato, sin que, afortunadamente, sufriera su tripulante daños de consideración.

El golpe, y la idea. Es un ramalazo, una claridad. Es necesario crear un aparato para el que no resulte fatal la pérdida de velocidad.

Aun nada hay concreto y todo queda por hacer. Sólo el ramalazo, la claridad. Pero ésta es, no



El autogiro del señor La Cierva volando sobre Madrid

obstante, la «etapa reina». De ahí en adelante la aventura se reduce en su dimensión verdadera a aplicación y consecuencia. A simple variante. La meditación comienza.

Y ENTONCES FUE CUANDO SE ELEVO EL AUTOGIRO

Vamos a ver si nos entendemos. Metidos a técnicos, y aun a mecánicos, quienes probablemente entrarán en barrena somos nosotros. De todas formas hay que decirlo. Para llevar a cabo su idea, la idea de Juan de La Cierva, era necesario convertir la sustentación en algo independiente de la velocidad traslativa del conjunto. De aquí la sugerencia de las superficies giratorias. Explicado así, ateniéndonos a la concatenación ideal del inventor, la conclusión no resulta excesivamente fuerte. Pero intenten ustedes retroceder a una cultura aeronáutica anterior. La idea es sorprendente, extraordinaria. Tal vez el secreto del genio no sea sino cuestión de matices, y vean aquí el matiz fundamental de la obra. Cada paso hacia adelante, cada mínima conquista, lleva en sí una enorme carga de genialidad.

Íbamos por las superficies giratorias. Desde su concepción al año 1921 transcurren, exactamente, dos. Dos años. Coulange no tenía razón. Coulange decía una vida de análisis para una hora de síntesis. A Juan de La Cierva le bastaron dos años. En 1921 dió con la concreción del autogiro.

Treinta y uno de enero de 1922. El autogiro de La Cierva va a ser probado en Cuatro Vientos. (Obsérvese: el destino y su misterio insisten continuamente: Cuatro Caminos, Cuatro Vientos... Es el destino, sin duda.)

Las pruebas, que fueron varias, se desarrollaron así: Se examinó en primer lugar el tipo «C-1», dotado de doble molinete horizontal, que no llegó a volar; el «C-2», ahora con molinete normal, que, por circunstancias ajenas a su autonomía, no llegó a volar tampoco, y el «C-3», con molinete horizontal y provisto de cinco paletas que, al fin, mostró un atisbo de sus posibilidades. Este conjunto de experiencias produjeron el tipo «C-4», que logró alzarse muy seriamente y en el que se realizó el primer vuelo y que se registra en el año 1923, 9 de enero. Continuó la meditación y el examen. Si las pruebas iniciales no habían resultado fallidas, tampoco había mucho de que envanecerse. En conclusión, poco había. Nada, en comparación con el ansia del inventor. Pero, por caminos de meditación y de inteligencia, se acercaba el tipo «C-5». Merece capítulo aparte.

NACE EL AUTOGIRO

He aquí el parte de guerra: «Por vez primera en el mundo un aparato volador, más pesado que el aire y distinto al aeroplano, ha recorrido un circuito cerrado de cuatro kilómetros de longitud a 25 metros de altura sobre el suelo.

Construido, como los anteriores, en los talleres de la Aviación Militar de Cuatro Vientos, el aparato volador de La Cierva hacia 110 kilómetros a la hora sosteniéndose en el aire a la velocidad mínima de 50 kilómetros. La



Un autogiro La Cierva volando sobre una ciudad norteamericana el año 1932

expectación es comprensible, pero del todo imaginable. Si el experimento había concluido felizmente en el aire, faltaba aún la gran prueba, la innovación del descenso. El autogiro debía aún definirse en su esencia. El piloto debió de pensarlo bastante, antes de decidirse. Una vez en el aire, y llegada la hora, la operación consistía simplemente en cortar motor y tirar de los mandos. Hasta entonces esto no era sino una locura. Un avión normal, indefectiblemente, entraba en barrena. Emoción y, por qué no decirlo, intriga. Y miedo, probablemente. Yo veo a Juan de La Cierva temeroso, como un niño, en el momento cumbre de su vida. El piloto tiró de los mandos. Era la muerte. Sin embargo, el aparato descendió suave y verticalmente. Y así nació el autogiro.

El 12 de diciembre del año 24, el autogiro recibió su consagración al volar, pilotado por el capitán Lórga, desde Cuatro Vientos a Getafe, y el 14 de octubre del 25 fué mostrado por vez primera fuera de España. La impresión que produjo, sobre todo en Inglaterra, consta en multitud de documentos históricos. Al año siguiente, es decir, en el 26, se creó en Londres una Sociedad que, bajo las orientaciones directas de Juan de La Cierva, se encargó de explotar, perfeccionar y difundir en todos los ámbitos los principios científicos del inventor, considerados sin excepción como impecables.

Doblada la curva de la victoria sólo restaba alejarse de la obra y contemplarla. Surgieron nuevos y más perfeccionados modelos. En todos ellos el ingenio de La Cierva residía en idéntico concepto. En la posibilidad de poder aterrizar sobre la superficie de seis metros de diámetro. En el interior de esa circunferencia continúa la clave. Circunferencia realmente mágica.

AMERICA: DERIVACIONES

En el año 1929, Harold F. Pitcairn, natural de Pensilvania, adquirió para América la licencia de construcción, y en el treinta y uno se formalizó la venta al público. Desde entonces, las variaciones introducidas en la mecánica de Juan de La Cierva no son sino pura anécdota y malabarismo. No exagero al escribir estos términos y ni siquiera me dejo llevar por el deseo de acercar el ascua a mi sardina. Nada, en absoluto. Invito a un estudio comparado de los modelos poste-

riores respecto al fundamental del invento español. Pensando de otra forma y utilizando el mismo argumento, Lumière no habría inventado el cinematógrafo ni Gutenberg la imprenta. El autogiro, llámese así o llámese helicóptero, es de La Cierva.

Si se me permite entrar en especulaciones técnicas, presentaré un caso en el que se demuestra cómo tras varios intentos de modificar en absoluto la idea del español, no hubo otro remedio, al final, que acudir a los principios fundamentales.

La introducción versaba sobre las aspas rotatorias, y su novedad se refería, si no me equivoco, al mayor o menor grado de alteración en el ángulo de incidencia de las dichas aspas. A partir de esta base, fué requerido el doctor J. A. J. Bennet, célebre técnico inglés de aviación, para realizar el diseño de un aparato. Ocurrió esto después de la última guerra y era la casa Fairey quien lo intentaba. Las primeras comprobaciones no dieron resultado. Las segundas, tampoco. Hubo entonces que rectificar, y tras dejar a un lado los revolucionarios principios, volver al cauce ortodoxo. Este es el hecho simplicísimo. Naturalmente, no es para alegrarse que el noble intento de adquirir, en Aviación o en lo que sea, una ventaja superior a la que pudiera rendir un anterior modelo, resultase fallido. Bien sabe Dios que por educación cívica y otra serie de cosas estamos al margen de tan absurdo fanatismo. Sin embargo, la realidad es esta: que el helicóptero Fairey, a igual que el autogiro La Cierva, recibe su impulso principal de un mecanismo que mueve, no las aspas rotatorias, sino un propulsor situado en una atleta que sobresale del fuselaje. De este modo —queda por decir— se evita también el balanceo. De todo lo cual resulta que el helicóptero Fairey es la plasmación en su máximo grado de genialidad, efectivamente, de los fundamentos de Juan de La Cierva.

Las posibilidades del autogiro son ilimitadas. Tal vez sea, y es asunto que parece fuera de duda, que ha de constituirse en el arma principal de la futura y posible guerra. No sólo en acciones de combate, sino en acciones de paz, con lo cual cumpliría su destino bastante mejor.



Llegada a Madrid, en un avión, de los restos mortales de don Juan de La Cierva

LAS LLAMAS DE SURREY HILL

Hay anécdota también en esta segunda parte de la historia, porque es sabido que el enfrentamiento del individuo y la novedad la produce fácilmente. He leído que Alfonso XIII asistió en Inglaterra a uno de los ensayos. La Cierva, que era un consumado piloto, quiso demostrar personalmente al Rey la quisicosa del autogiro. Pero era en los tiempos heroicos del aparato, y el autogiro se alzó violentamente. El Monarca, asustado de aquella imprevisita cabriola, se santiguó inconscientemente. Es suave y risueño este relato y todo es aprovechable, aun lo más distanciado, cuando se trata de un hombre y su obra. Todo es cultura y sugerencia, en definitiva.

Avancemos por la página adelante. Poco queda ya de la biografía, y lo poco que queda es bien triste. La estupidez sin contemplaciones de los políticos del Frente Popular le obligaron a marcharse a otra parte con su autogiro. Dicho de otro modo, es decir, teniendo en cuenta Versailles, fueron los vaivenes de la política los que le obligaron. Lo cierto es que se fué. El Movimiento Nacional sorprende a Juan de la Cierva en el extranjero. Inmediatamente se puso a su servicio. El Caudillo le confirió entonces la representación oficiosa en Inglaterra, ya que Londres no había reconocido oficialmente aún el Gobierno de Burgos. Y llegamos así a lo realmente triste de la historia. El 9 de diciembre de 1936 debía encontrarse en Alemania para concluir las negociaciones sobre un importante encargo de armamento. El

día de la partida amanece con niebla cerrada. La Cierva mira al cielo y comprende el peligro. A un general irlandés que colaboraba con la España nacional le convence para que desista de viajar aquel día. El, sin embargo, no vacila en tomar el avión, porque su deber es urgente y, además, es su deber. A la hora de la salida el piloto se niega a despegar. No obstante, el segundo piloto se ofrece a hacerse cargo del aparato. Era un «Douglas». Antes del despegue, en la carrera inicial, choca con varios obstáculos y se incendia. Pericieron todos los ocupantes. Juan de la Cierva tenía cuarenta y un años. Surrey Hill, cerca del aeródromo de Croydon, 1936.

LA VUELTA A LA PATRIA Y UN CONDADO

Juan de la Cierva y Codorniu, es un héroe de la Cruzada, caído en acto de servicio. Recibió sepultura en Inglaterra, pero una vez terminada en España la contienda, aquí fué trasladado con todos los honores, el 30 de octubre de 1946. Fué nombrado entonces comandante honorario del Arma de Aviación y se le concedió la Gran Cruz del Mérito Aeronáutico.

Y ahora, por justo decreto, ha sido premiada su nobilísima memoria con el título de conde, a perpetuidad, para él y sus descendientes.

Don Juan de la Cierva y Codorniu, conde de la Cierva, excelentísimo señor y señor natural, es —pura actualidad siempre— honra y palabra de España, hecha hoy tinta en el mismo corazón de la pluma.

Carlos Luis ALVAREZ

MAÑANA SERA OTRO DIA

UNA INTERPRETACION DE

A don José Camón Aznar
HOJEANDO el libro magnífico de Camón «Las artes y los pueblos de la España primitiva», nos sorprende la semejanza entre las figuras del arte paleolítico y las que ilustran los periódicos y revistas de hoy; en una y en otras, el mismo movimiento entusiasta, incontento, la misma representación de una forma «instantánea»; lo mismo en los bisontes fugitivos y en los flecheros del arte rupestre que en el lanzado vuelo del «superhombre», en el puño del superboxeador y en la huida del gran gángster de las historietas infantiles de hoy.

Pues esta semejanza entre aquel extremo primitivo y este extremo presente nos lleva a plantear una objeción, no a Camón Aznar, aunque sí con su ocasión, sino a las teorías generalizadas sobre la psicología de los artistas primitivos.

Ellas explican, y Camón explica, que el primer móvil de la representación de animales es un móvil «propiciatorio»; el cazador, representando en la pared de su cueva el animal deseado, cree que la caza le irá mejor. El origen del arte reside en «La necesidad de contar con la imitación como garantía de éxito para la posesión del animal». En la elaboración de estas imágenes «no hay ninguna emoción puramente estética». Si algunas veces encontramos pinturas de animales sin cabeza, es porque «lo que en estos animales interesa propiciar sus elementos traslaticios que los alejan del cazador, como las patas, o lo que sirve de sustento y gozo de la tribu, como es el cuerpo». Esto persiste durante todo el período

glaciar; sólo más tarde «del animal codiciado quiso poseer la potencia que lo alejaba y hac tantas veces estéril el esfuerzo del cazador: movimientos».

Camón es tan fiel a este tipo de interpretación, que al ocuparse de las pinturas de manos en las superficies rupestres, las explica según el mismo criterio: «Las manos desprendidas en la pared propician la acción aprehensora... Efigias pictóricamente una mano, se dota a la mano real de poder captador de las presas anheladas». Incluso los dibujos de rayas cruzadas, sin un contenido objetivo real claro, se juzga que son reales de caza.

Bien. Estos puntos de vista —tan generalizados, repito— sobre el arte primigenio y sus supuestos psicólogos, ¿no oberecerán a unos supuestos psicólogos del mismo intérprete que a veces le aparten de la verdadera pista? Me parece claro que los paleoantropólogos en general han sido influidos muy determinadamente por la doctrina de la evolución (naturalmente, puesto que ellos, los arqueólogos, como nosotros, los médicos, vemos en la teoría evolutiva una de las más sólidas edificaciones de la ciencia, una de las más fundadas, de las más probadas, de las más ricamente argumentadas). Pero cuando la mente del científico se carga de electricidad evolutiva, y más todavía cuando esta carga, como sucedía antes de la encíclica «Humani generis», comporta cierta combatividad ideológica excesiva, entonces el evolucionismo deja de ser un juicio

Las relaciones entre Estados Unidos y Europa a través de las minorías intelectuales, principalmente si nos referimos a los grupos intelectuales franceses, no son cordiales ni generosas. El eslogan «U. S. go home», que aparece en tantos muros de las ciudades europeas, escrito con trazos improvisados y elementales, no sólo tiene su inspiración en la propaganda y en los intereses políticos de los partidos comunistas, sino que se sostiene también sobre un cúmulo de ideologías y de sentimentalismos creado por los núcleos intelectuales y por los que se titulan representantes de la sensibilidad europea. «Au diable l'Europe» escriben asimismo en algunas ocasiones las minorías universitarias y literarias de Estados Unidos, como réplica al recelo, a la oposición que la presencia americana, y aun diríamos el americanismo, suscita en algunos de sus colegas europeos. ¿Cuáles son las causas de esa extraña situación?

Se ha dicho que los Estados Unidos son el país del «primum vivere». Con ello se quiere minimizar injustamente la aportación contemporánea de los escritores, de los artistas y de los investigadores americanos. Pero creemos que la razón de la poca cordialidad existente entre las minorías intelectuales europeas para Estados Unidos no reside en la importancia mayor o menor que puedan tener los escritores de aquel país, sino en la mentalidad liberal, romántica, ochocentista, isabelina, victoriana, bohemía que

aún predomina en gran parte de los pensadores europeos, cuya audacia únicamente se manifiesta en los temas religiosos. En Europa, en la Europa burguesa, existe un miedo total a la revolución. Y los intelectuales tienen miedo, principalmente a la revolución del americanismo. No es que los americanos quieran levantar barricadas y guillotinas en nuestro Continente, pero es evidente que los americanos, y esto se advierte apenas se ha salido de España, están transformando revolucionariamente el estilo de vida en Europa, sin que para ello utilicen otra fuerza que la de su inmensa vitalidad contagiosa.

Habitualmente se piensa que los Estados Unidos están constituidos en su casi totalidad por los emigrantes que procedían de Inglaterra. Pero la realidad no es ésta. La población fué, hasta la segunda mitad del siglo XIX, predominantemente británica, pero hace más de un siglo que se produjo un cambio radical por la afluencia germánica y nórdica. Hasta la creación del Imperio bismarckiano, los alemanes emigraban en masa a los Estados Unidos. Para comprender la política americana y su futuro debemos tener en cuenta la gran proporción de americanos de origen alemán, como el Presidente Eisenhower, el general Gruenther y otros muchas que ocupan cargos preeminentes en aquel extraordinario país. En cambio, la emigración francesa no representa sino una infima minoría.

Las críticas intelectuales contra los Estados Unidos están fundamentalmente inspiradas, a nuestro entender, por el temor de que la influencia americana pudiera privarnos de nuestras antiguas costumbres europeas. Fundamentalmente se trata de un miedo a la técnica, a la revolución de la técnica. Podríamos destacar, como dice Robert Jungk, que las críticas que se dirigen contra América son idénticas a las críticas que se dirigen contra la técnica moderna. «La historia de los Estados Unidos —ha escrito un moderno historiador de aquel país— es la historia de las invenciones.» Durante mucho tiempo, en efecto, el ídolo indiscutible del pueblo americano ha sido el técnico. Pero bien podemos advertir que actualmente el técnico coexiste con otras minorías, con otros valores que se producen, al estilo americano, con una rapidez inusitada y que nos hacen ver en el americanismo no sólo un factor de transformación o revolución técnica, sino también un factor de transformación o revolución espiritual.

En diversos artículos y reportajes publicados por «L'Osservatore Romano» se ha señalado la gran vocación que existe entre la juventud de Estados Unidos hacia las Ordenes contemplativas. La Trapa tiene en aquel país una vitalidad y una pujanza extraordinarias. El país de la técnica cree en la eficacia sobrenatural y social de la oración. Respecto a las vocaciones sacerdotales, las cifras nos indican que en Estados Unidos hay un sacerdote católico para cada 500 fieles, mientras que en el resto de América, excepto el Canadá, hay en la actualidad tan solo un sacerdote católico para cada 7.000 fieles. Si de lo religioso pasamos a otros órdenes de vida espiritual, notaremos también en aquel país una floración de valores y, al mismo tiempo, la existencia de una firme conciencia social y pública que, por ejemplo, hace que sean las mismas Empresas de televisión las que dicten su propio código moral y elijan las autoridades superiores competentes que deben aplicar dicho código moral con rigor y objetividad. El cine americano también está sufriendo una transformación, y podemos decir que, aparte de ese exagerado culto al cuerpo sobre el cual habría mucho que hablar, y acaso algún día lo hagamos, las películas americanas no se caracterizan por la malicia astuta de algunas películas europeas. He aquí por qué no sabemos descubrir la gravedad del peligro que entraña la denominada revolución del americanismo y que tanto preocupa a los intelectuales europeos, tan bien avenidos, por otra parte, con la mugre y las barbas de las «caves» existencialistas y con otras manifestaciones de ese decadente «art de vivre» que, según algunos escritores y periodistas, no poseen los «pauvres américains».

Claudio COLOMER MARQUES

EL ARTE PALEOLÍTICO

para convertirse en un prejuicio, con todos los riesgos que lleva en sí una actitud prejudicial. Sucede entonces, por ejemplo, y es a lo que voy, que el científico se siente fuertemente obligado a rudimentarizar su imagen del hombre primitivo, a concebirlo como un ser más «atrasado» de lo que los datos objetivos indican, a decir incluso tonterías como aquella de Klabund: «La primera manifestación literaria del hombre fué algo así como un ladrido». El pensamiento de que en el año 15.000 antes de Jesucristo, por ejemplo, el hombre pudiera sentir ante un paisaje o un pájaro la misma emoción que un labrador de nuestro tiempo, resulta sumamente desagradable para el electrizado de evolucionismo; éste «necesita», por la fuerza de su prejuicio, imaginar que aquel hombre remoto ni siquiera veía el pájaro, «necesita» pensar que el hombre tardó en su proceso evolutivo algunos cientos de siglos en adquirir la facultad de ver un pájaro o de levantar los ojos sobre el paisaje.

Bien entendido, como antes dije entre paréntesis, que la teoría de la evolución es de las más útiles, firmes y bellas, que en biología resulta poco menos que imprescindible, y que, además, es perfectamente compatible con nuestra fe, creo que podría aprovecharse de una manera muy diferente para interpretar los orígenes psicológicos del arte primitivo.

Pero el espacio se acaba, y, con permiso del director de EL ESPAÑOL, será preciso escribir sobre esto un tercero y último artículo.

Luis PONCE DE LEON

¡BUENA CAZA, AMIGOS!



YA estamos en el tiempo en que las tradicionales tierras de España, en las que se crían conejos, liebres, perdices, codornices, becacas, tórtolas o cualquier otra especie menor, se ven pobladas de silueteados sujetos, canana al cinto, escopeta en ristre, perro compañero, que constituyen el siempre nombrado y renombrado ejército de la caza.

Cazar ha sido ocupación de todos los tiempos, y también de casi todas las personas. Pero tanto las especies como los cazadores han tenido su personalidad en los siglos, su moda en el espacio cronológico y su forma y manera de hacer, ver y sentir la caza. Desde los Reyes cazadores—Alfonso X, Carlos I, Felipe IV, Carlos III, Amadeo I, Alfonso XII...—pasando por los infantes—ahí está el libro fundamental del príncipe Don Juan Manuel: «La caza»—hasta los políticos de todos los tiempos—conde-duque de Olivares, Prim, Sagasta...—y terminando en cualquier último aficionado de los de legua andada y cartucho contado, la caza es un arte, oficio, distracción u ocupación—según el grado—que define y caracteriza al hombre.

Los campos, los montes, los valles, las lagunas, las riberas, los picachos—la unidad, en suma, de las tierras de España—son ancho escenario para casi toda forma—por método usado y por pieza buscada—y manera de pensar, sentir y hacer la caza. Azores, halcones y gavilanes, junto con el águila real y el quebrantahuesos o al lado del cernícalo, la primilla y el esmerejón, tienen su destino en la temporada. Por la noche el «gran duque» o buho real se contraponen a la graciosa y diminuta corneja. En la Albufera valenciana, en las lagunas de la Janda y Daimiel, Doñana y el Mar Menor de Murcia, los flamencos rosados, las garzas púrpuras y los azulones conviven en los carrizos con el salamón y los somormujos. No hay ave exótica que gane en belleza al gran gallo de bosque, a la carraca, al jilguero o el abejaruco, a la perdiz y al rabilargo, especies típicamente españolas. Y si bajando de los aires corremos los vedados, los acotados o los campos libres de clasificaciones, el oso vive en Asturias a su albedrío, la «capra hispánica» planta su rotunda figura en los canchales de Gredos o de Sierra Nevada, los rebecos

saltan entre las roquedas santederinas y los ciervos, los zorros, los gamos y los jabalíes rompen el aire de su presencia en montes y serranías de árabe, latina, celta o vascuence etimológica. Hispana es la liebre e hispana la cuna del conejo, y, como remate, completando el cuadro, aparece ese mundo de pequeñas fieras formado por lobos, lince, zorros, garduñas, turrones o gatos monteses que determinan, en cada serrato, una leyenda, un cuento o una, tal vez, inventada historia cazadora.

Después, cada hombre posee un estilo, un gusto y una afición por determinada especie. El hombre es más que nada el que determina la caza, porque cada uno tiene su preferencia y su manera. Y así ocurre que el que mata limpiamente una docena de liebres y otra de conejos no acierta con los patos, o el que tira bien en las lagunas a los azulones yerra en el monte por completo.

Cada hombre tiene su caza y cada caza su hombre. He aquí cómo y cuántos son cada uno.

¡AHÍ VA LA LIEBRE!

No es lo mismo conejo que liebre, aunque a veces ésta, por extrañas metamorfosis, pueda verse convertida en gato. Más grande de la segunda—en peso, en tamaño y en envergadura—, la caza de la liebre tiene su afición y su técnica.

Cuando el cazador de lepóridos —joh nombre técnico de liebres y conejos!—toma el tren, mete a su perro debajo del asiento, descien de en la estación de término y comienza a andar—solo o en compañía—por los labrados, entre los matojos, atravesando los barbechos o cruzando los jarales, junto a los tomillos y los romeros, no sabe a ciencia cierta qué saldrá primero, si un conejillo nervioso y recortado o una liebre orejilarga y rabona como estremo de un día que empieza muy temprano.

La escena, poco más o menos, puede ser así:

Por tierras de Castilla—Galapagar, Miraflores o Raecafria, sin ir más lejos—camina una pareja de cazadores. Tal vez sea padre e hijo, o hermano mayor y menor, o sencillamente, profesor y alumno. Porque el más joven apenas sabe nada de tirar, de ver la pieza encamada a cielo raso, con las orejas pegadas al lomo,

DOSCIENTOS MIL CAZADORES CON LICENCIA HAY AHORA EN ESPAÑA

LAS BUENAS ESCOPETAS YA ESTAN DISPARANDO



retrepándose en la pequeña depresión escarbada en el terreno y abiertos sus ojos grandes como platos de cerámica.

—¡Ahí va la liebre!—ha gritado el más experto.

El perro—una podenca regalga y envelada que caza corto—ha tensado las orejas. Se ha oído una detonación, y la liebre, que había comenzado su carrera, dió tres vueltas tan sólo y se quedó refugiada bajo unos jarales. La podenca la trajo, triunfante, entre sus colmillos.

—Tirar a la liebre es fácil—dice reposadamente el cazador que dió en el blanco mientras engañilla la pieza cobrada—. Cuando ha saltado de su encame, es decir, de una especie de hoyo que araña ella misma en la tierra, sale corriendo y da dos o tres regates cortos. Luego toma el rumbo de su querencia y ya corre, velozmente, eso sí, en línea recta. Puedes, entonces, «llenarte el ojo de la caza», verla irse con tranquilidad recreándose en su contemplación, hasta que llega a unos veinticinco o treinta metros. Entonces es cuando se ha de disparar, pues si lo haces antes el tiro no se ha dispersado todavía, y si lo haces después el tiro se ha dispersado demasiado. También has de tener el tino justo, que te irá dando el tiempo, para no «asomarte» demasiado por los cañones cuando la veas marcharse, porque se corre el peligro de que el disparo se vaya alto y la pieza viva.

Un rato después apareció un «lebrasco» encamado junto a



unos juncos. El cazador nuevo tomó el consejo. La liebre huía siguiendo una diagonal. Se oyeron dos disparos. El primero llegó a su destino. No tuvo necesidad la perra de rematar la pieza.

La lección estaba bien aprendida.

UN FILOSOFO DE LA CAZA

Después, o antes si se quiere en número, está el conejo. Conejos de monte se venden a millares en todas las capitales, villas y pueblos de España. Unas veces fueron cazados en su tiempo legal, cuando ya el gazapillo pasó a ser un conejo señor y pudo correr con fuerza, defenderse, hacer regates y burlar, si se terciaba, a los perros. Otras también en muchos casos, por desgracia—no cayó bajo el disparo con licencia, sino cuando casi tenía familia menuda como él, cuando no podía ir demasiado lejos por su alimento, cazado traídoramente en tiempo de nieve o apresado su cuello por un lazo de alambre colocado en la rama de un matojo durante una noche cualquiera de un período de veda.

Toda España, puede decirse, es coto de conejos. Por tierras de Avila—El Barco. Hoyos del Espino, Navarredonda—o de Ciudad Real—Malagón, Fernán Caballero—, o de Aragón—Mora de Ebro, Vega de Ceila—, o de Andalucía—Mairena del Alcor, Linares—, o de Extremadura—San Vicente, Montijo—, o de Cataluña, o de Galicia, o de León, o de España toda, caminan los cazadores.

Cinco meses aproximadamente está declarada esta guerra a la liebre y al conejo. Cinco meses durante los cuales el cazador de conejos y de liebres rastrea barbechos, recorre sembrados y descubre matorrales. Y en su especial psicología de cazador mimizado, de cazador anónimo, se enciende día a día una nueva esperanza de caza: mañana será, sin duda, una fecha mejor.

No hay, puede asegurarse, cazador exclusivo de conejos. Cuando se está en el terreno igual se tira a una liebre que saltó a nuestra derecha que a una perdiz que levantó el vuelo a nuestras espaldas. Sin embargo, el

cazador que preferentemente busca a estos peludos animalitos pertenece a la especie modesta del cazador. Modesta en cuanto al sentir y a la historia contada. Y modesta también en cuanto a la manera de ser. No es el cazador recién llegado a la caza de codornices—ese hombre que es cazador porque le fueron bien los negocios y se creyó en cierto modo poder contar en números de cheques las tiradas fabulosas en que se quemaron, sin provecho algunas veces, las más, millares de cartuchos—, ni el cazador que va a la caza de ánades—allá en las lagunas, porque despuntó de algún modo en la vida pública y tomó como signo de poderío codearse con los que le precedieron y abatir, en una introversión del verbo, aquello que volaba alto—, ni tampoco el cazador capitalista que se va al África por elefantes o por antílopes—una manera de escaparse del mundo—, en inéditas cacerías, con idénticos, no obstante, retratos favorecidos. El cazador de conejos—el buen cazador de conejos, se entiende—no llega a ninguna de estas categorías; es simplemente un hombre que cuida una tradicional escopeta, que conoce—siempre la misma—una región y que, por otra parte, es amigo de un perro. Amigo o dueño, es igual; en este caso son sinónimos. Porque luego, en el campo, es como si estuvieran siempre de solitaria conversación. Que, poco más o menos, viene a ser así:

—Anda, «Chiquito», anda con ellos. Nosotros no cazamos conejos al ojeo, como los cazadores comodones; nosotros cazamos conejos al salto, sin preparación, sin ayudantes, como los hombres. ¡Anda, «Chiquito», anda con ellos!

Andando por la sierra todo el día, atento al reflejo rápido del brazo para un encare imprevisto, dispuesto al giro cuando salta la pieza, el cazador de conejos sigue en soliloquio la conversación. Es, en definitiva, como si hablara el filósofo autodidacto de la caza.

UNA LECCION PARA LA PERDIZ

Después—aunque puede decirse también que a la par—de los escopeteros de pelo están los esco-

peteros de pluma. Y entre éstos, en primer lugar, los de perdicas. Lachar, Trasmulas, Las Encomiendas, El Rincón y La Ventosilla son lugares, entre otros, de amplia y generosa tradición perdiguera.

La caza de la perdiz—de la patirroja española—tan encastada, que ya Tamariz de la Escalera, un hombre de los tiempos de Felipe IV nada menos, describía los vuelos reducidos a cuatro del pájaro tentador, tiene su teoría: «La primera forma de volar la perdiz es al hilo o viene encontrada o es sirgada, o arpón, que todo es uno, sobre una mano u otra; o sale atravesada sobre una mano u otra, o es repullada, o es de arriba para abajo.

La perdiz al hilo es aquella que sale huyendo derecha, enfrente del cazador. Son las más difíciles de matar, porque dan menos blanco al tirador y porque, si no se usa de mucha prontitud al tirarlas, gzan del derrama de la munición y se alargan huyendo por derecho.

La perdiz encontrada es aquella que, por algún accidente de la caza, viene cara a cara con el tirador. Lo seguro es y debe ser dejarla pasar, con lo que se reduce la perdiz al hilo. En este caso, si se inclinare a levantarse para arriba, se la ha de tirar de manera que no vea al tirador, tapándola toda con los puntos, y si marchare volando hacia derecha—ya en perdiz al hilo los dos casos estos—se ha de ver la perdiz algo por cima de los puntos.

La perdiz que se llama su vuelo sirgado es aquel en el medio de atravesado y al hilo, como en arpón. Esta es la que más a gusto se tira; no necesita de compás de pies, sino de ponerle los puntos en el cuello y cabeza del ala, y, corriendo la mano, llegar a gozar de aquel tiempo en que se dan a gusto.

Síguese la perdiz atravesada; sobre cualquier mano que vaya ésta, tal ha de reducir el diestro en perdiz sirgada. Para tirarle con mayor certeza, retirando el pie derecho en forma de reverencia o media vuelta si saliera cargando la perdiz sobre el lado izquierdo, con el pie izquierdo, porque así se halla más cerca de la perdiz con aquel movimiento y de mejor calidad para tirarla, con lo que se reduce a perdiz sirgada, que es cuanto el cazador debe desear. Mas si el terreno no diera lugar a ese movimiento se ha de apuntar al cuello corriendo la mano mucho y se ha de valer de la prontitud



en tal caso que parezca tenazón.

La perdiz repullada es aquella que de ordinario sale entre el perro y el tirador, tomando derecha su huida para arribar. No es fácil que se tire en saliendo, sino dejarla que suba, que entonces hace casi un descanso, gozando de la reportación se podrá tirar.

Otro vuelo queda que es el más primoroso y más usado en Sierra Morena, tal que en matando bien estas perdices se podrá ya llamar maestro, que es cuando el cazador va por una eminencia muy alta y la perdiz se le arroja por abajo; esta tal, guardando las reglas del sirgado o atravesado en cuanto a su apuntación, según saliere, siempre se le han de meter los puntos por debajo de la perdiz, de tal manera que la vea por encima de los puntos; de tal suerte le dará.

En guardando estas reglas se funda el perfecto tirador: «Conocimiento, reportación y prontitud», sin las cuales reglas nada se hará sin perfección y fundamento.»

Los maestros y los discípulos pueden ya—condición de cazadores—discutir sobre el asunto.

CUANDO NO HAY ACUERDO EN LOS OJEOS

Todo cazador sabe que para la perdiz puede, o cazar al ojeo, o cazar a mano, o cazar con reclamo.

Para cazar a ojeo la perdiz—ojeo se llama a la operación que realizan hombres que espantan la caza y la traen hacia donde están apostados los cazadores—ha de organizarse con antelación la partida. Cazar a ojeo sólo suele realizarse en ocos donde las tiradas tienen lugar nada más que dos o tres veces al año, los tiradores numerosos y las piezas derribadas más numerosas todavía.

A la amanecida, en cualquier coto, por ejemplo, de Atienza o de Sigüenza, hay actividad en los guardeses.

—Hoy vienen los señores de Madrid con otros del extranjero a la partida.

Salieron temprano los ojeadores; bastante antes de que llegasen los forasteros.

De repente, por el camino, una larga nube de polvo anuncia la llegada. Un rapaz—aprendiz adelantado en otros ojeos—replica:

—Ya están ahí, por la Cruz; ya vienen los señores.

Se ha hecho el sorteo de puestos. Cada escopeta ocupará, sin discusión, el suyo. Por el pelado camino marchan veinte, treinta, cien escopetas. Cada una lleva su ayudante, que cargará rápido las armas.

Ya están en su puesto los cazadores. De repente, la barra de perdices ha llegado a la línea. Un fuego tenido, primero, discrecional, después, va eliminando la pajarería. Luego hay que cobrar la pieza. Y muchas veces la discusión entre dos puestos contiguos surge. Las palabras son las mismas tradicionales:

—No, señor, es mía; yo le di, estoy seguro.

Al final habrá un acuerdo. También es tradicional. Acabado el primer ojeo, al segundo. Y luego, más, al tercero. Así casi hasta la noche. Cinco mil perdices totalizó el resultado.

RECLAMOS PARA LA CAZA

A los ojeos de perdices van otra clase de cazadores. En carácter y en situación, se entienden. Las grandes cacerías imponen amistades, concimientos y profesionalismo. En los ojeos de perdices es donde se dan, más quizá que en ninguna otra faceta de la caza, los tres clásicos tipos de cazador.

El de oficio, el que tira y mata con tal facilidad como si comiese una fruta o mordiera un trozo de pan instintivamente, sin preocuparse de más.

El que analiza y causaliza cada situación, cada tiro, cada pieza caída. Es el aficionado puro, el verdadero, el que va a cazar por el arte de cazar, sin querer saber nada de comodidades ni de preparaciones. Para él cada vuelo es un caso con su problema. Y, por añadidura, lo resuelve. Que en eso está su mérito y su prestigio.

El cazador por «darse importancia», al que tienen que dársele todo hecho; el que sólo quiere gastar muchos tiros, sea como sea, y decir luego al regreso que estuvo en la cacería con este personaje, o con aquel financiero, o con el otro millonario. En el fondo le importa un ardite si el vuelo de la perdiz da lugar a tiro al pico o a tiro real. Lo esencial es saber que él, en cuanto a su persona, es importante, tiene poder y va a cazar. Tan diferenciados son los tres que no tienen despinte posible. Los buenos, naturalmente, son los segundos.

Siguiendo en la perdiz—en su caza, mejor dicho—está el reclamo. Tres son las armas del cazador con reclamo: la escopeta, el puesto y la jaula. Dentro de la jaula cantará un macho «fenómeno» que ha cumplido el tercer celo; un ejemplar, lo que se dice, inmejorable.

Ya ha llegado el cazador al lugar donde fue edificado el puesto: una construcción cilíndrica de piedras con una disimulada tronera. A unos 25 metros se encuentra el pulpitiño donde se colocará el reclamo. El pájaro, al poco tiempo, dió un canto por alto de tres golpes. Contestó el campo. En seguida una pareja de perdices acudió a la cita. Eran macho y hembra. De un disparo cayó la segunda. Al repetir la canción cayó el primero. Así hasta cincuenta.

Cazar con reclamo sólo está permitido a los dueños o arrendatarios de vedados que reúnan determinadas condiciones. Al regreso del puesto, por la senda, el cazador, su escopeta y la jaula cubierta con la sayuela se recataban en el horizonte. Detrás, con la carga, va el muchacho que ayudó en la faena. Todo un conjunto, que se diría.

LA DESVEDA, ANTES QUE NADIE, PARA LA CODORNIZ

«¡Qué difícil es, cuando se va de codornices, no tirar a la liebre ni a la perdiz!

Este puede ser el comentario de cualquier cazador. Porque la codorniz tiene una desveda más temprana que las liebres y la perdiz. Veda absoluta de abril a agosto, inclusive, tienen todas las especies de caza; pero para las

codornices, las tórtolas y las palomas, oído el Comité de Caza y Pesca, cada Gobernador Civil de cada provincia señala, según las circunstancias, la fecha de la desveda. Y así suele ocurrir que en los últimos días de julio ya hay provincias donde la codorniz está dispuesta a recibir a sus visitantes. Una visita para ella no muy grata, y para ellos deseada y esperada con ansiedad.

Cuando ya se han levantado las cosechas, por las rastrojeras y junto a los prados, grupos móviles—hombres y perros—, como si preparasen un reconocimiento bélico, consultan el terreno. Buscar la pieza, quedarse el perro—perros de muestra codiciados como el grifón, el perdiguero, el pointer y el setter con su especialidad definida—, tirar al salto y cobrar lo caído es la miel novísima que gustará el cazador impaciente.

Codorniz hay también por bastantes sitios de España. Utiel, la ribera del Júcar, Manzanares, por ejemplo, son rastrojeras famosas donde el «brirr» de la codorniz suena a canto y a música para la tropa que avanza.

La codorniz viene de Africa. Y las nuestras, concretamente, de Marruecos y noroeste de Argelia. Entran alguna vez por Andalucía y van a parar a Extremadura, a las dos Castillas y al reino de León—cuencas, en resumen, del Guadiana, del Tajo y del Duero—, mientras que las que llegan por Levante acaban en el norte de Murcia, Valencia, Aragón, Navarra, Rioja, Vitoria y Cataluña—, cuencas, en definitiva de la región australoriental y del Ebro y vertientes de los Pirineos orientales.

La codorniz sale gorda de Africa y llena de grasa y llega a España delgada, cansada y sin pizca de ella. Pero luego, cuando descansa, adquiere con rapidez su redonda figura.

Denia, Jávea y los poblados del Cabo son extremadamente codorniceros. Por la comarca del Mongó cada hombre, en la primavera y en el verano, es una estación viviente de meteorología.

—Esta noche sopla poniente. Mañana, antes de amanecer, toma el perro, y al cazadero.

Perros de caza, finos, manchados de blanco, hermosos, cruzados de gorga, los hay por todo el Mongó.

Los hombres de Denia, de Jávea y de todos los poblados de la comarca cuentan y observan la «pasa» de las codornices. Van a cazar como si fueran a cumplir con un mandato. Hombres del campo puro hacen su caza. Y en sus idas, en sus venidas, en sus encares y en sus apuntes flota una gran unidad impalpable: el hombre del Mongó que caza codornices parece como si estuviera inmutable cumpliendo un rito.

CATORCE NOMBRES TIENEN LAS ACUÁTICAS

El último gran capítulo de la caza menor está en las acuáticas. Por la diversidad de especies y porque la veda de las mismas no termina hasta el día primero de abril, la temporada de las acuáticas se encuentra en relación con la liebre, el conejo y la perdiz prolongada.

Catorce son los nombres de las especies acuáticas—sin contar las alevínas, las agachadizas, las becavinas y los rascones, que también se cazan en las riberas y en los marjales—más importantes. Estas razas, unas de ala corta y otras de ala larga, son: ganso, pato real o azulón, colorado, rabudo, culón, silbato, beato, cerrinegro moñudo, pardillo, paleta, carretera, cerceta y gallineta.

A cazar acuáticas han ido grandes personas. Desde reyes, ministros y jefes de Gobierno hasta militares famosos, hombres de la nobleza y magnates de los negocios. Y también en otros planos los nativos que, como en la Albufera valenciana, cazan sus «colvert»—azulones—desde que los tiempos fueron inaugurados.

Igual que para la perdiz—para la brava patirroja española—existe en las acuáticas toda una teoría sobre los estilos y las maneras de cazar. Así está proscrito cazarlas al «saltillo» por la destrucción de las especies, y cazarlas a la espera «o a choca», como dicen en Levante, en los comederos y a las salidas de las charcas, o al «rececho» de día, sorprendiendo a las aves entre los marejales, porque no es ni divertido ni difícil. El estilo bueno, el estilo que todo buen cazador de patos debe utilizar es el que se practica por tierras de la Albufera de Valencia, por la Calderería de Sueca, en las lagunas de Cullera, Sollana y Tabernes de Valldigna y en las famosas Charcas de Daimiel.

Se caza allí en la espera de las amanecidas. Por el agua de Daimiel navegan—en una organizada tirada—barquitos cubiertos de carrizo, de fondo plano y sin quilla, empavesados con sus cimbeles imprescindibles. O también, por las aguas de la Albufera, el cazador opta por el puesto, ya que la falta de carrizales o espadañares le impide ocultarse con ventaja.

Las palabras de un cazador de patos—palabras como sentencias—son, ni más ni menos, que estas parecidas.

—Cada animal tiene su muerte, y es verdad. No es lo mismo tirar al ganso que al paleta, que al silbato o al rabudo, o al azulón y a la cerceta. El cazador de patos debe siempre tirarles antes de que se poseen en el agua, porque al ahuecar las alas y estirar las patas cerca de los cimbeles pierden toda su fuerza y con ella el tiempo necesario para la huida, y porque además presentan mucho mayor blanco a la escopeta. El buen cazador debe conocer cómo entran las aves a su querencia y ha de saber igualmente recibir, es decir, levantarse a tiempo. El que esto último no haga no será nunca buen cazador.

Hablando así, el cazador nos dirá del cuidado que hay que tener con que el puesto o el empavesado de la barca no «bultee» demasiado fuera del agua, de que no hay que salir a cobrar la pieza hasta después de terminada la tirada y de la conveniencia de suspender la cacería cuando llueva o hagan niebla, porque se perderá la ocasión de conseguir un buen resultado.

APRENDER ANTES QUE NADA

Ir a cazar patos supone un aprendizaje profundo y continuado sobre alondras, vencejos, gorriones y hasta murciélagos, como hacen los paisanos de la Albufera. Si no, se está expuesto a que le ocurra a uno lo que le pasó a un ministro de principios de este siglo que quiso ser participante y fué llevado a Daimiel a una tirada. La víspera mataron los guardas hasta una centena de aves y las escondieron entre los carrizos, juncos y ovas de la laguna. El personaje, que jamás asistió a ninguna cacería de acuáticas ni de nada, tiró mucho y mal. Pero los dos caciques y el guarda que le acompañaban exclamaban a cada instante:

—¡Muerta, muerta!...

—Pero, hombre, si aún la veo volar—objetaba el ministro ajustándose las gafas.

—No, señor, esa es otra; la que tiró usted cayó detrás de aquellos carrizales.

—¿La viste caer?—preguntaba el político al guarda.

—Como veo a vucencia, señor.

Terminaron los ojeos. El ministro había gastado unos doscientos cartuchos y sólo veía a su alrededor unas diez o doce aves muertas.

—Las otras están allá, en las orillas, señor ministro. Más de cien ha empujado la marea entre los juncos.

Efectivamente, las «caídas» estaban allí.

Por la carretera un hombre, al regreso, con ciento cincuenta patos en los cestones, había adquirido un evidente complejo de superioridad.

Mas luego fué que todo se supo. Y la cosa no acabó bien, como sucede en los cuentos.

EL PERRO: TODA UNA ESPECIE

Después del cazador—esta vez sí que siempre junto a él—aparece su perro. Para el cazador su perro es el mejor del mundo, aunque se distraiga o no muestre o se duerma tras una peña, que sería imperdonable pecado.

Mas para que tal cosa no ocurra, allí está la buena raza de un «setter», de un legítimo pachón navarro, de un gorga valenciano, de un «braco» francés o alemán, de un «basset», de un «cocker», de un «foxterrier», de un alano o de un podenco.

El perro levanta la perdiz si no se caza al ojeo o late por el

rastros de una liebre o un conejo con un sentido más fino y más agudo que—esto sí que lo saben los cazadores de sus amigos; por lo menos, lo dicen—el propio de su amo.

Son los perros también los únicos testigos de las famosas carambolas que cuentan sus dueños en las reuniones.

—Me salió una codorniz rastreando al principio y al mismo tiempo un jabalí por de su izquierda. Un tiro tenía en la escopeta tan sólo. Me dije: ten calma y sangre fría. Cuando los tengas en línea, dispara. Tal vez mates a los dos. Me encaro, me reporto, conteniendo el aliento. ¡Ya están! Disparo. Al suelo la perdiz, y diez metros más lejos, el marrano. En casa tengo la cabeza disecada de los dos...

Los amigos asintieron. Tan sólo el perro, testigo del asunto, que reposaba en un rincón, pareció alzar maliciosamente sus ojillos, como diciendo: «Estos cazadores, estos cazadores...»

DOSCIENTOS MIL CAZADORES CON LICENCIA

España hoy es un magnífico escenario para la caza menor. La Federación Nacional de Caza ha efectuado una verdadera protección a la especie y ha desarrollado unas campañas activísimas de educación del cazador. Tiene todavía enfrente de sí el problema del cazador furtivo, ese cazador que, creyendo beneficiarse, lo que hace es destruir su riqueza. Mas todo se andará.

Doscientos mil cazadores con licencia y 733 Asociaciones de caza hay en toda España. La Federación Nacional de Caza—tres cabezas principales la llevan: Joaquín España Cantos, presidente; Fernando Silos y Jaimé de Foxá—vela, guarda y ordena nuestra caza. Tanto la menor como la mayor. Que hasta especies nuevas se han introducido en España para su aclimatación y desarrollo, como el muflón de Córcega, el cual vive ya libre por nuestras montañas.

La caza, pues—salvo las vedas de cinco años decretadas para el oso, la cabra montés y el gallo de monte—, está en sus categorías esperando los disparos. Los disparos de los cazadores antiguos, veteranos y con experiencia, y los de los cazadores que llegan al campo por vez primera, con su escopeta recién comprada y su perro recién regalado, y que sueñan en la conquista de la gloria cazadora, una gloria que tendrán, a la fuerza, que irse ellos fabricando poco a poco.



EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

BUENA CAZA, AMIGOS!

DOSCIENTOS MIL
CAZADORES CON
LICENCIA HAY
AHORA EN ESPAÑA

Los campos, los montes, los valles, las lagunas, los picachos—la unidad en suma de las tierras de España—son ancho escenario para casi toda la vida y manera de pasar el tiempo, de sentir y hacer la vida.

LAS BUENAS ESCOPETAS
YA ESTAN EN EL
CAMPO DISPARANDO



Ya estamos en el tiempo en el que los cazadores españoles pueden practicar su deporte favorito. Lea esta interesante información, que encontrará en la página 60.